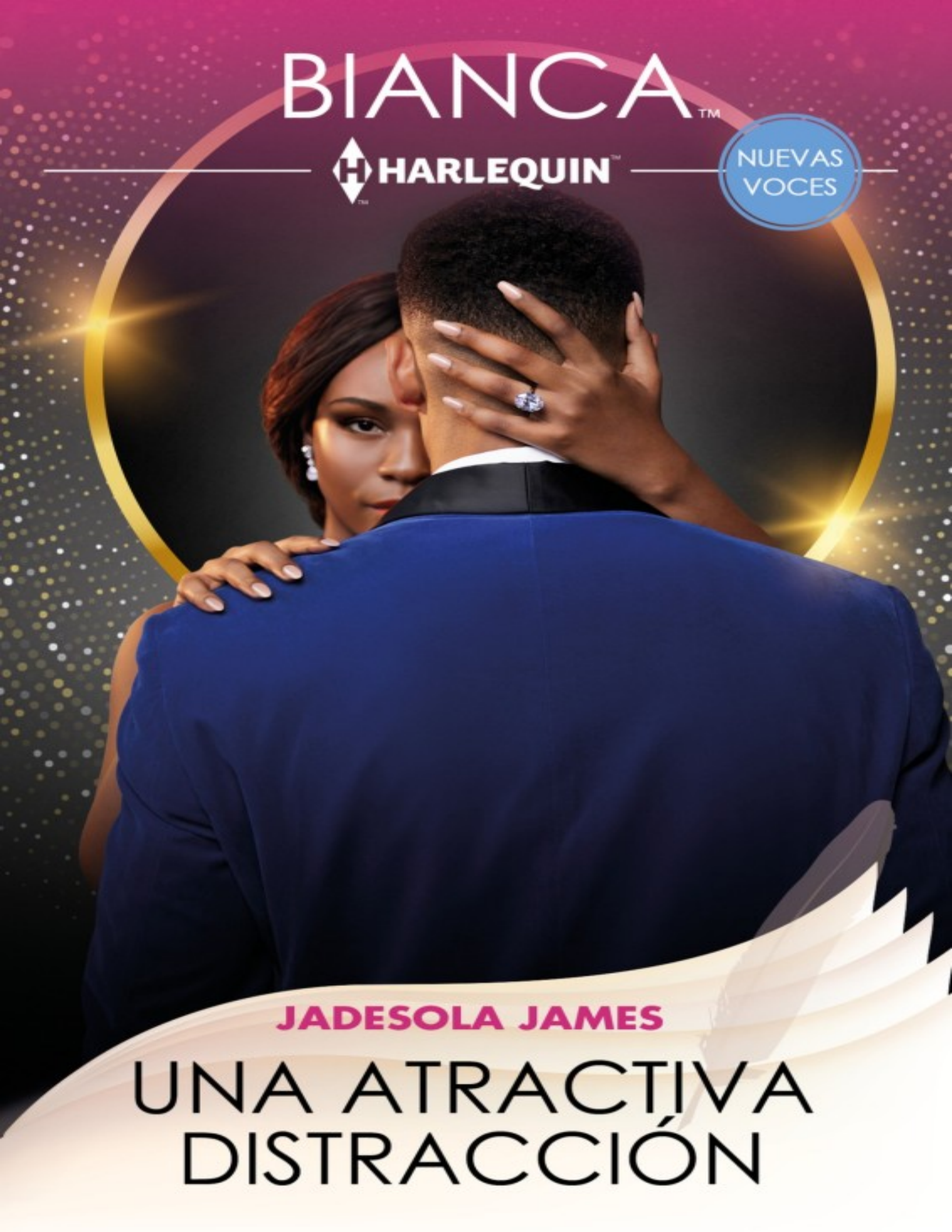
BIANCA™

HARLEQUIN™

NUEVAS VOCES



JADESOLA JAMES

UNA ATRACTIVA DISTRACCIÓN

Portadilla

BIANCA™

JADESOLA JAMES

UNA ATRACTIVA DISTRACCIÓN

HARLEQUIN™

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2025 Jadesola James
© 2025 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Una atractiva distracción, n.º 3193 - octubre 2025
Título original: Billion-Dollar Ring Ruse
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.
® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9791370007805

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Si te ha gustado este libro…

Capítulo 1

De espaldas a su invitados y con los ojos cerrados, Desmond Tesfay contó hasta diez; mejor dicho, hasta veinte, porque diez segundos no le bastaban para calmar la irritación que lo dominaba.

La causa era la adolescente Hind Al-Bahri, que estaba charlando detrás de él. Esa mañana lo había seguido a todas partes en la oficina, a petición de su padre, que era el nuevo presidente de Aviación de Bahr Al-Dahab, un país rico en petróleo y el mayor cliente potencial de Desmond, ese año.

Mejor dicho, el mayor cliente potencial de su vida. Ahí había mucho dinero. Y, además, suponía introducirse en un mercado de posibilidades ilimitadas.

Habría bailado desnudo delante de Buckingham Palace para conseguir que aquel hombre le prestara atención, así que dejar que una adolescente mimada fuera su sombra durante un día para «hacerse una idea de la empresa» era, comparativamente, más fácil.

Si todo iba bien, Desmond conseguiría un acuerdo que no solo convertiría Tesfay International en un gigante de la aviación industrial, sino que lo haría famoso por ser innovador, un pionero.

Diez largos años de trabajo se verían recompensados.

Desmond se pasó el dedo por el cuello de la camisa, porque le parecía que lo estaba ahogando. El cuerpo le chispeaba de energía nerviosa.

«Padre», gritó su corazón, aunque sus labios permanecieron cerrados.

Hacía casi diez años que su padre, Abram Tesfay, había muerto en un accidente de avión; diez años desde que la empresa paterna, tan destrozada como el corazón de Desmond, había pasado a sus manos, un licenciado universitario con apenas un año de experiencia laboral.

Diez años desde que la vida se le había hecho pedazos.

Diez años desde que se había jurado reconstruir el legado de su padre, costara lo que costase.

Diez años escalando hacia el sol, hasta que por fin había visto la luz.

Desmond volvió a cerrar los ojos e intentó recordar el rostro paterno. Lo asustaba lo difícil que le resultaba hacerlo, salvo si lo veía en fotografías.

Esas fotos se hallaban ocultas en el despacho, escondidas por los equipos de Relaciones Públicas que habían ido pasando por la empresa tras la tragedia, en un intento de asegurarse que los clientes potenciales olvidaran lo sucedido.

Pero no lo habían hecho.

Ninguna línea aérea internacional quería hacer negocios con Tesfay International, pero eso estaba a punto de cambiar.

Desmond terminó de contar, recompuso la expresión del rostro y volvió a ser el personaje que se ponía cada mañana, como se ponía el traje. Se envolvía en aquel personaje tan estrechamente que nada escapaba de él.

Un personaje lacónico, irónico y encantador.

Un personaje que no daba señal alguna del dolor que sentía en su interior. Aunque faltaban veinticuatro horas para que se celebrara la ceremonia conmemorativa de la muerte de su padre, su triste estado de ánimo estaba oculto en su interior, donde nadie lo percibía.

Respiró hondo, se dio la vuelta y se quedó lívido. Hind se estaba grabando con el móvil frente a una de las maquetas de aviones que él había expuesto en la mesa de la sala de reuniones, pensando que un elemento visual interesaría a la adolescente. Estaba cantando y haciendo el símbolo de la paz.

¿Lo estaba transmitiendo en directo?

–¡Hind!

Ella lo miró a través de varias capas de rímel haciendo un mohín.

–Esas maquetas son confidenciales.

En realidad, no le había enseñado nada del trabajo verdaderamente confidencial de la empresa. No era tan estúpido. Pero no quería que el trabajo sin terminar apareciera en Internet, por bueno que fuera.

–Ya te he dicho que se trata de un trabajo para un cliente al que no le gustaría que se filtrara a la competencia antes del día de su lanzamiento.

Hind parpadeó. Se colocó un mechón del oscuro cabello detrás de la oreja, del que colgaba un pendiente de Cartier, al igual que lo hacía de la muñeca una pulsera de la misma marca.

–Pero me has dicho que eran juguetes.

–Maquetas, Hind.

Desmond miró discretamente el reloj: las cinco menos cuarto.

–De todos modos, haz el favor de borrar las imágenes y vayamos al departamento de Publicidad, donde verás algunas de nuestras últimas campañas y después, por fin, podremos ir a cenar temprano.

Hind lanzó un profundo suspiro.

–Te sentirás mejor cuando hayas comido algo. Vamos.

Esperó a que Hind estuviera lista y se contuvo para no poner los ojos en blanco hasta que ella le hubo dado la espalda. Pulsó el botón para que se abrieran las puertas automáticas y salió detrás de ella.

Pensó que debía de estar bien tener una vida tan poco complicada que te permitiera desperdiciar las oportunidades que se te presentaran.

Val Montgomery había sido olvidada. De nuevo. Y en el día de su cumpleaños, ni más ni menos.

Dos días después del día de San Valentín, que también había pasado sola.

Otro se habría regodeado en la autocompasión, pero ella se encogió de hombros en la sala de reuniones, se levantó y se calzó

las bailarinas que llevaba esa mañana.

Estaba acostumbrada a ser invisible y a estar sola. No la molestaba. Todo lo contrario: creía que implicaba que hacía bien su trabajo. Ser la secretaria de una de las herederas más ricas del golfo Pérsico exigía cierto grado de discreción y saber ser invisible e indispensable a la vez.

En cuanto a su cumpleaños, llevaba casi diez años sin celebrarlo, desde que su esposo le había demostrado cómo era en realidad.

Desde entonces, era feliz estando sola, y lo recordaba siempre que era necesario. La soledad era mejor que el maltrato.

Val recogió el bolso de Hind, se echó al hombro su propia cartera y se dirigió a la puerta.

En el pasillo, delante de ella, resonaban las voces de Hind y Desmond. Esa parte de la oficina estaba diseñada como si fuera un hangar, pero muy lujoso, con elegante mobiliario y maquetas de aviones que colgaban del techo sujetas por finas cadenas.

Era evidente que Tesfay International se había diseñado para impresionar a quien entrara y, aunque Val llevaba casi diez años en los mejores edificios, desde el punto de vista arquitectónico, del golfo Pérsico, aquel la seguía dejando boquiabierta.

Menos mal que había conseguido, a duras penas, no quedarse embobada al ver a su dueño. Tampoco habría importado, pensó suspirando. El caso que le había hecho Desmond Tesfay esa mañana era el mismo que si hubiera sido una de las sillas que había alrededor de la mesa de la sala de reuniones

Val lo había visto antes, desde luego. Llevaba meses haciendo la corte al jeque Rashid, y nadie que viera a aquel inglés podría olvidarlo. Había dejado su sello en toda Europa al conseguir que volar en aerolíneas de bajo coste fuera una experiencia lujosa, y ahora se estaba expandiendo en Oriente Medio.

Una decisión acertada. El golfo Pérsico llevaba siendo más de una década el hogar de Val y la riqueza que contemplaba diariamente seguía asombrándola. Bahr Al-Dahab, el país más pequeño de esa zona, era el más rico, tras el descubrimiento de yacimientos de petróleo. Ahora no dejaban de llegar a la zona inversores que

convertían en multimillonarios, de la noche a la mañana, a hombres como el padre de Hind.

–Para eso necesito mi bolso –oyó Val decir a Hind. Se apresuró a llevárselo.

–Muchas gracias, Val –dijo Hind sin mirarla, ya que tenía la vista fija en la pantalla del móvil–. Desmond me ha dicho que vamos a cenar con él, por lo que tengo que cambiarme.

Después de colocar a Hind el bolso en el brazo, Val alzó la vista y se encontró con los ojos de Desmond. Notó calor en la piel.

Pensó que llevaba años inmune a los hombres, por buenas razones. Pero Desmond le llevaba provocando esa reacción todo el día, lo cual la tenía confusa. Se dijo que se debía a que era un hombre famoso, de piel morena, ojos castaños de espesas pestañas y una boca…

¿Qué le pasaba? Cerró los ojos durante unos segundos con el deseo de que su imagen desapareciera. Por desgracia, al hacerlo se intensificó el resto de sus sentidos. La abrumó su aroma, un olor a madera y a especias.

Al abrir los ojos vio que la miraba con curiosidad. Ella dirigió la vista al suelo diciéndose que tenía treinta y nueve años, que era muy mayor para andar agitándose de esa manera por un hombre. Lo único que pasaba era que la había pillado por sorpresa.

–¿Vendrá con nosotros a cenar? –preguntó él.

Hind contestó en lugar de ella.

–Debe hacerlo. Papá no me deja ir a ningún sitio en Londres sin una acompañante, como si estuviéramos en el siglo XIX.

–Quiere que estés a salvo –comentó Desmond.

Hind lanzó un bufido.

–Lo apoyas, cómo no. Voy a refrescarme. –Se dirigió a los servicios, antes de que ninguno de los dos pudiera contestar. Val se quedó con Desmond y se le hizo un nudo en el estómago. Él esbozó un falsa sonrisa. Era evidente que estaba muy enfadado.

–¿Es usted su niñera o algo así?

Ella no hizo caso de su sarcasmo y le contestó en el tono suave que siempre utilizaba en el trabajo.

–Soy la secretaria de la jequesa Al-Bahri. Siempre viajo con ella.

–Porque no está casada.

Así que Desmond Tesfay conocía la cultura de la clase alta del país de Hind. Valentina apretó los labios.

–¿Tiene usted nombre?

Ella se sonrojó.

–Por supuesto.

Él espero pacientemente.

–Me llamo Val Montgomery.

–La señorita Montgomery –dijo él como si quisiera guardar el nombre en la memoria.

Val respiró hondo y alzó la cabeza para mirar el aparato de aire acondicionado. ¿Funcionaba?

–¿Viene de una agencia?

Ella no se esperaba aquella pregunta. Lo miró directamente al rostro, por primera vez. Observó su belleza, desde luego, pero también los detalles que no se apreciaban a distancia. Tenía un rostro amable y su severidad de hombre de negocios contrastaba con la expresión de sus ojos, casi divertida. Era el rostro de alguien al que nunca le habían preocupado problemas como los que ella tenía. Y era joven.

«¡Cálmate!».

Era muy joven para que la piel de ella le ardiera como lo hacía en ese momento, lo que era totalmente inadecuado.

Val alzó la barbilla y se alisó el vestido de lana. La faja que llevaba, y que la aprisionaba como una jaula, estaba específicamente pensada para evitar incluso la sugerencia de curvas. Echó los hombros hacia atrás y recuperó el dominio de sí misma.

Al fin y al cabo, era un ser humano, por lo que el cuerpo le recordaba de vez en cuando la existencia del deseo, pero ella siempre se aseguraba de que prevalecieran el cerebro y la sensatez.

–Me tempo que no puedo divulgar los detalles de mi trabajo con su alteza.

Él enarcó las cejas.

–Usted es americana. ¿O canadiense?

–Americana, pero…

–¿Cómo ha ido a parar a Bahr Al-Dahab, ni más ni menos, a hacer de niñera?

–No soy su niñera. –Aunque había días en que le parecía que lo era. Enfadada, alzó la barbilla un poco más–. Le propongo que limitemos la conversación a asuntos de negocios.

–Muy bien.

Desmond se apoyó en la pared con un brillo en los ojos que lo hizo aún más atractivo. En aquel momento parecía un multimillonario de libro. Sonrió sin convicción, mientras sus ojos miraban en todas direcciones como si ella lo aburriera.

–Entonces, dígame cómo puedo llevarme bien con el jeque Rashid. Quiero hacerme cargo de su empresa.

–¿Cómo puede llevarse bien con…? –Val se quedó sin palabras.

–Quiero hacerme cargo de su empresa –repitió él.

–¿Y me lo pregunta a mí?

–¿Por qué no?

Desmond esbozó una sonrisa que le cambió el rostro, que pasó de ser atractivo a increíblemente hermoso. Sin embargo, sus ojos siguieron pareciendo distantes.

–Dejémonos de disimulos, señorita Montgomery. Usted es tan forastera en Bahr Al-Dahab como yo y conoce tan bien como yo que las conexiones y las relaciones personales son más importantes que el dinero.

Así que él era consciente de eso. Desmond subió un peldaño en su estimación. Había visto a muchos expatriados tan idiotas que no se daban cuenta de cuándo habían metido la pata con su jefe.

–Aprovecho cualquier oportunidad que se me presente. Me imagino que lo entiende.

–¿Qué le hace pensar que yo supongo una oportunidad? Me limito a hacer de niñera de su hija, como usted dice.

–Muy bien. –Desmond rio–. Pero considero una buena señal que el padre me la haya mandado hoy.

Val se contuvo para no soltar un bufido. Aunque su función primordial era «hacer de niñera», como decía Desmond, llevaba ocho años trabajando para el jeque y había acudido a las suficientes

comidas y eventos para saber que Desmond había impresionado muy poco a su jefe.

El padre de Hind era muy puritano y conservador, por lo que el ostentoso Desmond Tesfay no le habría causado buena impresión.

Ella volvió a adoptar la expresión fría y neutra que llevaba años cultivando, pero ya era tarde.

Desmond entrecerró los ojos.

–¿Qué pasa?

–Nada –masculló ella retrocediendo.

–No, no, no –dijo él mientras avanzaba al tiempo que ella retrocedía–. Iba a decir algo o al menos lo estaba pensando. Suéltelo.

–No estaba…

–Dígamelo, señorita Montgomery.

¿Qué había en la forma en que él pronunciaba su apellido que hacía que se le derritiera el bajo vientre? Val se palmeó las mejillas. Respiró hondo.

–No sé de qué me habla, señor Tesfay.

–Claro que lo sabe.

–Señor Tesfay…

Él tuvo el descaro de levantar un dedo como si fuera a hacer con él un movimiento negativo. Por suerte, la llegada de Hind interrumpió el interrogatorio.

–¡Estoy lista!

Val se volvió hacia ella, que le entregó el bolso sin decir palabra y echó a andar por el pasillo hablando por el móvil.

Val se sonrojó de vergüenza. Desmond lo había visto todo.

–Ella no suele… –Val se calló. ¿Qué sentido tenía seguir hablando?

–Señorita Montgomery…

–¡La cena! –dijo ella, casi echando a correr. Estuvo a punto de dar un salto, cuando él tropezó con ella y tendió la mano hacia la suya, sin llegar a tocarla.

–Permítame –dijo él. Ella asintió y él agarró el bolso de Hind rozando con los dedos el codo de Val.

–Uno de mis empleados lo llevará a la puerta. Vámonos.

Desmond se dirigió a la puerta, mientras Val se recriminaba a sí misma.

Una vez había experimentado una intensa reacción física ante un hombre tan joven y guapo como Desmond, y lo único que consiguió fue que le destrozara el corazón. Y aún no lo había superado.

Se dijo que ahora la situación era distinta, ya que tenía tantas posibilidades de iniciar una relación con Desmond como de viajar a la luna, lo cual agradecía.

Se contentaría con mirarlo. Se sintió reconfortada al saber que nadie se enteraría de lo estúpida que había sido.

Capítulo 2

Desmond se preguntó si las adolescentes eran tan pesadas cuando él era un adolescente. No lo recordaba. Por suerte, la tarde se acababa. Tenía muchas ganas de volver a su casa, solo.

Suponía que a Hind le pasaba lo mismo, porque hacía una hora que había dejado de fingir que le interesaba lo que le decía.

–¿No podrías llevarnos al Soho Club? –preguntó ella.

–Eres menor de edad.

–Muy bien. –Agarró el enorme bolso que tenía a su lado–. Voy al servicio. No hace falta que me acompañes, Val. Vuelvo enseguida.

Desmond, por fin, respiró aliviado.

Su cuidadora, o lo que quiera que fuera la señorita Montgomery, se estaba tomando un café turco. No había abierto la boca durante la cena, salvo para regañar suavemente a Hind si se portaba groseramente, lo que había hecho más de una vez.

Pero ahora Hind se había ido. Desmond miró a la mujer sentada frente a él.

Era pequeñita, con manos suaves. Había colocado los pies debajo de la silla. Llevaba el oscuro cabello recogido en una cola de caballo. Tenía las cejas largas y un lunar debajo del carnoso labio inferior.

Desmond, contra su voluntad, se quedó mirándole el lunar, que dirigía la atención hacia la generosa boca.

Ella carraspeó y él parpadeó. Tuvo ganas de echarse a reír. La molesta adolescente lo había sacado de quicio hasta tal punto que

se había puesto a mirar con deseo a la niñera para huir de la situación.

Quiso volver a preguntarle cómo podía ayudarlo con el padre de Hind. Era el único motivo por el que quería que ella volviera a hablar.

Para comentar el posible acuerdo.

Antes de que pudiera decir algo, ella se le adelantó.

–No puedo ayudarlo, señor Tesfay.

–No estoy seguro de que usted…

–Ha estado evaluándome desde que Hind se ha ido. –Agarró una servilleta y se dio unos toquecitos con ella en la boca.

–Seguro que no he…

–¿Ah, no?

Ella lo miró y él respiró hondo. La gafas que ella llevaba se le habían deslizado por la nariz y lo observaba por encima de ellas.

Parecía una *sexy* bibliotecaria. Desmond se habría reído de sí mismo, pero ella le estaba explicando por qué no podía, o no quería, ayudarlo. Tenía una voz suave y modulada y fue su voz lo que hizo que él no recurriera el sarcasmo en la conversación.

Cuando ella sonrió y se le formaron hoyuelos en las mejillas, Desmond se dijo que la señorita Montgomery era muy, muy atractiva.

–Y por eso no puedo ayudarlo –concluyó ella.

Él se dio cuenta de que no la estaba escuchando. Ella dejó la servilleta en la mesa y él hizo amago de levantarse. Pero ella negó con la cabeza.

–No, por favor, no se moleste. Voy a ver cómo está Hind.

Val se alejó y Desmond decidió no mirarla mientras desaparecía. Sin embargo, lo hizo. La observó disfrutando de cada segundo. La estrecha cintura se prolongaba en las caderas y en unas nalgas en forma de corazón que se le movían seductoramente al andar.

Negó con la cabeza y se obligó a dejar de mirarla.

Probablemente era un cliché de niño rico, pero sabía apreciar la belleza de una mujer. Y había tenido varias, desde la muerte de su padre. No las utilizaba como un medio para olvidar, ya que olvidar le resultaba imposible, pero cosas como una buena comida, un buen vino y el placer que hallaba entre uno suaves muslos…

Eran los únicos momentos en que podía desconectar un poco. Y estaba muy cansado.

Había bajado el ritmo al cumplir los treinta, no en el trabajo, sino en sus aventuras amorosas, pero aquel no era el momento ni el lugar ni la mujer.

Tenía que conseguir un acuerdo económico. El jeque no parecía más inclinado a hacerlo que cuando Desmond había comenzado a hacerle la corte como posible cliente, y le daba la impresión de que ese intento de ganarse su favor había sido una pérdida de tiempo.

Apretó los labios y miró el reloj de oro que llevaba en la muñeca. Se lo había puesto el día en que se enteró de la muerte de su padre y casi no se lo había quitado desde entonces.

Si podía marcharse de allí al cabo de un rato, tal vez podría salvar la noche.

Interrumpió sus pensamientos la súbita aparición de la señorita Montgomery, que no presentaba la actitud arrogante controlada con la que se había marchado. Respiraba con dificultad y parecía aterrorizada. Desmond se levantó, pero ella no pareció darse cuenta. Tenía la mirada extraviada.

–¡Hind se ha ido! –gritó.

–¿Que Hind se ha ido?

Val no prestó atención a Desmond, que estaba llamando por quinta vez en siete minutos al móvil de Hind. Calculaba que hacía veinticinco minutos que esta había desaparecido; veinticinco minutos en los que podía haber pasado cualquier cosa. Como solía hacer, se puso en lo peor: los enemigos de su padre habían secuestrado a Hind; alguien la había atracado y la había matado en la parte trasera del restaurante…

–Probablemente se haya ido al hotel.

Val frunció los labios y se llevó el móvil al oído dejándolo sonar, dos, tres, cuatro, cinco veces…

–No estaba encantada con nuestra compañía –añadió Desmond en tono seco.

–Hind no haría eso –contestó ella, sin saber por qué estaba tan segura–. De todos modos, la encontraré enseguida–. Su reloj tiene un localizador GPS.

–¿Se refiere a este reloj? –preguntó Desmond al tiempo que agarraba el que había al lado del plato de Hind.

Sin poder contenerse, Val, angustiada, lanzó una exclamación y cerró los ojos con fuerza.

–Estoy seguro de que rastrearla es ilegal o, como mínimo, poco ético. A su edad, yo habría hecho lo mismo. Recuerdo que me escapé de la celebración del final del Ramadán para ir a ver a mis amigos.

¿Por qué seguía hablando?, se preguntó ella. Debía pensar. Le puso la mano en el brazo.

–Haga el favor de dejar de hablar, señor Tesfay.

Él se calló al tiempo que enarcaba las perfectas cejas. Después pareció contrariado por haberla obedecido.

–Tengo que pensar –se disculpó ella.

–¿Hind lo había hecho antes?

–Solo en algún centro comercial, pero allí no me preocupa.

–¿Tiene amigos en Londres? ¿Qué edad tiene? ¿Dieciséis?

–Los cumplirá en agosto.

–Ah, es Leo. –Al ver que ella no sonreía, Desmond añadió–: Tiene el móvil y está encendido. La llamará cuando quiera. Esto es Londres y ella no es una niña. Sabe a quién llamar si tiene problemas.

–Lamento que no se dé cuenta del desastre que esto supone –le espetó ella.

–Tiene razón. Es malo para usted, que es su niñera.

Val se enderezó y notó que la faja la apretaba al hacerlo.

–Para que lo sepa, no va a conseguir llegar a un acuerdo con el jeque. Es usted muy corto de miras e ignorante para lograrlo.

A él comenzaron a brillarle los ojos de ira. Por fin, un sentimiento sincero entre tanto encanto suave y frío. El cambio la excitó. Trato de dominarse y resistir la necesidad de retroceder.

–¿Corto de miras e ignorante?

Desmond dio un paso hacia ella, que creyó percibir el calor que emanaba de su cuerpo. Estando tan cerca, le llegó su aroma a clavo,

canela y naranja. Él ladeó la cabeza y le escrutó el rostro. Ella notó que la invadía una oleada de calor y que el cuerpo comenzaba a vibrarle a causa de la intensidad de su presencia, que había vencido el pánico que sentía por la desaparición de Hind.

Pero tenía cosas más importantes de que preocuparse, como un empleo que no podía permitirse el lujo de perder, aunque nada alteraba el hecho de que Desmond fuera el hombre más *sexy* que había conocido en mucho tiempo.

La diversión había desaparecido de la voz y el rostro de él.

–Entiendo que esté aterrorizada ante la posibilidad de perder su trabajo –dijo en un tono tan frío que ella se estremeció–. Pero no veo que eso afecte a mis perspectivas de negocio, así que, ¿tendría la amabilidad de explicarme por qué…?

–En primer lugar, no se hace una idea del honor que supone para el jeque Rashid haberle dejado a usted, un hombre soltero, con su hija durante todo el día. Le ha confiado a su única hija, y ¿qué ha hecho usted? La ha llevado a cenar y la ha perdido. Es cierto que ella ha actuado por voluntad propia y que yo soy su acompañante, pero usted es su anfitrión y quien desea conseguir ese acuerdo. ¿Por qué va el jeque a confiarle sus negocios, si no puede confiarle a su hija?

Val respiró hondo, mientras él la miraba en un silencio sepulcral.

–La encontraremos –dijo él con furia controlada–. Recoja sus cosas, señorita Montgomery, y vámonos.

Capítulo 3

Desmond pidió un coche diciéndose que lo hacía debido al trato que perseguía y no a que una *sexy* bibliotecaria-niñera le hubiera echado una reprimenda.

Posiblemente no era una solución, pero al menos le proporcionaría un espacio semiprivado para pensar, además de que así le parecería que estaba haciendo algo para librarse de aquella insufrible adolescente.

Val no había vuelto a mirarlo a los ojos desde la conversación en el restaurante y había sustituido la expresión furiosa por la actitud fría y ligeramente distante que había mantenido hasta la cena.

Desmond se sorprendió al darse cuenta de que quería que lo mirara. No recordaba la última vez que una mujer le había reprochado algo y había evitado mirarlo a los ojos. Normalmente, lo que intentaban era buscarle la mirada. Pero Val Montgomery apenas lo había hecho durante todo el día.

Lo molestaba más de lo que debería.

Carraspeó para centrarse en la tarea que tenía entre manos.

–¿Tiene un aplicación de localización en el móvil?

–Si intentas escaparte, ¿la tendrías encendida?

–Oiga, solo intento ayudar…

–Lo sé.

Aunque el tono no era todo lo contrito que podía haber sido, lo miró al tiempo que se masajeaba las sienes.

–Disculpe, ha sido un día muy largo.

–¿Tiene amigos o parientes en Londres a los que haya ido a ver? ¿Tiene novio?

–Espero que no. Amigos en Londres… No se me había ocurrido. He estado tan ocupada en criticarlo que he dejado de pensar.

Al menos se daba cuenta de que lo había criticado, pensó él, mientras ella sacaba del bolso el móvil y abría una aplicación. Él se inclinó a mirar por encima de su hombro e inmediatamente percibió su aroma.

–Hind tiene una cuenta ficticia –dijo Val a modo de explicación. Se subió las gafas por la nariz para ver correctamente–. Llevo años siguiéndola. No hay nuevas entradas, pero… ¡madre mía!

Se echó hacia atrás, como si estuviera abrumada, y él aprovechó la ocasión para mirar el móvil. Soltó una carcajada, una verdadera carcajada que le salió de lo profundo del pecho. El sonido lo sobresaltó.

–¿Qué le hace tanta gracia? –preguntó ella, molesta.

–«#HuirdelaniñeraMcPhee» –dijo él riéndose–. Las grandes mentes piensan igual.

–No soy su niñera, sino…

–Su secretaria –dijo él en tono conciliador–. No es nada personal. Probablemente la llama así con sus amigos.

Val soltó un bufido, lo cual hizo que sus grandes senos se movieran de forma que lo distrajo. Volvió al asunto que tenían entre manos.

–Deje de preocuparse, al menos ya sabe dónde está. –Le devolvió el teléfono–. Tiene una pésima ortografía. Eso, o que ha escrito a toda prisa.

–Tiene una excelente ortografía –protestó Val, que miraba horrorizada las líneas escritas, donde Hind explicaba que había conseguido huir de la niñera y que iba a la Royal Opera House, donde iba a encontrarse con el amor de su vida.

–¿El amor de su vida? –dijo Val, casi gritando.

Desmond tuvo que contenerse para no volverse a reír.

–No creo que se refiera a un chico.

Una búsqueda de medio minuto dio como resultado la venta de entradas para un popular conjunto de música pop coreano que llevaba a cabo los conciertos como si fueran una ópera. Val le echó un vistazo y se llevó las manos al rostro.

–¿Es admiradora del grupo?

–Por supuesto que es admiradora de ese conjunto de idiotas. Pidió a su padre que le compara entradas, pero él se negó. Buscarla en medio de la multitud va a ser…

–Prácticamente imposible. Según pone aquí, el concierto dura hora y media. ¿A que hora espera su padre que vuelva?

–No la espera, está en Manchester hasta mañana.

Val se recostó en el asiento del coche y se llevó las manos a la cabeza como si le doliera. El dobladillo del vestido se le subió y Desmond le vio los muslos. ¿Llevaba medias con banda de encaje?

Si era sincero, no le faltaban mujeres que quisieran estar con él, cada una más bella que la anterior. Ninguna se quedaba, aunque, desde luego, lo intentaban. Unas querían su dinero, y esas eran las más fáciles de despedir; otras deseaban acceder a su red de contactos y socios; otras, que eran la que más rechazo le causaban, lo miraban con ojos soñadores como a un príncipe que llegaría a caballo y las salvaría.

Val Montgomery no era como ellas. Más bien parecía que quería echarlo a empujones del coche en marcha, pero lo atraía. Y aunque no sabía lo que les depararía la noche, de una cosa estaba seguro: deseaba algo más de ella. No sabía el qué, pero resolver el problema que tenía con Hind lo ayudaría.

–Esto es lo que vamos a hacer. Iremos a la Royal Opera House, que está a unos veinte minutos de aquí. Si tenemos suerte, la veremos salir entre la multitud. Si no es así, sabremos por el móvil dónde va a ir en su noche libre de la cárcel.

–No tiene gracia.

–Lo siento.

Se produjo un corto silencio, solo interrumpido por el ruido del tráfico. Val respiró hondo y se volvió a mirarlo.

–¿Nos tuteamos? No te he tratado muy bien antes –dijo con ese tono suave y culto y un acento que él no conseguía identificar. ¿Era

del sur de Estados Unidos? Había tenido un compañero en la escuela que procedía de Atlanta y hablaba como ella–. Y espero que no influya en tu opinión de Hind y de su familia. Es buena chica, pero está un poco… aburrida.

–¿Te gusta trabajar para la familia?

–Sí. –Val volvió a erguirse en el asiento y él contempló de nuevo sus muslos–. No es un trabajo muy emocionante, pero pagan bien y necesito el dinero –añadió en voz casi inaudible. Se puso a juguetear con las perlas de uno de los pendientes que llevaba.

–¿Tienes que devolver un préstamo para estudiantes?

Ella esbozó una leve sonrisa.

–No, en la universidad no puedes licenciarte para ser niñera –dijo soltando una carcajada.

–¿Qué estudiaste?

–Mi madre era modista. Tenía un pequeño negocio montado en casa. –Seguía jugueteando con el pendiente, ahora con nervosismo. Volvió a mirarlo con sus enormes ojos castaños–. Estudié Formación Profesional durante un par de años, con la intención de ayudarla cuando acabara. Sigo diseñando, más o menos. Hind vende *abayas* cosidas a mano a sus amigas. Yo la ayudo. Así, ella no se mete en problemas y yo gano un dinero extra.

–Parecéis muy unidas.

–Llevo trabajando para la familia desde que ella tenía nueve años.

–¿Cómo los conociste?

Ella apretó los labios y bajó la vista.

–Conocí al jeque Rashid a través de un antiguo conocido –contestó, tras una larga pausa–. Es un hombre estupendo.

Era de esperar que elogiara a su jefe, pero no que le temblara la voz al hacerlo. Desmond frunció el ceño. ¿Qué era exactamente aquel hombre para ella?

–Es una afirmación muy elocuente. Tiene fama de ser un poco…

–Esa fama procede de gente que no lo conoce –lo interrumpió ella con brusquedad–. Yo sí lo conozco y sé lo que ha hecho por lo demás, incluyéndome a mí.

Aquello era muy interesante.

–Entonces, ¿lo conoces bien?

–Bastante bien, lo suficiente para saber que debemos encontrar a Hind y llevarla a casa. Menos mal que ya hemos llegado. –Hizo un gesto con la cabeza para indicar que estaban frente a la Royal Opera House. Se calló y Desmond se quedó pensando.

Por fin había visto un destello de emoción en la sensata acompañante de Hind y se había producido al hablar del jeque. ¿De su temible jefe, ni más ni menos?

¿Podrían ser el padre de Hind y ella…?

Descartó la idea riéndose para sí mismo. Val frunció el ceño.

–¿Qué pasa?

–Nada.

Aparte de ser totalmente inadecuado, a Val no le gustaría saber que lo primero que había pensado era que tenía una relación son su jeje.

–Vamos a buscar a nuestra chica.

–No es «nuestra» –masculló ella, mientras el chófer aparcaba junto a la acera.

–No te molestes en abrirnos la puerta. Hay mucho tráfico –dijo Desmond al conductor. El coche hizo un movimiento brusco hacia delante, que lanzó a Val contra el cuerpo de Desmond.

–¡Henry!

–Lo siento. Hay una camioneta detrás de la que está bajando alguien en silla de ruedas –contestó el chófer.

Desmond abrió la puerta rápidamente, librándose de la agradable calidez del Val, que se había echado hacia atrás casi de forma inmediata.

–¿Estás bien? –preguntó él.

–Muy bien –afirmó ella quitándose el abrigo. Estaba sofocada–. ¿Vamos de una vez, por favor?

–Desde luego.

«Qué hipócrita eres Val».

Había reprendido a Desmond en público hacía apenas media hora. Y ahora se hallaba buscando a Hind, porque era probable que, de no encontrarla, perdiera un empleo que necesitaba Y, tras haber

entrado en un mínimo contacto con el cuerpo de Desmond, se hallaba tan sofocada que llevaba cinco minutos sin hablar.

Hacía tanto tiempo que no sentía deseo por un hombre, que su aparición, esa tarde, la había sobresaltado por su intensidad. Creía que se había deshecho de aquel sentimiento debido a que la habían abandonado y la habían dejado con el corazón partido, pero ahí estaba de nuevo ardiendo en su interior.

Se sintió impotente, pero era sensata. No volvería a equivocarse.

Frente a la Royal Opera House había una multitud de gente entrando. Las jóvenes iban en minifalda o con vestidos con la espalda al aire. De repente, Val se sintió ridícula y vieja.

Ese día cumplía treinta nueve años. Se le había olvidado, con todo lo sucedido. Era muy mayor para dejarse llevar por la fantasía.

Desmond era un hombre rico y ambicioso, una fuente de problemas. Ella llevaba ocho años matándose a trabajar para librarse para siempre de hombres como él, para llegar a ser, por fin, totalmente independiente.

–No vamos a encontrarla entre tanta gente –murmuró.

–Puede que no haga falta que la busquemos. ¿Hay alguna nueva entrada en el móvil?

Val lo comprobó. Hind se hallaba en un asiento de terciopelo rojo guiñando un ojo y saludando. Al menos se había tapado la parte inferior del rostro con una máscara. Si su padre llegaba a ver aquellas imágenes, no podría identificarla.

–Está dentro.

–Vamos al bar –dijo Desmond poniéndole la mano en la espalda–. Nos tomamos algo y vamos a su encuentro cuando salga. Tengo un palco privado –le habló tan cerca del oído que ella se sobresaltó.

En el bar, Desmond buscó una mesa. Ella se lo agradeció y dijo que debía ir al servicio.

Milagrosamente, estaba vacío, salvo por un par de mujeres que se lavaban las manos mientras charlaban. Val usó el aseo. Después se bajo las medias y se quitó la faja, dejando que el aire acondicionado le refrescara la piel. A continuación, se mojó las muñecas y se las llevó al rostro.

Se echó una gotas de perfume y volvió a pintarse los labios. Ya estaba lista para enfrentarse de nuevo a Desmond.

Regresó al bar, resuelta a no comportarse como una estúpida. Allí estaba Desmond, guapísimo, con dos copas en la mano.

Él no se lo iba a poner fácil. Y esbozaba una sonrisa que no decía nada y lo decía todo. Ella la conocía. Se había enamorado de una igual.

–Me has dejado claro lo grave que es esto –dijo él tendiéndole una copa–. Pero debes reconocer que tiene gracia andar persiguiendo a una chica de dieciséis años por Londres.

–Lo es –dijo ella esbozando una media sonrisa–. Agua para mí, por favor.

Desmond emitió un sonido de desagrado.

–Iba a dejar que eligieras la botella.

–Estoy trabajando. Y tú también.

–¿No bebes?

–No se trata de eso.

–Debo reconocer que tengo un motivo oculto.

Desmond se echó a un lado y le tendió la mano para ayudarla a subirse al taburete.

–¿Te ayudo?

–No estoy segura de que deba aceptar ni la bebida ni tu ayuda, si tienes un motivo oculto.

–El motivo –dijo él riéndose– es atiborrarte de champán y buena conversación durante una hora, hasta que estés dispuesta a darme algún consejo, bueno y discreto, que me ayude a llegar a un acuerdo con el jeque, con la ventaja añadida para mí de disfrutar de un rato con una compañera hermosa e inteligente.

–No eches a perder tus posibilidades antes de empezar –contestó ella con aire de superioridad. Le ardían las mejillas. ¿Cuánto hacía que un hombre no flirteaba con ella? Se sentía bien.

Val le ofreció la mano y él sonrió.

–¿Necesitas ayuda?

–Por favor.

Él le puso una mano al final de la espalda, que a ella le quemó la piel a través de la ropa, y, sin darse cuenta, se encontró sentada.

¿La había levantado? ¿Había flotado? No lo sabía.

Apretó las rodillas y se tiró de la falda para asegurarse de que no se le veía el encaje de las medias. Él captó el gesto y ella observó que le brillaban los ojos.

Él se hallaba ahora más cerca, ¿o se lo estaba imaginando? Respiró hondo y miró a su alrededor, al lujo que la rodeaba, para intentar fijarse en algo que no fuera el rostro de él. Hubo un tiempo en que la belleza la conmovía. Su esposo era un experto en esa clase de escenas: entornos glamurosos, un bello rostro, una mano solícita en la parte inferior de su espalda… Pero todo era pura fachada, una cortina de humo, detrás de la cual no había nada.

No sabía qué había detrás de la cortina, en el caso de Desmond Tesfay, pero no tenía intención de descorrerla.

–Dime cómo lo estoy haciendo.

–¿Con el jeque? –preguntó ella en voz demasiado alta.

–Sí. –Él le llenó un vaso de agua y se lo dio. Ella le dio un trago–. Necesito algo que me ayude a cerrar el trato.

–No puedo decir nada de mis clientes.

–Claro que puedes. O al menos decirme lo que debo evitar. Vamos, has visto la oficina, cómo está organizada la empresa y la forma de promocionarla.

Así era, y todo ello estaba muy bien y le había resultado admirable.

–Y está muy bien –afirmó ella con sinceridad.

Desmond se irguió levemente ante el elogio y ella se conmovió contra su voluntad. Le importaba su opinión, lo cual demostraba una humildad de la que carecían los hombres que había conocido en los diez años anteriores.

–Eres muy joven para todo lo que has conseguido.

–¿Qué edad crees que tengo? –preguntó él riéndose.–. Me hablas como si fueras mi niñera.

–Dios nos libre.

Desmond se inclinó hacia ella con una intensidad distinta a la del flirteo anterior, pero a ella se le aceleró igualmente el pulso.

–Me refería a que las posibilidades de Tesfay International son impresionantes.

Desmond se echó hacia atrás y fijó la vista en un objeto a cierta distancia de ellos.

–Supongo.

–¿Llevas mucho tiempo en el golfo Pérsico?

–Intento expandirme –contestó él negando con la cabeza–. Hasta ahora nos hemos centrado en el mercado europeo.

–¿Tú y quién más?

–Mi padre. La empresa es suya; era suya. –La voz de Desmond se estaba volviendo más tensa por momentos–. De ahí la juventud a la que te refieres. Soy hijo de una celebridad en su profesión.

–¿Y él te ha mandado al golfo Pérsico?

–Mi padre murió.

Val se sintió avergonzada por su falta de tacto.

–Lo siento, no debería haberte preguntado.

–No tienes que disculparse. No podías saberlo –dijo él tranquilamente, como si hubiera ensayado esas palabras muchas veces hasta estar seguro de cómo pronunciarlas.

–Te acompaño en el sentimiento –dijo ella volviendo a disculparse. Él sonrió forzadamente.

–No es algo de lo que hable en público. –Seguía con la mirada fija en algún objeto distante–. Murió en un accidente aéreo, hace años.

–Tuvo que ser terrible para ti.

–Lo fue. Tengo el privilegio de asegurar con mi empresa, con nuestra empresa, que su legado no murió con él.

–Es muy noble por tu parte. –Val esperaba que sus palabras parecieran sinceras, porque lo eran. Él la miró con sus oscuros ojos y ella se llevó la mano al cuello. Su mirada le había acelerado el pulso–. Él estaría muy orgulloso.

–Tus palabras son muy amables –dijo él al cabo de unos segundos y con amargura–. Amables, pero vacías.

–No era mi intención…

–Cabe la posibilidad de que mi padre odiara lo que he hecho con la empresa. ¿Cómo vas tú a saberlo? Ni siquiera yo sé qué pensaría.

Ella no supo qué responderle.

–¿Tus padres están orgullosos de ti? –preguntó el con frialdad.

Era evidente que eso suponía cambiar de tema. A ella se le hizo un nudo en la garganta.

–Mis….

–Me pica la curiosidad.

–Yo…

Desmond le miró el regazo, donde ella se retorcía las manos.

–¿Te he puesto nerviosa?

–Un poco –contestó ella con sinceridad–. Esta conversación…

–¿Se ha vuelto demasiado seria?

–Pues…

Él sonrió y, en un instante, desapareció la introspección, que fue sustituida por una mueca habitual.

–Disculpa. Volvamos a hablar de asuntos superficiales.

–No, no pretendía… –masculló ella. ¿Cómo había logrado estropear las cosas de aquel modo? ¿Y por qué le importaba tanto que él se hubiera encerrado en sí mismo, a pesar de que se sentía aliviada?

–Yo…

–No, no hace falta que me des explicaciones.

–Muy bien.

–Pero necesito algo, lo que sea –prosiguió él retomando con facilidad el tema anterior de la conversación–. Ya sabes que estas cosas suelen depender de un elemento arbitrario. ¿Un interés común, la pertenencia a un mismo club, una marca de *whisky*? Aunque el jeque no bebe.

Ahora a ella le resultaba mucho más fácil respirar, con el cambio de tema. Se humedeció los labios, se recompuso y se dispuso a contestarle.

–Sin tener en cuenta que revelar esa clase de información sería muy indiscreto por mi parte, eso sería darte ventaja, lo cual sería injusto.

–Desde luego.

Lo afirmó con tanta seguridad que Val se tapó la boca para ahogar una sonrisa. Cuando él sonrió, fue como si el sol hubiera salido después de la tormenta. Ella supo que sonreía de verdad, porque se

le marcaron las finas arrugas al lado de los ojos, como si fuera alguien que se reía a menudo.

–¿Y bien?

¿Por qué no darle un consejo poco importante que lo ayudara y, sobre todo, que prolongara la conversación?

Ella quería prolongarla. Él se hallaba muy cerca y la miraba con fijeza, de forma extrañamente penetrante, que hizo que ella agarrara la copa.

–¿Ahora vas a beber? –preguntó Desmond, con expresión de triunfo.

–Solo una copa.

–¿Qué marca prefieres?

–Me da igual.

Respiró hondo. Iba a tomarse una copa en el bar de la Royal Opera House con un multimillonario, mientras la adolescente a su cargo probablemente estaría bailando en el interior. Debía de estar soñando.

–¡Documento de identidad, por favor!

La voz de la camarera la sobresaltó. Ella rebuscó en le bolso y lo sacó. La camarera le echó un vistazo y se lo devolvió.

–¡Feliz cumpleaños, Valentina! –dijo mientras les servía el champán. Luego se fue.

Val notó calor en las mejillas. Desmond la miraba como si la viera por primera vez.

–¿Valentina?

Si cuando la había llamado señorita Montgomery, ella había sentido un cosquilleo en el estómago, que utilizara su nombre de pila lo intensificó.

–¡No me llames así!

–La camarera lo ha hecho.

–Es lo que pone en el documento de identidad. –Val dio un gran trago de champán para fortalecerse. Cerró los ojos durante unos segundos deseando que Desmond se marchara. Cuando los abrió, él la miraba con curiosidad.

–Es un nombre muy bonito –dijo él con la amabilidad que a veces le caracterizaba. Ella apretó las rodillas con tanta fuerza que se hizo

daño.

–Es sentimental. Mi padre me lo puso porque se preveía que naciera el…

–¡Día de San Valentín! Y estamos a dieciséis. No naciste ese día por los pelos.

–Supongo.

–¿Tanto odias ese nombre?

–No lo odio, solo que… –Antes le encantaba. Creía que era elegante, anticuado y un poco romántico, como ella. Le gustaba que se relacionara con la que había sido su fiesta preferida. Pero ahora…

La vida se había apresurado a demostrarle lo peligrosos que resultaban lo sentimientos y los idilios. Y el nombre que tanto le gustaba ahora le hacía burla cuando lo oía.

–Donde vivo, Val es más fácil de pronunciar que Valentina. –No era verdad, pero se le acercaba–. Ahora me llamo Val.

_Creo que el nombre completo te sienta mejor.

–Y yo creo que lo que creas carece de importancia, en este caso –afirmó ella en tono sarcástico.

Desmond no se desanimó, lo cual resultaba molesto. Volvió a llenarle la copa y esbozó una media sonrisa.

–Y es tu cumpleaños, Valentina –dijo él, como si ensayara el nombre.

Y ella volvió a sentir humedad entre los muslos.

–No me llames así –dijo ella automáticamente, antes de dar otro trago de champán.

Él la miró pensativo.

–Lo siento. Está siendo una forma horrible de celebrarlo, ¿verdad?

–Tampoco es que tenga otros planes –contestó ella encogiéndose de hombros.

–Vaya, qué mal.

–No, no está mal. –A pesar de la atracción que sintiera por él, sus reglas seguían siendo las mismas–. Es estupendo: sin estrés, sin obligaciones, sin fiestas ni hombres. Es un día más, como quiero que sea.

–Lo entiendo –dijo él riéndose–. Llevo años sin celebrar mi cumpleaños.

–¿Por qué?

–Por falta de tiempo. Tengo demasiado trabajo y mi familia vive lejos.

Había algo que no le decía y ella se sorprendió al darse cuenta de quería saberlo.

–Pero basta de hablar de mí –añadió él–. ¿Qué edad…?

–Más que tú. No voy a decírtela. –Era lo bastante mayor para recordar la joven que había sido y cómo lo había estropeado todo para hallarse en la situación en que se encontraba a los treinta y nueve años. Le aparecieron imágenes de la chica tímida y desatendida que había sido, del noviazgo con un hombre al que había conocido en carnaval, en Nueva Orleans, de donde ella procedía, del corto y terrible matrimonio y, por fin…

Val se levantó bruscamente. Esa noche no quería seguir por ahí, aunque sabía que era inevitable. Al menos esperaría hasta llegar a su habitación.

–Debo encontrar a Hind –afirmó–. Gracias por la copa.

–¿Dónde está ahora?

–Voy a tratar de localizarla a la salida.

–¿Y si no lo consigues? Escucha…

Y ahí estaba de nuevo esa forma de mirarla de arriba abajo.

¿Cuándo había sido la última vez que alguien la había mirado así? ¿Y desde cuándo le importaba que lo hicieran? Desmond estaba destruyendo las promesas que se había hecho y que la habían mantenido a salvo desde hacía diez años. El champán, la cercanía, el flirteo, que él dijera su nombre… Y la aterrorizaba darse cuenta de cuánto le gustaba.

–Me juego tanto como tú. Déjame ayudarte.

Ella ladeó la cabeza y él alzó las manos, dándose por vencido.

–Nada de trucos y considera que se me ha olvidado tu nombre.

–¿Vas a seguir acosándome para conseguir información del jeque?

–No, si no quieres que lo haga.

Ella permaneció en silencio durante unos segundos para recuperar la compostura.

–Muy bien –se obligó a decir.

Él sonrió.

–Será un cumpleaños inolvidable, aunque solo sea eso. –Ofreció el brazo a Val, que lo aceptó.

«Un cumpleaños inolvidable», se dijo.

Verdaderamente, aquel hombre no tenía ni idea.

Capítulo 4

No consiguieron localizar a Hind frente a la Royal Opera House, con gran consternación por parte de Val y de diversión, contra su voluntad, por parte de Desmond. La descarada muchacha era más resbaladiza que un cubito de hielo en un suelo de mármol y sus frecuentes mensajes en el móvil parecían burlarse de la incompetencia de ambos. Cuando Desmond se lo dijo a Val, ella lo fulminó con la mirada. La relajación que parecía haber experimentado en el bar se había evaporado al darse cuenta de que Hind volvía estar perdida en las calles de Londres y ya eran casi las diez de la noche. Parecía cada vez más enfadada.

–¿De verdad que esto te resulta divertido? –preguntó ella–. Se ha ido a Ronnie Scott's, un club de *jazz*, ni más ni menos, cuando acaba de salir de un concierto.

Desmond reprimió una mueca. Volvían a estar en el coche y el chófer conducía pacientemente entre el tráfico de Londres.

–No es el Ronnie Scott's, sino otro que está al lado. Va a ir a ver el final de la actuación de un amigo.

–Se supone que no tiene amigos.

Desmond soltó una carcajada. Ella miró por la ventanilla, como si fuera a descubrir a Hind por pura fuerza de voluntad. Él dio unos golpecitos en el asiento, al lado de la pierna de ella, que se sobresaltó.

–Casi hemos llegado –dijo él. Ella asintió sonriendo, pero no con los ojos. Parecía preocupada, cansada y derrotada, y Desmond no estaba seguro si todo ello se debía a la mala conducta de Hind. Notó algo cálido e intenso en el pecho, un deseo de aliviarla de tanta carga, lo que era una locura, ya que ni siquiera la conocía. Rascar la superficie de una persona solo producía complicaciones. Y él llevaba una vida libre de ellas en el terreno de las relaciones personales.

Reconocía que le daba miedo quitarse la máscara. Val ya lo había hecho hablar demasiado. La muerte de su padre era de dominio público, pero no lo era la verdadera razón por la que intentaba por todos los medios abrirse camino en el mercado del golfo Pérsico.

Y con solo una pregunta, Valentina Montgomery había conseguido que dijera mucho más de lo que nunca le había contado a nadie.

Cada vez le resultaba más difícil no llamarla por el nombre completo.

El coche se detuvo a corta distancia de Chez Dodo y Val se bajó del coche y se dirigió a toda prisa al club. Desmond la alcanzó rápidamente, pero ella consiguió entrar antes que él. Cuando él lo hizo, la vio a la derecha del escenario, cruzada de brazos.

–Ahí está –dijo ella en voz baja y la señaló con la barbilla. Desmond tardó unos segundos en reconocer a Hind, que estaba sentada con un grupo de chicas , con el mismo aspecto que ella, que no dejaban de hablar.

–Parece tan contenta –dijo Val–. Podría acercarme y sacarla de aquí, pero…

–¿La dejamos un rato? –propuso Desmond. Condujo a Val a una zona donde había bancos y desde donde solo se veía una parte del escenario. Estaba diseñada claramente para tener cierta intimidad. Cuando se sentaron, de repente, Desmond fue plenamente consciente de la suavidad del muslo de ella apretado contra el suyo, del dulce aroma del cuello, de la curva de los senos bajo el negro vestido, de la estrecha cintura y de los carnosos labios.

Era un espacio para estar juntos, para que los cuerpos se apretaran y se besaran. En condiciones normales, Desmond lo habría hecho, pero no con una mujer como Valentina Montgomery.

Ella se estaba mordiendo el labio inferior, que quedó enrojecido cuando lo soltó. Desmond desistió de negar el deseo que sentía. Parecía que podía añadir «bibliotecaria *sexy*» a la lista de preferencias sexuales. Carraspeó.

–¿Vas a ir a buscarla?

–No –contestó ella suspirando–. Parece tan contenta… No suele divertirse tanto como ahora. Bahr Al-Dahab no es como Dubái o Qatar. No hay mucho con lo que un adolescente pueda divertirse. Ahora no va a meterse en problemas, porque la estoy observando. Has sido muy amable y eres un hombre muy ocupado. Como ahora la vigilo, puedo hacerme cargo de la situación a partir de este momento. Me la llevaré a casa en un taxi.

–Es indudable que no eres la misma persona que me ha echado una bronca hace dos horas.

–Lo sé. –Val se llevó las manos a las mejillas–. Disculpa, estaba angustiada. Has sido muy amable toda la noche.

De no estar allí, Desmond se habría pasado la noche en su casa, reflexionando, yendo de un lado a otro o trabajando. Una noche como aquella, que habían pasado juntos de modo poco convencional, podía servirle para dos cosas: para hacerse amigo del jeque Rashid y para volver a pasar más tiempo con una hermosa mujer por la que sentía una atracción a la que no tenía derecho.

–Me quedo contigo, si te parece bien. Al menos, déjame que te invite a cenar.

–Son más de las diez.

–Pues será una segunda cena –dijo él riéndose–. ¿Cuándo fue la última vez que saliste de noche?

–Hace mucho tiempo. Y tengo hambre.

–Ni una palabra más. –Desmond se levantó e hizo una seña al camarero.

Tal vez fuera por el rostro feliz de Hind o por el hombre tan guapo que estaba a su lado, que la miraba fijamente como si hubiera descubierto algo muy valioso, pero Val no tenía ganas de volver al

hotel. Cada minuto de diversión iba minando poco a poco las normas a la que siempre se aferraba.

Había dejado atrás los desagradables momentos pasados en el bar y quería notar la presión del cuerpo de Desmond. Deseaba cortar el jugoso filete que tenía delante y notar cómo le quemaba la lengua el *whisky*.

Quería reírse como llevaba meses sin hacerlo; mejor dicho, años. Y, sobre todo, disfrutar del hecho de que Desmond la estuviera devorando con los ojos.

Cuando no se ponía insoportable, Desmond era un buen conversador y la entretenía con preguntas inocuas. ¿Cuánto tiempo llevaba en el golfo Pérsico? ¿En qué países había trabajado? ¿Le gustaba su trabajo? Nada personal, nada, menos mal, sobre sus padres ni sobre su nombre ni sobre nada de lo que ella no hablaba en una conversación informal.

Val notó que se relajaba. Le dijo dónde había trabajado, aunque sin dar nombres. La habían empleado un embajador, el hermano de un sultán y una princesa. Y ahora trabajaba para el jeque Rashid. Entendía perfectamente el árabe que se hablaba en el golfo Pérsico, pero lo hablaba con una terrible acento. Y también dominaba el francés.

Se puso a charlar sin parar, de un modo que la hubiera asombrado de haber estado en su sano juicio. Si protestaba por el precio de la comida o del vino, él le decía que era su cumpleaños, con una sonrisa, y seguía mirándola.

Ni siquiera trataba de ocultarlo, pensó ella estremeciéndose. Cada vez que le miraba el rostro o el cuerpo, ella apretaba los muslos por el calor que sentía entre ellos. No era virgen ni frígida. Que se dejara llevar tan fácilmente era el motivo de que tuviera las defensas en su sitio desde hacía tantos años. Estar con un hombre al que deseaba con locura había resultado un desastre y le había dejado una sensación de vacío que no había superado.

Sin embargo…

–He hablado tanto que me parece que ahora tengo que recurrir a clichés. ¿Sueles venir aquí? ¿Está de moda? He oído hablar de Ronnie Scott’s, pero no de este sitio.

–Vengo de vez en cuando, con algún cliente al que le gusta la música –contesto él jugueteando con los restos de la comida en el plato y sin dejar de mirarla–. ¿Te gusta?

–A riesgo de parecer pretenciosa, me parece extraordinario.

–Muy bien.

Ella se dijo que, si no se equivocaba, la miraba con deseo. Se inclinó hacia él.

–Mi intención es disfrutar de todo lo que hagamos esta noche –añadió él.

Val se atragantó y se tomó el vaso de *whisky* de un trago. Para calmarse, cerró los ojos.

–¿Te gusta la música?

–Es estupenda. –Val siguió con los ojos cerrados, porque le parecía más seguro. Al dejar de ver a Desmond, se centró en la música. Aunque no era melómana, el *jazz* formaba parte de su vida. Se humedeció los labios, bajó los hombros y se liberó de un poco de tensión soltando el aire.

Se recostó en el asiento, sin darse cuenta de que el brazo de Desmond se hallaba en el respaldo, rígido, suave y cálido a la vez. Val se hallaba prácticamente en sus brazos. Notó que le saltaban chispas en su interior.

–Mi padre era miembro de un grupo de *jazz*.

–¿Dónde?

–En Nueva Orleans. Murió cuando era una niña. Por eso antes me he sentido tan violenta. No debería hacer preguntas tan faltas de tacto.

–Te acompaño en el sentimiento –dijo él con suavidad.

–No es necesario. Yo era muy pequeña. Mi madre volvió a casarse y tuve un buen padrastro. –Val se calló y respiró hondo, antes de volver a cerrar los ojos. El cuerpo de Desmond era una masa cálida a su lado.

–Mi padre tocaba el contrabajo en un restaurante. Era claramente un lugar para turistas, donde solo se servían «huracanes» helados.

–¿»Huracanes»?

–Es una bebida que te deja sin sentido durante media hora. Y sirven unas estupendas empanadas de langosta. Ahora mismo me

viene el sabor…

–Val, sigues teniendo los ojos cerrados.

Ella se mordió el labio inferior asintiendo.

–¿Te da miedo mirarme?

Así era, porque era muy atractivo, porque la situación era inadecuada y, sobre todo, porque el fuego que sentía en su interior le recordaba a la joven que había sido y que se dejaba llevar por la pasión. Casi se había perdido, mejor dicho, estuvo perdida durante mucho tiempo. Y ahora estaba allí, en brazos del hombre más atractivo de Inglaterra, que le decía que abriera los ojos.

–Sí.

Él sonido que él emitió en respuesta fue una mezcla de risa y suspiro.

–Bueno, al menos sé que tú también lo sientes.

Val abrió los ojos y supo inmediatamente que había cometido un error. Desmond se había aproximado más a ella y le miraba el rostro. La invadió una oleada de deseo. Él le acarició suavemente la barbilla con el pulgar. Ella tragó saliva. Y pronunció unas palabras que la dejaron asombrada.

–Ya que estamos, hazlo –dijo ella con sarcasmo. Por primera vez desde que se habían sentado era ella misma.

–¿Tanto se me nota?

–¿No intentas que se te note?

–No esté tan ansiosa de apresurar algo hermoso, señorita Montgomery.

–Val –le corrigió ella con el corazón desbocado. Si sucedía lo que deseaba, no podía dejar que volviera a tratarla de usted ni que la llamara Valentina. Su voz hacía emerger algo que ella no estaba dispuesta a explorar. Con él, no.

Sin embargo, sus pensamientos habían tomado una dirección que no controlaba e iban a lugares que le devolvían imágenes urgentes y apasionadas que la dejaban sin respiración, a causa de su sensualidad: la boca de él en su cuello, sus labios en los de ella, la suavidad de su aliento en el oído, sus manos en los senos, las caderas, las nalgas y los muslos, acariciándolos y explorándolos.

Agarrándoselos.

Por fin, la besó. Fue un beso suave, apasionado y con sabor a *whisky*. Sus labio sabían dónde ir. Primero le exploró la boca con la ternura de un amante de mucho tiempo; después le besó el cuello y, por último, los omóplatos, peligrosamente cerca del escote.

–¡Desmond!

–No debería –dijo él con los labios pegados a su piel–. Creo que no eres el tipo que…

–¿Cómo sabes qué tipo soy? –preguntó ella en tono de superioridad.

–Muy bien –contestó él, sin levantar la vista–. Me has convencido.

No deseaba más interrupciones y, cuando volvió a besarla en los labios, ella no protestó. Se limitó a suspirar echando la cabeza hacia atrás y abrazándolo por el cuello. Él la besó ahora de forma más apremiante mientras mascullaba cosas que ella no entendía. Después volvió a besarla en la oreja.

–Hueles muy bien –dijo con voz ronca. Ella se dio cuenta de que se había levantado y se hallaba frente a ella con las manos en sus muslos. Ella quiso levantarse el vestido para tenerlo entre ellos.

Y estuvo a punto de decirle «de acuerdo». Al fin y al cabo, él le hacía de escudo y se hallaban en un oscuro reservado, pero habría sido ridículo. Él le estaba acariciando en círculo la piel entre el final de las medias y las braguitas y ella estuvo a punto de lanzar un gemido. Y estaba…

–¡Hind!

Al decir el nombre el voz alta, él se apartó bruscamente. Notó que jadeaba y pensó, asombrada, que era obra de ella, solo con unos cuantos besos. Y a pesar de hallarse en un lugar público y a pesar de Hind, ella no quería moverse. Salir de aquel capullo de lujuria que ambos habían creado significaba volver a la realidad, donde tal vez no emergería aquel burbujeante deseo.

¿Cuánto hacía que no sentía aquel desesperado deseo de que la acariciasen y besasen?

«Diez años, por lo menos». Y acababa de suceder con un hombre más joven.

Eso la acabó de despejar. Carraspeó y se levantó. Dio un largo paso lateral para alejarse de Desmond. Él la miró con una media

sonrisa.

–No lo estropees diciendo que sientes haber sido tan impulsiva, que ha sido culpa del champán o que nunca haces estas cosas.

Ella parpadeó. Era justo lo que iba a decirle. Él le acarició la barbilla.

–No te pongas triste.

Ella notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. No estaba triste, sino sola. Y enfadada porque un hombre la hubiera convertido en una mujer que se esforzaba en no idealizar el haber besado, en un club, a un desconocido al menos diez años más joven. El hecho de que él se hubiera dado cuenta con tanta facilidad hizo que se sintiera peor.

–No estoy triste –susurró–. Y tienes razón: nunca hago estas cosas. Y tengo muy buenos motivos.

–¿Cuáles?

Val le acarició el rostro.

–Los besos me sientan mal. Siempre acaban pasándome factura, Desmond. Y no quiero que eso pase contigo.

–¿Tienes miedo de encariñarte?

–Me encariñé una vez, y no voy a volver a hacerlo.

–¿Qué pasó?

–Conocí a un hombre tan guapo como tú. –Él le apretó la cintura con las manos–.Y resultó que no era un buen hombre.

Ella notó que se ponía rígido.

–¿Te…?

–¡No! Simplemente, me perdí en él, hasta el punto de no reconocerme. Y me dije que no volvería a sucederme. Y aquí estoy, contigo…

Él la soltó y ella se sintió abandonada. Quiso gritar, aferrarse a él y sentir su calor. Pero no podía.

Había llegado el momento de recoger a Hind, irse al hotel. darse una ducha para eliminar el sabor y el olor de Desmond y acostarse. Tragó saliva, las voces de los espectadores comenzaron a filtrarse. Desmond sacó el móvil. Val se llevó las manos al rostro, que le ardía.

Desmond miró la pantalla del móvil.

–Parece que Hind se dirige al Ritz.

–¿De verdad? –Val miró la pantalla por encima del hombro de él y, en efecto, Hind decía que, contenta y cansada, se iba al hotel–. ¡Menos mal!

Desmond la miró. Ella retrocedió.

–Si te he presionado en algún momento, Val, lo lamento profundamente.

Ella negó con la cabeza, incluso antes de que acabara la frase.

–No lo has hecho.

–Muy bien –dijo él con una expresión de alivio que a ella la conmovió.

Notó que él se replegaba en sí mismo física y emocionalmente, y lo experimentó como una pérdida.

«Podrías disfrutar de la noche», le susurró una vocecita interna. «Solo esta vez. Sabes que lo deseas. Él no va a quedarse y probablemente lo aliviará saber que no quieres que lo haga. Puedes volver a regirte por tus normas».

Se aseguraría de evitar complicaciones. Ya no era la joven ingenua e impresionable a la que habían seducido y abandonado.

Era Val.

Y Desmond era…joven. Un poco pagado de sí mismo, desde luego, pero había parado cuando ella se lo había pedido y la había escuchado. Y si era sincera, lo deseaba con desesperación.

–¿Desmond?

Se puso de puntillas y lo besó en la boca. Él le pasó el largo y musculoso brazo por la cintura y la atrajo hacia sí con una seguridad que a ella comenzaba a resultarle familiar. Se detuvo cuando lo senos de ella le rozaron el pecho.

–Asegúrate de que Hind llega al hotel. ¿De acuerdo, Valentina? Y si esto es lo que creo…

–Es lo que crees –dijo ella con voz ronca y la boca casi pegada a la suya.

–Entonces, vente a mi casa.

–Desmond…

–Te deseo, Valentina –dijo él con los ojos brillantes–.Y no voy a disculparme por ello.

Le agarró el rostro entre las manos y la miró a los ojos.

–No soy aquel, quienquiera que fuera.
–Lo sé –susurró ella cerrando los ojos.

Capítulo 5

Val no fue a casa de Desmond, sino que se lo llevó al hotel.

Le dijo, en los momentos en que pudo respirar, mientras se besaban, que tenía que estar cerca de Hind, por si la llamaba durante la noche. Pero no lo utilizó como excusa para detener aquella locura, como habría hecho una mujer sensata y responsable.

Se lo llevó a lo que era su casa en aquel viaje a Londres: una habitación en el Ritz, a una prudente distancia de la *suite* que ocupaban Hind y su padre. Cuando comprobó que esta estaba dormida, volvió a la habitación, donde la esperaba Desmond.

Él apenas se fijó en la habitación, mucho menos lujosa que las *suites* a las que estaba acostumbrado, antes de observar la gran cama que ocupaba el centro. Val gritó cuando le apretó las nalgas, e intentó apagar la luz.

–Déjala encendida –dijo él con la voz ronca de deseo. Quería verla por entero y recordarla. Nunca había deseado a una mujer con tanto ímpetu y de forma tan impulsiva. Volvió a besarla en la boca, cuya textura era adictiva.

Se obligó a ir despacio. Quería que ella le pidiera que fuera más deprisa. Ella le había dicho que los besos no le sentaban bien. Y, aunque apenas la conocía, estaba resuelto a que no le sucediera eso con los suyos.

–Besas muy bien –dijo él. Ella sonrió y le introdujo los dedos en el cabello.

–Me está besando un multimillonario en el Ritz.

–El día de tu cumpleaños –comentó él riéndose.

–Se me había olvidado.

–Luego te cantaré la canción.

Después de que la siguiera besando y la desnudara.

–Hace mucho tiempo… –Ella suspiró, pero el deseo estaba venciendo las reticencias, la prudencia y el sentido común.

Se le habían dilatado las pupilas y corrido el maquillaje. Se había apoderado de ella algo salvaje y sensual, y el cuerpo de él vibró en respuesta.

–Por favor.

La suave súplica lo volvió loco. El deseo le nubló el cerebro y la atrajo hacia sí agarrándola de las muñecas para besarla con fuerza. Ella gimió. Él sabía besar. Lo hacía bien. Pero la ternura era algo nuevo. No iba a pensar en ello en aquel momento.

La boca de Val era dulce como la miel y suave como el terciopelo. Ella puntuaba los besos con una pequeña exhalación de placer, que a él lo excitaba entres los muslos. La agarró de las caderas no queriendo ocultar su reacción y , por el modo en que se retorció contra él, era evidente que a ella no le importó.

Le bajó la cremallera del vestido, que cayó al suelo, y la agarró con más fuerza para que ella se lo acabara de quitar y dejara al descubierto los llenos y redondos senos. Aún seguía llevando las medias.

–Desmond… –susurró ella.

–Quítatelas. –Deslizó las manos hasta el final de su espalda. La piel era tan suave y fragante que le pareció irreal.

Ahogó un gemido. Tenía unos senos preciosos. Estaba cada vez más excitado. Ella tenía los pezones grandes e hinchados. Le agarró los senos.

–No me lo imaginaba, señorita Montgomery.

–¡No me llames así!

Trazó círculos en torno a los pezones con los pulgares y se inclinó para besar el hueco entre ambos.

–Hueles de maravilla.

–Por favor, Desmond…

–¿Qué?

–Por favor.

A él se le hizo la boca agua, pero iba a prolongar aquello todo lo que pudiera. La acarició con el pulgar cerca un pezón y ella se arqueó contra él, que la besó en el cuello.

–Dime qué quieres.

Ella se humedeció los labios.

–Me duelen.

–¿Ah, sí? –Comenzó a frotarle los pezones suavemente con los pulgares. Después se introdujo uno en la boca.

Ella gritó. El pezón se le hinchó y endureció aún más en la boca. Val gimió cuando se lo mordisqueó. Ella comenzó a separar las piernas mientras seguía aferrada a los brazos de él y se erguía más para que los senos fueran al encuentro de su boca. Él intensificó la presión.

De repente, a ella le pareció que hacía mucho calor. Temblaba cada vez más, casi como si…

Desmond era vanidoso, pero no tanto como para creer que podía lograr que una mujer alcanzara el orgasmo simplemente acariciándole los senos. Pero Val gimió de placer tensando el cuerpo, cerró los ojos, arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás.

Después gritó.

Val no supo si se había muerto de vergüenza o de placer. En brazos de Desmond, aspiraba su aroma. Él jadeaba tanto como ella. Parecía que se hubieran fundido en una sola persona.

–¿Estás bien? –preguntó él al cabo de unos segundos.

Val asintió. Cuando él retrocedió, ella se cubrió automáticamente los senos con las manos.

–Ni se te ocurra.

Él la acarició mientras se tumbaban en la cama. La besó en los senos, el vientre y las caderas. Ella rio, pero la risa se convirtió en algo distinto cuando él le acarició el lugar secreto entre los muslos, con los dedos primero y después con la boca. Al levantar él la cabeza, ella temblaba tanto que volvió a preguntarle si estaba bien.

–Sí.

–Pues feliz cumpleaños.

Ella tardó unos segundo sen asimilarlo, así como la sonrisa de suficiencia de él. Se incorporó conteniendo la risa.

–Eres…

Él volvió a besarla, con suavidad esa vez. Pero había llegado el momento de que ella le explorara el cuerpo. Lo hizo con avidez. Llevaba años sin tener contacto físico con un hombre. Le desabotonó la camisa. Tenía la piel morena y caliente y respiraba profundamente.

Desmond echo las caderas hacia delante cuando las manos de ella se le deslizaron hasta el abdomen y le agarraron el duro miembro.

–Ahí lo tienes, cariño –dijo él con voz ronca–. Acaríciame.

Ella se estremeció. Él agacho la cabeza y le besó los pezones.

–Así –afirmó él, mientras ella lo acariciaba y le pasaba el pulgar por la húmeda punta del miembro. Él apartó la cabeza de sus senos. Ella había olvidado lo que era moverse al mismo ritmo que un hombre, lo que era dejarse arrastrar por la pasión. Desmond había abierto algo que llevaba años clausurado.

Se echó hacia atrás y él le soltó el pezón. Ella lo miró fijamente. Él tenía los ojos oscuros de deseo. Su poderoso y elegante cuerpo, en aquel momento, era de ella. Él seguía hinchándose bajo la presión de su mano y ella se preguntó si le resultaría doloroso.

Val abrió la boca para tomarlo con ella.

–Madre mía –dijo él. No pudo añadir nada más.

Capítulo 6

Al final, Desmond y Val, sudorosos y jadeantes, se quedaron tumbados en la cama, enredados en las sábanas. El tenía la cabeza en el vientre de ella, que le acariciaba distraídamente el cabello. Demasiado distraídamente. Aunque deseaba seguir allí, sabía que sería un error.

Ella estaba más hermosa que en toda la noche. La cola de caballo se le había deshecho y tenía los labios hinchados.

Desmond estiró el brazo por encima del cuerpo de ella para agarrar el móvil, que estaba en la mesilla. Al hacerlo, le rozó los pezones, que aún seguían duros y erguidos. Notó que se excitaba. ¿De nuevo? No le prestó atención e hizo una llamada.

–¿Qué haces? –preguntó Val sentándose sobresaltada.

–Tengo hambre. Nos has tenido muy ocupados las dos últimas horas.

–¿Yo? –Val se quedó sin habla. Él enarcó las cejas y se giró cuando contestaron la llamada, conteniendo a duras penas la risa. Era precisamente lo que deseaba: recuperar el control después de que ella hubiera destrozado el que creía tener.

–Espere un momento, por favor –dijo él.

–¿Te has vuelto loco? No puedes pedir servicio de habitaciones en mi…

–¿Por qué no? ¿Acaso no comes? –Volvió a dirigirse al conserje del hotel, al otro lado de la línea telefónica–. Para mí, un hamburguesa

con patatas fritas, y para la señorita…

–La señorita no va a tomar nada –dijo ella–. No puedes… No puedo….

–¿Quieres que me vaya?

–Es bastante razonable, Desmond. Técnicamente, estoy trabajando.

–Si el jeque llama a tu puerta a las… –consultó el reloj–… tres de la madrugada, me gustaría saber qué clase de trabajo haces. No, aún no nos hemos decidido –dijo al empleado–. Creo que vamos a mirar la carta y después volveremos a llamarlo.

Val emitió un gruñido de frustración que hizo que a él se le cayera el móvil y soltara una carcajada. Val intentó agarrarlo, para lo que casi se puso encima de él y le sujetó las muñecas sobre la cama con repentina fuerza. Y él volvió a excitarse. Valentina no dejaba de sorprenderlo.

–No voy a darte de comer –masculló ella.

–¿Quieres que me vaya? –repitió él.

Ella le soltó las muñecas y en la línea de visión de Desmond aparecieron sus senos, con los pezones duros.

Él se los acarició y a ella se le aceleró la respiración.

–Si me lo pides, me iré –afirmó él pellizcándole un pezón. Ya se había dado cuenta de que a ella le gustaba mucho–. No te muevas –dijo, antes de alzar la cabeza lo suficiente para atrapar el otro con la boca. Mientras se lo chupaba, deslizó la otra mano hasta su bajo vientre, a su centro húmedo e hinchado. Se lo acarició, negó con la cabeza y le soltó los senos.

–No te eches hacia atrás. Déjame saborearte.

–Desmond…

–Hazlo.

Ella se elevó unos centímetros y él el abrió las piernas por encima de su cabeza aspirando el delicioso aroma de su excitación. La agarró de las suaves caderas y le bajó el cuerpo hacia él para poder probarla. Ella tembló y gritó. Sus reticencias desaparecieron. Intentó apartarse, pero él la sujetó con fuerza. Cuando ella, finalmente, cayó hacia delante gimiendo, él la abrazó.

–Desmond –dijo ella jadeando. Á él le pareció que lloraba.

–No pasa nada –contestó él mordiéndole suavemente el lóbulo de la oreja.

Le latía el corazón tan deprisa que la sangre le resonaba en los oídos y jadeaba igual que ella. Era lo más emocionante que había experimentado: que ambos hubieran creado ese momento, juntos. Sabían que no tenían futuro, pero en aquel momento lleno de pasión, de sudor, de jadeos y miembros enredados, estaban juntos.

Él le tomó el rostro entre las manos.

–Quiero quedarme. ¿Puedo?

Se sorprendió de haberlo dicho. Había habido un tiempo en que fue un hombre que decía esas cosas, pero esa versión de Desmond Tesfay quedó enterrada cuando se estrelló el avión en que murió su padre. Debería estar pensando en marcharse tranquilamente y estar encantado de que ella quisiera que se fuera. No era habitual que una mujer se lo pusiera tan fácil. Pero había algo, más allá del rostro serio de ella, que hacía que deseara quedarse.

–Ha estado bien –dijo de manera poco convincente.

–Sí. Hacía mucho tiempo. Gracias, Desmond. –Val se levantó–. Voy a… –Señaló el cuarto de baño. Desmond se sintió extrañamente abandonado. Ya la echaba de menos, lo que era inquietante.

–¿Vuelvo a pedir que nos suban algo de comer? –preguntó esforzándose en que el tono fuera ligero. Lo último que quería era que ella se percatara de que la necesitaba.

Oyó un bufido de irritación por encima del ruido del agua de la ducha.

–Muy bien, pero, después de comer, te vas.

El sonido del móvil despertó a Val por la mañana. Lo agarró y miró la pantalla, soñolienta. Se frotó los ojos y se quedó inmóvil al recordar los acontecimientos de una horas antes: el bar, el filete, los besos, las risas, la conversación y después…

La pasión, una pasión desatada, sin freno, en aquella misma cama. Al final, exhaustos, se habían tomado una hamburguesa a las cinco de la mañana. No habían dormido ni él se había marchado. Le

había pedido quedarse, y ella no olvidaría la expresión de sus ojos al hacerlo.

Después hablaron.

A la luz del amanecer, Desmond abandonó la frivolidad de la que había dado muestra toda la noche, y Val se dio cuenta de que echaba de menos la intimidad del sexo y de la conversación.

Al principio hablaron de cosas insustanciales. Después, él le preguntó por su padre, y ella estaba lo bastante relajada por la serotonina, la comida y el cansancio para estar dispuesta a contestarle, mientras él la miraba con curiosidad y amabilidad.

–¿Qué quieres saber?

–No sé –contestó él encogiéndose de hombros y sonriendo–. Es algo que tenemos en común y que hace que me sienta muy cerca de ti.

Val carraspeó y frunció los labios.

–¿Dices siempre lo que piensas?

–No hace falta que me contestes.

Ella se alisó el pelo con la mano y supo que le iba a costar desenredárselo.

–Me dijiste algo sobre tu padrastro.

–Sí, Russell. –Al decir su nombre recordó su rostro prematuramente arrugado. Un hombre decente–. Era buena persona, al menos los primeros años. Me alegré de que apareciera, porque mi madre dejó de llorar. Hasta entonces, se había sentido muy desgraciada. Y él no me trataba como si fuera su hija, pero lo hacía con justicia. Mi madre y él tuvieron tres hijos, Joy, Michaela y Sam.

–¿Os lleváis bien?

–No. Durante un tiempo, todo fue bien, pero a media que me fui haciendo mayor me sentí desplazada. Yo era el único recordatorio de la antigua vida de mi madre, Y me parecía que era triste para ambos.

¿Y? –preguntó Desmond poniéndole la mano en la cintura.

–No sé. No me parezco a mis hermanos. –Sus hermanos, pelirrojos y de ojos grises, eran encantadores, pero estaban mimados. Y sus padres los adoraban–. Yo era un persona más

tranquila. Russell es muy efusivo y un poco escandaloso. Mi madre se esforzaba en que no me sintiera excluida, lo cual me incomodaba.

–¿Y qué pasó?

–Una noche los oí hablar. Yo debía de tener dieciséis años. Había estado mirando universidades y Russell le comentaba a mi madre lo que costaban. Decía que yo era buena estudiante, pero no brillante. Le preocupaba la ayuda económica que yo pudiera recibir, por lo que sería mejor que fuera a una escuela técnica o que, antes, me pusiera a trabajar durante un tiempo. Y añadió: «Recuerda que tenemos una familia. No podemos correr riesgos». Me excluyó.

–No te consideraba hija suya.

–Exactamente. No fue el consejo que daba a mi madre lo que me dolió más, porque era un buen consejo, sino oírle referirse a mí como si fuera un problema del que había que librarse para centrarse en su verdadera familia. Decidí marcharme de Nueva Orleans y demostrarle que yo valía más de lo que creía. Y acabé aquí.

Se encogió de hombros. No le había contado la mitad de la historia, pero, de momento, era todo lo que iba a decirle.

–Es fácil no ir a verlos cuando se está tan lejos. Y, sinceramente, no parece que me echen de menos.

Se acercó más a Desmond y le puso la mejilla en el hombro. Él la besó con ternura.

Ella no quería dormirse, porque eso implicaba despertarse a la mañana siguiente y volver a la vida real. Pero los venció el cansancio y, al final, se durmieron los dos.

Y ahora eran las nueve de la mañana. No había desayunado con Hind y Desmond seguía allí.

Dormía boca abajo a su lado, roncando suavemente. Ella agradeció no verle el rostro, se mordió el labio inferior con fuerza y volvió a mirar el móvil.

Hind le había mandado un mensaje diciéndole que no iba a desayunar porque estaba agotada. «Menos mal», pensó Val.

El segundo mensaje y el tercero eran los que recibía cada mes del Banco Nacional de Bahr Al-Dahab.

Se le ha ingresado el salario en su cuenta, era el primero.

Y el segundo:

El plazo del préstamo de 18483 riales se ha pagado.

Era casi la mitad de su sueldo, la cantidad que el banco podía retenerle legalmente. Val envió cinco mil reales más a la cuenta del préstamo y se quedó con lo justo para llegar a fin de mes.

Después sacudió a Desmond por el hombro. Por primera vez desde el día anterior, mirarlo no le produjo ningún cosquilleo, ya que la dura realidad la había vuelto a atrapar.

–¡Desmond!

Él masculló algo y se puso la almohada sobre la cabeza.

–Tienes que irte. –Él no le respondió, por lo que ella dio unas palmadas–. ¡Desmond!

Él gimió y levantó la almohada para mirarla.

–¿No nos traen el desayuno a la cama? –Bostezó y rodó sobre sí mismo para envolverse en la colcha. Val lanzó un grito y tiró de ella con todas sus fuerzas. Se levantó y se envolvió en ella mientras echaba a andar. Desmond la agarró por el otro extremo y comenzaron a pelearse hasta que Val resultó victoriosa.

–Es hora de irse –le ordenó ella, sin poder evitar una sonrisa–. Eres imposible.

–Y tú, totalmente encantadora, Valentina.

Ella dejó de preocuparse durante unos segundos y lo besó. Él no intentó nada más y se limitó a besarla, a su vez. Val se sintió verdaderamente aliviada.

Aquello era una despedida.

Ella miró la puerta con intención. Había llegado el momento de volver a la realidad.

Él entendió el mensaje.

–Ya me voy. Ha sido divertido.

Capítulo 7

Ha sido divertido».

En la ducha, a Val se le cayó la esponja tres veces, hasta que desistió y dejó que el agua caliente le cayera sobre los hombros y la espalda. Estaba cansada, le dolía todo el cuerpo, pero nunca se había sentido tan viva. No se arrepentía de nada.

Era cierto que había sido impulsiva, inmadura, incluso una mala profesional, pero llevaba casi una década sin hacer nada para sí misma, sin entregarse a lo que deseaba sin importarle las consecuencias. ¿Había merecido la pena?

El hormigueo entre los muslos le indicó que sí. Comenzó a frotarse con fuerza, Ella seguía siendo la misma, se dijo. Saldría del cuarto de baño, se pondría la ropa de trabajo y cumpliría con su cometido. Desmond se dedicaría a trabajar, por lo que probablemente no habría motivo alguno para que volvieran a encontrarse.

Estaría a salvo. Si hubiera sido tan prudente con su esposo como lo había sido ahora, se habría ahorrado muchos años de dolor.

Salió de la ducha, se secó, colgó la toalla y siguió la rutina habitual: darse aceite para bebés, perfumarse y, como si quisiera compensar su comportamiento de la noche anterior, se puso el vestido de lana más severo que tenía, de manga larga y cuello alto. Miró el reloj y vio que no iba a llegar tarde a su encuentro con Hind. Se echó el bolso al hombro y abrió la puerta. Lo que vio la dejó helada.

Allí estaban Desmond, que hablaba animadamente, Hind, con una bandeja en las manos, y el jeque Rashid, que parecía muy enfadado. Más que enfadado, furioso. Val se dio cuenta de que Desmond trataba de calmarlo, pero las pocas palabras que captó cayeron sobre ella como una losa.

«Espantoso, poco profesional, vergüenza».

¿Qué creía el jeque que había sucedido? Lo más probable era que hubiera visto salir a Desmond de la habitación de ella, esa mañana, y que su hija, que su padre creía inocente e impresionable, estuviera con él.

Val no halló ni un solo argumento para defenderse.

–Val –dijo Hind agarrándola de la mano. La condujo de nuevo a la habitación y cerró la puerta. Hind le tendió la bandeja.

–Papá me había traído para que me disculpe por haberte abandonado anoche. Parece que alguien me vio entrar sola en le hotel y se ha chivado. Pero hemos visto a Desmond saliendo de tu habitación. ¿Qué…?

Al ver confirmados sus peores temores, Val se llevó las manos al rostro. No iba a sentirse aún más humillada llorando delante de Hind, por muchas ganas que tuviera.

–¿Desmond Tesfay y tú? –preguntó Hind, incrédula–. Pero si eres tan…

«¿Correcta, aburrida, mayor?», pensó Val. Todas eran posibilidades, cada una peor que la anterior, y todas ellas ciertas.

–Basta, Hind –dijo Val en tono profesional, a pesar de la vergüenza que sentía–. Tú también te pasaste de la raya anoche.

–¡Pero ahora, gracias a ti, está olvidado! Papá va a matarte. Pero con Desmond Tesfay, Val, por favor.

Val cerró los ojos deseando que Hind desapareciera.

–Qué estarán diciendo –comentó la joven. Val abrió los ojos y vio que había pegado la oreja a la puerta. Un fuerte golpe en ella la hizo retroceder, mientras el jeque y Desmond entraban.

Val procuró mostrarse impasible. El jeque la despediría. Sus años de ir captando clientes en el golfo Pérsico se perderían, debido a esa mancha en su reputación. Y ¿qué pasaría con la deuda contraída?

–Me has decepcionado, Val –dijo el jeque.

–Yo…

El jeque alzó la mano para hacerla callar.

–No solo has mantenido una relación a mis espaldas, sino que te has casado…

«¿Qué? ¿Que me he casado?».

–… sin mi permiso.

Val miró a Desmond, que la miraba fijamente.

«No digas nada», pareció ordenarle con su expresión.

–Esperaba que al menos me hubieras dicho que tus circunstancias iban a cambiar. Te considero parte de mi familia, y no solo has mantenido una relación a mis espaldas, sino que no me has permitido que la celebrara como es debido.

Val apenas se dio cuenta de que Desmond se acercaba y la tomaba de la mano.

–Fui yo quien le dijo que no lo hiciera, excelencia. Pensé que se produciría un conflicto de intereses, ya que yo quería llegar a un acuerdo económico con usted.

–¿Cómo os conocisteis? –preguntó el jeque.

–Usted y yo llevamos hablando más de un año. Al principio pasé bastante tiempo en la sala de espera. Un día, Val entró con Hind y tuvo la amabilidad de acompañarme por el laberinto de habitaciones. Me quedé tan encantado que me inventé que tenía una prima que necesitaba sus servicios. Cuando ella se dio cuenta de la artimaña…

Val cerró los ojos. Estaba segura de que iba a desmayarse de un momento a otro, ya que la historia se iba volviendo cada vez mas extravagante. Y no estaría mal perder la conciencia, porque así no seguiría oyendo a Desmond.

–Eso es todo. Nos casamos en el juzgado hace un mes. Celebraremos la boda a lo grande el año que viene y será entonces cuando la anunciemos oficialmente. Val está muy ocupada y no quiere dejar a Hind hasta que esté lista para ir a la universidad.

–No tenía ni idea. Val no ha dicho nada.

–¿Puedo ser dama de honor?

–He ido a Nueva Orleans a conocer a sus padres y, si cree que hace calor en el golfo Pérsico…

Las distintas frases se fueron fundiendo en una sola. Val recibió las cordiales felicitaciones del jeque y los efusivos besos de Hind y consintió que Desmond la apartara de ella y su padre, que ahora sonreía. Retrocedieron hasta el fondo de la habitación y él le susurró rápidamente al oído:

–Siento haberte sorprendido, pero ya sabes lo que piensan en Bahr Al-Dahab sobre las relaciones entre un hombre y una mujer solteros. Nos jugábamos mucho: tu trabajo, mi acuerdo…

–¿Y esta era la mejor manera de solucionarlo? –dijo ella sentándose en una silla–. Estoy… ¡Y con qué facilidad te has inventado esa indignante historia!

–Sí –contestó él. Su rostro había adoptado una expresión que había eliminado todo rastro de su juventud, una expresión ambiciosa que ella había visto antes. Y sabía lo que suponía que su vida y su felicidad dependieran de ella.

«No hay nada más cruel que un hombre ambicioso. Tú siempre quedarás relegada al segundo lugar».

Eso le había causado los mayores problemas de su vida, pero de nuevo se había dejado arrastrar por la pasión y se veía atrapada en la tela de araña de su estupidez.

–No voy a disculparme por mentir, porque puede hacer que pierda todo lo que quiero lograr. Llevo años tratando de entrar en el mercado de Oriente Medio. Lo que he hecho puede tener consecuencias de un alcance que ni te imaginas, Val. Y así vas a conservar el trabajo y la reputación.

Sus condescendencia le resultó a Val insoportable. Se levantó bruscamente, se dirigió a la ventana y apretó la frente contra el cristal. El jeque y Hind seguían hablando al lado de la puerta–. No será mucho tiempo, Val –dijo él mientras se le acercaba–. Unas cuantas fiestas, unas cuantas cenas y unos cuantos acontecimiento sociales. Cuando firme el contrato, cada uno seguirá su camino discretamente.

Todo era fácil de solucionar cuando se era joven y guapo y solo se pensaba en los acuerdos económicos. Val notó que se le caían los hombros y que perdía la postura que tanto se esforzaba en mantener.

–Pareces cansada –dijo él, poniéndole la mano en la espalda.

–No he dormido mucho y debo decirle a mi jefe que lo que le has contado es un cuento de hadas, que es mentira, y perderé el empleo y…

–¿Qué? No, Val. Acabamos de hablar de eso.

–Tú has hablado y decidido que lo habías arreglado todo –respondió ella con vehemencia.

Él la miró al escuchar el tono de sus palabras, por lo que ella dijo las siguientes con más suavidad.

–No sabes nada. Aunque quisiera seguirte el juego en esta locura, no podría, Desmond.

–Porque te lo impide tu moralidad –dijo él poniendo los ojos en blanco.

–No –contestó ella esbozando una sonrisa irónica, pero con un nudo en el estómago–. ¡Porque ya estoy casada!

–No creo que nada de lo que me digas justifique que me hayas convertido en cómplice de un adulterio sin mi consentimiento –dijo Desmond.

Val estaba sentada frente a él y hablaban en susurros alrededor de una mesa de mármol, en la que había un servicio de té con pastas, que no habían tocado, en una habitación privada del hotel Claridge's. Se hallaban solos, por primera vez, desde esa mañana. Hind había entrado en la habitación y se había llevado a Val a trabajar. Y Desmond se había dado cuenta, cuando ya era tarde, de que ni siquiera tenía el número de teléfono de Val.

Tuvo la oportunidad de volver a hablar con ella esa tarde. Hind, que había organizado aquella reunión para brindar por la pareja, se hallaba en el vestíbulo contestando a una videollamada, que no duraría eternamente.

–No me habías dicho nada –prosiguió Desmond–. Ni una palabra.

–No encontraba la ocasión –se defendió ella–. Vivía el momento.

–Desde luego –mascullo él. La conversación se volvía cada vez más absurda. No conseguía conciliar a la mujer que lo había besado y mirado maravillada, la noche anterior, con la clase de persona que

se acostaría con él sin decirle que estaba casada. ¿Y se creía moralmente superior?

–Hace más de ocho años que no lo veo. No sé dónde está. Vivíamos en Dubái cuando me dejó.

–Cuando te dejó –dijo él mirándola fijamente a los ojos.

–Me dejó –repitió ella–. Podría haber pedido el divorcio porque él me había abandonado. No he vuelto a hablar con él, aunque sé que está vivo. Su familia me lo confirmó, pero sin decirme dónde se hallaba. Sinceramente, ya no quiero buscarlo.

Desmond se recostó en la silla. Su furia se había evaporado.

Val sirvió el té con manos temblorosas.

–¿Quieres limón? ¿Leche?

–No. –Él hizo una mueca cuando ella se llevó la taza a los labio y tomó un sorbo, aparentemente sin darse cuenta de lo caliente que estaba el té, que a él le habría quemado la lengua–. Val…

Ella no habló ni lo miró.

–No lo sabía.

–¿Cómo ibas a saberlo?

A Desmond lo asaltó la urgente necesidad de abrazarla y consolarla. Había algo en ella que hacía que quisiera protegerla.

–¿Me harías el favor de dejarme al menos compadecerte? –preguntó él, antes de probar el té.

–En primer lugar, llegas ocho años tarde; en segundo, no m hace falta tu compasión. Ha pasado mucho tiempo, y es irrelevante. Lo que es relevante es que me has dejado en una espantosa posición. No puedo ganar lo que ahora gano en ninguna otra parte del mundo, y lo necesito.

Se le quebró la voz. Desmond quiso saber por qué, pero ella prosiguió hablando.

–Tengo muchas deudas. Debo seguir trabajando tres años más para el jeque para estar económicamente a salvo. Pero si pierdo el empleo… En estos círculos, todos se conocen, Desmond, y si metes la pata con un jefe, nadie te contrata.

La desesperación de su voz le llegó a un lugar en su interior que creía impenetrable. Llevaba tanto tiempo exclusivamente centrado en sus problemas que había prescindido de tener una relación

estrecha con otra persona. ¿Cómo iba a compartir las cargas ajenas, si las propias lo aplastaban?

–No puedo perder la buena opinión que el jeque tiene de mí. Ha hecho mucho por mí.

Y ahí estaba de nuevo. Su consideración por el jeque lo molestaba de un modo al que no tenía derecho. Respiró hondo, se inclinó hacia delante, agarró unas pinzas y comenzó a llenar un plato de la exquisiteces que había en la mesa.

–Seguro que no has probado bocado desde esta mañana.

–No tengo hambre.

–Come –dijo él con firmeza–. Estoy aquí para escucharte. Sé que no tienes motivos para fiarte de mí, pero me gustaría ayudarte, si puedo.

Ya lo había dicho.

Era la primera vez en diez años que se ofrecía a ayudar a alguien a cambio de nada. Primero, había pedido a Val que lo dejara quedarse con ella, y ahora, ¿esto? ¿Qué le estaba haciendo Valentina?

Miró el plato y se dio cuenta de que había puesto en él sándwiches suficientes para alimentar a un regimiento. Quitó la mitad a toda prisa, volvió a ponerlos en la bandeja y tendió el plato a Val.

–No hace falta que me lo cuentes, si no quieres.

–No –dijo ella negando con la cabeza–. Está bien. Quiero hacerlo.

Capítulo 8

No debería decirle nada. No debería querer contárselo. Pero los polvos mágicos que Desmond había esparcido por la habitación debían de seguir haciendo efecto, porque ella comenzó a contarle la historia.

«Lo conocí una noche. Eran las fiestas de carnaval. Se le cayó la cartera. Estaba de visita en Nueva Orleans para conseguir un comprador para una bebida energética que, según afirmaba, permitiría que la gente bailara toda la noche. Yo estaba con unos amigos. No soy muy partidaria de las fiestas, así que, cuando le devolví la cartera y me invitó a cenar para agradecérmelo, acepté».

Era surrealista narrar los hechos de aquella noche de hacía tanto tiempo y recordar los olores, colores y sonidos, y el hermoso rostro de Malik, que la miraba como si estuviera sorprendido y contento de haberla conocido.

–Su vida me pareció emocionante. Tenía un chalé en Aspen, varias gastronetas en Oklahoma y estaba en el negocio de la criptomonedas. Había recorrido muchos lugares. Por aquel entonces, yo me sentía atrapada, por lo que conocerlo fue una especie de liberación. Empezamos a salir. Fui con él a Dubái, donde tenía algo que hacer, creo que relacionado con las carreras de caballos.

–Son muy lucrativas en el golfo Pérsico.

–Pero no en su caso. Encontré trabajo de profesora y le estuve pagando sus proyectos empresariales. Pidió prestamos, tuve que

firmar papeles…

Val se dio cuenta de que su narración era cada vez más inconexa, pero no sabía explicarla mejor.

–Fui una estúpida. No me importa reconocerlo.

–Estabas casada.

–Fui una estúpida –repitió ella–. Él se comportaba de manera despectiva y mezquina, pero lo atribuí a que no tenía dinero y estaba esperando a que sus proyectos comenzaran a funcionar. Antes de que todo se viniera abajo, me miró a los ojos, como si me viera por primera vez, y me dijo que se alegraba de haberse casado conmigo, porque no todas las mujeres habrían sido capaces de soportarlo.

–¿Tan malo era?

–Eso no es lo importante –dijo ella negando con la cabeza–. Lo importante es… No sé cómo explicarlo. Me sentí una presa fácil, alguien con quien él estaba porque no iba a echarle en cara su dudosa honradez. Todos esos años pensé que quería cambiar por mí, pero me engañaba.

–¿Por qué no lo dejaste? –preguntó Desmond, algo impaciente.

A ella se le formó un nudo en la garganta.

–Porque soy una pobre infeliz.

Desmond suspiró. La impaciencia había desaparecido de su rostro.

–No lo eres. Que se aprovechara de ti no te convierte en eso.

Ella asintió. No sabía por qué Desmond se mostraba tan comprensivo. La miraba fijamente como si quisiera absorber cada una de sus palabras.

–¿Me oyes, Val? –Se inclinó hacia ella y le agarró las manos–. No le otorgues poder echándote la culpa, porque no fue culpa tuya.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Las inesperadas palabras de él la conmovieron, le llegaron a un lugar en su interior que llevaba años protegiendo.

–Desde entonces, lo único que he deseado es librarme de él, de los hombres, en realidad.

–Te he estropeado las cosas, ¿verdad?

–Más o menos.

–¿Cuánto debes?

Ella tragó saliva.

–No veo que eso…

–¿Cuánto, Valentina?

–Tengo una deuda de casi un millón de riales. –Val lo miró para ver cómo reaccionaba, pero él mantuvo una expresión neutra.

–Es mucho dinero.

–Supongo que no para ti.

–Pareces tener muy buena relación con el jeque Rashid.

–No te haces una idea –contestó ella tratando de no sonreír.

–¿Conoce la situación en que te encuentras? ¿Le has pedido ayuda?

Ella soltó una carcajada, a pesar de que la situación distaba mucho de ser divertida.

–¿Que si la conoce? Era socio de mi esposo. También fue quien pagó la fianza para sacarme de la cárcel, cuando me encerraron por deudas.

–¿Qué?

–Así es. –Val sintió náuseas al recordar la humillación y la desesperación que sintió, las agresivas preguntas y la sala de audiencia–. Yo había estado ayudando a Hind a leer y ella me tenía mucho cariño. No sé por qué el jeque me creyó, pero lo hizo.

Desmond se echó hacia atrás, cruzándose de brazos.

–Probablemente porque tu esposo huyó también con parte de su dinero.

–Llegamos al acuerdo de que trabajaría para él y, a cambio, sería el garante de la deuda. –Val tragó saliva–. Y no he sido sincera con él. Seguro que piensa que estoy divorciada, y por eso se ha creído lo que le has contado.

Desmond la miró sin pestañear y a ella se le aceleró el corazón. ¿Qué pensaba?

–Voy a hacerte una propuesta. Tu tienes un objetivo y yo tengo el mío. Y ahora se han entrecruzado.

–Me parece algo presuntuoso afirmarlo.

–Si me ayudas y consigo el acuerdo con el jeque, pagaré todas tus deudas.

–Desmond…

–Puedo permitírmelo, hazme caso. –Sus palabras le parecieron arrogantes incluso a él–. Se trata de expandir mi negocio, no solo de dinero. Nos hallamos en una situación en que podemos ayudarnos mutuamente.

Val lo miró, muy agitada. Sentía tantas cosas a la vez que no sabía a cuál prestar atención. Y notó un residuo de la calidez de las manos de él en su cuerpo, hacía unas horas.

Apartó ese recuerdo de su mente. No debía pensar en él, no era de esa clase de hombres. ¿No era por eso por lo que había elegido para pasar la noche?

–Si estás tratando de matar la servilleta, debe de haber una forma mejor que estrangularla lentamente –dijo él en tono seco.

–Yo… –Val se miró el regazo, donde estaba la blanca tela de lino hecha un revoltijo.

–Todo son ventajas, Valentina.

Había vuelto a decir su nombre completo. ¿No sería hipócrita por parte de ella insistirle en que no lo utilizara, cuando le despertaba tanta emoción? Cerró los ojos e intentó dominarse.

«Las emociones son debilidades de las que otros se aprovechan».

«Nunca dejes en manos ajenas el poder de hacerte daño».

Se repitió esos mantras para controlar su acelerado corazón.

–Ya te he dicho que me llamo Val –afirmó con arrogancia–. Y seamos sinceros, me has puesto en una situación que me obliga a ayudarte –dijo con amargura–. No quiero deberte nada.

–¡Sería un intercambio justo!

–No lo entiendes. Nada es así de sencillo –soltó un improperio en voz baja y se rio al ver la sorpresa en el rostro de él–. ¡Piensa en las consecuencias!

–Solo si decides verlo así, Val.

–Claro, porque todo gira en torno a tu empresa, ¿no? ¿Eres así de desdeñoso con todo?

–Solo con lo que no tiene importancia. –Desmond suspiró–. Siento lo que te sucedió, pero no deberías pagar por los errores de ese hombre.

–Hermosas palabras.

–Hablo en serio. ¿Por qué no me dejas ayudarte? Es un trato, Val, no un intento de atraparte. No deseo hacerlo.

Ella tragó saliva. No podía elegir, porque el jeque se había creído la mentira, lo que le daba ganas de gritar de frustración.

Al hablar, la voz se le quebró como se temía que ocurriría.

–De acuerdo.

A Val no le gustaba la situación y a Desmond no le gustaba sentirse tan incómodo. Y así, para su sorpresa, le dijo:

–Olvídalo.

Ella, sorprendida, alzó la cabeza y lo miró con los ojos como platos.

–No me malinterpretes. Sigo queriendo que me ayudes –dijo él en tono enfadado–. Pero no me gusta cómo me siento.

Quería que la mirada acorralada desapareciera de sus ojos, que lo mirara como lo había hecho la noche anterior.

Agarró la cartera que siempre llevaba consigo, donde estaban todos los dispositivos electrónicos que utilizaba. Le tendió una tableta.

–Dame tu número de cuenta.

–¿Qué? –Val se llevó las manos a la garganta.

–Sin compromiso. Considéralo una compensación por una dolorosa mentira. Tampoco hace falta que hables en mi favor al jeque Rashid. Mi trabajo puede y debe defenderse solo. Únicamente déjame que mantenga esta ficción hasta que resuelva este asunto en uno de los dos sentidos.

Desmond no sabía lo que hacía, pero no se le ocurría otra modo de librar a Val de la carga que llevaba sobre los hombros y hacer que ella lo aceptara.

A Val, la sorpresa le había eliminado el brillo del rostro. Él quiso contarle los verdaderos motivos: que sabía perfectamente lo que era verse atrapado por las circunstancias y que algo tan trivial como el dinero no debería ser una barrera en un mundo justo. Pero no dijo nada.

–No –dijo ella negando con la cabeza–. Es muy generoso por tu parte, pero no puedo aceptar. No voy a negarte que me sacarías de una terrible situación que lleva años destrozándome. Pero tengo que ganármelo. Te ayudaré con el jeque.

–Valentina…

Ella le tendió la mano, sin mirarlo al rostro.

Él la agarró y, de repente, lo invadió de nuevo aquel deseo absurdo que superaba la decencia y el sentido común. Recordó la noche anterior, sus sonidos e imágenes, breves pero intensos: suspiros, gritos, gemidos, las uñas de ella en la piel.

«Desmond, por favor…».

Si se esforzaba, seguía notando el sabor de ella en la boca.

–Tu esposo debía de haber perdido el juicio. –Deseó acariciarle la mejilla, como la noche anterior.

Val cerró los ojos durante unos segundos. Después los abrió y lo miró fijamente.

–Esto no puede formar parte de… lo que sea que haya habido entre nosotros. Sería muy mala idea. Debemos tener la mente despejada, si queremos que funcione. Tiene que ser…

–Exclusivamente una cuestión de trabajo –dijo él acabando la frase.

–Así es. Cuando volvamos al mundo real, a mi mundo real, debo poder separar lo que es verdad de lo que no. La noche contigo ha sido preciosa, la mejor que he tenido en mucho tiempo. Verdaderamente mágica.

Desmond alzó la mano. Se sintió como si ella lo estuviera rechazando, aunque estaba de acuerdo con lo que había dicho.

–No debemos ser codiciosos –prosiguió Val, más hablando consigo misma que con él–. Y podemos ser amigos, ¿no? –añadió sonriendo.

Por supuesto que podían. Al fin y al cabo, tenían algo en común: la muerte del padre.

«¡Maldita sea!», se dijo Desmond.

Val observó que le cambiaba la expresión.

–¿Te pasa algo?

–No, nada. –Miró el reloj, el reloj de su padre, vio la hora y gimió por dentro. Croydon estaba a hora y media de viaje, si el tráfico era

normal, a una hora, con mucha suerte. Y se había olvidado. Era la primera vez en diez años.

–¿Qué te pasa? Pareces preocupado.

Él soltó una breve carcajada. Val no tenía ni idea. Le contestó con sinceridad.

–Hay una ceremonia conmemorativa por mi padre y el resto de las personas que murieron en el accidente. Voy todos los años. Es la primera vez que me he olvidado. Me parece increíble.

Se dio cuenta de que debía parecer trastornado. Cerró los puños y se levantó.

–Ni siquiera tengo tiempo de cambiarme.

Val lo miró con ternura.

–Lo siento mucho. Te he entretenido…

–No, no has sido tú. –Aunque claro que había sido ella. A veces, sobre todo en los primeros años, se iba de juerga en esas fechas. Val no era la primera mujer que acababa en su cama dos noches antes. Pero esa vez se le había olvidado. Se mesó el cabello y tragó saliva.

–Lo siento, pero tengo que irme.

–¿Quieres que te acompañe?

Sus palabras lo detuvieron. Respiró hondo para negarse, pero, en lugar de eso, dijo:

–Sí, muy bien. Vámonos. Pero ¿y Hind?

–Hace años que no me tomo una tarde libre. Esto es más importante.

Capítulo 9

Londres se había preparado para la ceremonia conmemorativa del accidente del padre de Desmond con una lluvia persistente y una humedad a prueba de impermeables y chubasqueros. El tiempo se ajustaba perfectamente al estado de ánimo de Desmond.

Desde el accidente, había acudido todos los años a la ceremonia, que se celebraba en una pequeña iglesia de Croydon. Era la primera vez que iba acompañado y la primera que no deseaba estar solo.

–Uno de los pasajeros era el párroco de la iglesia –susurró a Val–. Si no hubiera muerto, llevaría siéndolo veintidós años.

Val lo agarró del brazo. A él le costó trabajo resistirse al deseo de soltarse mientras entraban en la iglesia. Siguieron a un acomodador que ofreció a Val una orquídea, la flor preferida de otra de las víctimas, un florista de Kent, pero Desmond negó con la cabeza.

–Aquí. –Indicó a Val la esquina de la última fila de bancos, a la izquierda. Se sentaron y ella se sopló las manos para calentárselas. Sin decir palabra, él se quitó los guantes y se los dio.

El hijo mayor del párroco, de doce años, leyó el pasaje de los Salmos que se leía todos los años. En la primera ceremonia era un bebé en brazos de su madre. Desmond estuvo manoseando el programa hasta que una de las hojas le hizo un corte en el pulgar. Val se lo quitó con suavidad.

Él observó la sangre que le corría por el dedo con una extraña sensación de distanciamiento. Se alegró de haberse cortado, porque

lo mantendría centrado. No reaccionó cuando Val sacó un pañuelo del bolso y se lo entregó.

Desmond sabía que, tras la ceremonia, las familias de las víctimas se abrazarían, charlarían e incluso se reirían. Diez años de dolor compartido proporcionaba intimidad al momento. Algunos se habían hecho amigos; otros llevaban cada año más acompañantes. Habían nacido bebés, lo niños habían acabado la escuela y los jóvenes se habían casado.

Sin embargo, para Desmond, cada ceremonia era como la primera. Y se arrepentía de haber aceptado, en un momento de debilidad, que Val lo acompañara.

Apretó los dientes. Se encendieron velas por cada víctima, mientras los presentes recordaban en silencio.

Val se quitó un guante y lo agarró de la mano. Y él, desesperado por hallar un punto de apoyo, cerró los ojos y no la apartó.

Después se mantuvo un poco alejado de la multitud, aún de la mano de Val. No habló con nadie y se limitó a saludar con la cabeza a quienes se le acercaban. Nadie lo hizo más de unos segundos. Un par de personas miraron a Val con curiosidad. Por suerte, ella se mantuvo callada y discreta. Se había dado cuenta de la situación, aunque él no había hallado las palabras para explicársela.

Era cierto que había perdido a su padre, el hombre que lo había criado. Pero su padre también era responsable de los muertos en el accidente. Eso no lo ignoraban los familiares, aunque no era culpa de Desmond. Él tenía tanto derecho al duelo como ellos. Pero su presencia allí, esa vez y todas las demás, era…complicada.

Nadie lo invitaba a un té ni al bar donde después iban a tomar algo ni a la boda o el bautizo de los familiares de los muertos. Desmond era el primero en salir de la iglesia tragando saliva y respirando con dificultad hasta que volvía a enterrar los sentimientos que amenazaban con superar su estoicismo.

Pero ese año era distinto. Val estaba a su lado, aferrada a su mano como si les fuera en ello la vida. Al final, cuando se quedaron solos en el porche, ella lo miró. Y su expresión le indicó que no había sabido ocultar debidamente sus emociones.

–¡Ay, Desmond! –susurró ella. Se puso de puntillas y lo besó en la mejilla. Él no reaccionó.

–Tenemos que irnos –dijo ella tirándole de la mano. Él asintió y salieron. Seguía lloviendo.

Debería haberse alejado de ella, haber hecho un sarcástico comentario sobre el hecho de besarse en una iglesia, o sobre cualquier otra cosa, para volver a la normalidad. Pero estaba paralizado, insensible, quemado. Se hallaba agotado de llevar tanto tiempo manteniendo una apariencia impasible.

La recuperaría al día siguiente. No sabía ser de otro modo.

No debía aceptar la compasión ni el consuelo de Val. No se los merecía. No se los había pedido al resto de los presentes en la iglesia. Habría sido una crueldad.

Su padre no había sido el único responsable, pero él llevaba ocultándose bajo la protección de un muerto todo aquel tiempo.

La dirección de Notting Hill que dio al taxista no le dijo nada a Val, que solo conocía la zona por las películas. Después, él no abrió la boca. Se recostó en el asiento y cerró los ojos.

–Te mandaré al hotel cuando lleguemos y te seques –fue lo único que dijo durante la hora larga de trayecto hasta Londres. Pararon delante de una vivienda unifamiliar con jardín. Desmond introdujo el código para entrar y la pesada puerta se abrió.

Val parpadeó deslumbrada por la suave luz del vestíbulo, flanqueado por dos ventanales que serían magníficos a la luz del día, cuando dejara de llover. Se quitó los zapatos. Desmond le dio una toalla. Cuando se secó y lo miró, él se estaba desabrochando la camisa y ya había tirado el abrigo y la chaqueta al suelo.

–Tienes que quitarte esa ropa mojada.

–¿Aquí? –preguntó ella. Se dio cuenta de que era un pregunta estúpida, porque él ya la había visto desnuda desde todos los ángulos posibles.

Él no pareció haberse dado cuenta de la pregunta. Se estaba quitando los pantalones. La miró con una expresión indescifrable, que no se correspondía en absoluto con la del hombre de negocios zalamero y encantador con el que había pasado la noche anterior. Se

había convertido en un desconocido de ojos hundidos. Sin embargo, Val tuvo el impulso de acariciarlo.

Él le dio la espalda y echó a andar.

–Ven –fue lo único que le dijo.

Ella se volvió a mirar el vestíbulo, con el montón de ropa en el suelo. Desmond no había dicho nada de llamar a un taxi que la llevara al Ritz, por lo que ella debería…

–¡Val!

Ella se puso la toalla alrededor del cuello y lo siguió a toda prisa.

–Bienvenida –dijo él abarcando con el brazo el amplio pasillo que tenía delante, de cuyas paredes colgaban cuadros como en una galería. Ella reconoció los de Andy Warhol y había otros que le resultaban familiares, aunque no recordaba el nombre del pintor.

No tuvo tiempo de detenerse a mirarlos, porque Desmond siguió adelante. Pasaron por delante de un salón con una gran chimenea, un comedor con una alfombra persa y una gran mesa y una terraza acristalada que debía de rodear el perímetro oeste del edificio. Debía de ser asombrosa a la luz del día. La casa era como Desmond, lujosa y elegante sin ser ostentosa.

Llegaron al final del pasillo, donde se hallaba un ascensor. No había botones, sino un panel que Desmond apretó con el dedo. Las puertas se abrieron y entró. Miró hacia atrás, sin decir nada.

Val tragó saliva y lo siguió. Él ocupaba todo el espacio. A ella le pareció que la lluvia había intensificado el aroma de su piel. El aire entre ellos estaba tan cargado, tan lleno de energía reprimida a causa de la tensión de la tarde, que ella no sabía qué hacer.

Deseaba apoyar la cabeza entre los hombros de Desmond. Y no se trataba solo de sexo, sino de cercanía, que creía que él necesitaba. Él era la única persona que la había tentado durante tanto tiempo. Y ahora estaba en su casa y quería consolarlo, cuando solo hacía dos días que lo conocía.

Pensó, agarrando la toalla que llevaba en los hombros, que tal vez se debiera al dolor que ella había visto en su rostro, el dolor de la pérdida y el de saber que no podía arreglar lo que se estropeaba.

–Voy a llevarte a una de las alas de invitados –dijo él cuando las puertas del ascensor se abrieron, en el primer piso. En el pasillo

también había cuadros colgados, pero ella no reconoció a los artistas–. Allí encontrarás lo que necesites. Date una ducha caliente, si quieres, y quítate la ropa mojada.

–¿Y tú?

–Yo voy a hacer lo mismo. ¿Crees que podrás hallar el camino de vuelta a la planta principal?

Ella asintió.

–Estupendo. Nos vemos allí dentro de media hora –dijo él. Y se fue.

Val se quedó inmóvil durante unos segundos. La casa estaba muy tranquila.

En el cuarto de baño se ducho rápidamente para calentarse. Se puso una bata de seda que estaba doblada a los pies de la cama y que olía a menta y eucalipto. La agarró por el dobladillo, para no pisarla al dirigirse al tocador para ver cómo tenía el cabello. Se le había rizado.

–Ponte las pilas –dijo a su reflejo en el espejo. Apenas se reconocía. Se irguió y salió en busca del ascensor.

Cuando se bajó en la planta principal, Desmond ya estaba allí, con las manos detrás de la espalda. Tenía el pelo mojado y llevaba una sudadera negra y unos pantalones. Nunca lo había visto vestido de manera tan informal.

«¡Qué guapo es!».

–Hola –dijo él.

Ella se sonrojó. Aquello era muy íntimo. Llevaba años sin tener ningún contacto humano importante, pero había compartido muchas cosa con Desmond solo en dos días.

Se produjo un silencio que duró unos segundos.

–Gracias –dijo él

Ella asintió con la boca seca.

–¿Comemos algo?

Capítulo 10

Ven conmigo.

Val se apretó el cinturón de la bata. Se sentía ridícula con ella puesta, pero su ropa estaba secándose, colgada en el cuarto de baño. Lo siguió por la casa, mientras, fuera, la lluvia golpeaba el tejado y las ventanas. Llegaron a otra parte de la vivienda que parecía más íntima.

–Aquí paso la mayor parte del tiempo. Lo que has visto antes es para las visitas. Aquí tengo el despacho. –Le indicó una puerta–. Y también es donde como.

La habitación era preciosa. Estaba pintada en tonos rojizos y dorados y había una mesita baja rodeada de grandes almohadones. Sobe ella, unas velas intensificaban la suave luz de las lámparas situadas alrededor de la habitación y la del fuego de la chimenea. Val se sentó en un almohadón y, con dificultad, se enrolló la bata en las piernas y se la cerró en el pecho, justo a tiempo.

Él la miró y ella se sonrojó al ver que él se había dado cuenta.

–Siento lo de la bata. Mi madrastra las tiene para las visitas, pero no son muy prácticas.

–Es muy bonita –contestó ella esbozando una sonrisa forzada.

–Puedo prestarte ropa mía.

No, estoy bien. –La idea de llevar prendas suyas, que conservarían su olor…–. Gracias.

–Haré que te traigan algo. –Se sentó en un almohadón, frente a ella. Suspiró como si le doliera el cuerpo y se inclinó sobre la mesa para destapar las bandejas. Era evidente que tenía algunos discretos empleados que habían preparado la habitación y la comida.

–Espero que te guste el cordero y la comida etíope.

–Sí –contestó ella–. Algunos de mis colegas son etíopes y eritreos.

–Me han dicho que hay muchos en Bahr Al-Dahab.

Levantó la tapa del *mesob* y le indicó que agarrara un trozo de *injera* para acompañarlo.

–Sírvete.

–Gracias.

Cuando ella hubo agarrado el trozo de pan, él le ofreció el guiso. Su estómago rugió al servirse una cucharada sobre el pan. Esperó a que él se hubiera servido y se llevó el primer bocado a los labios.

El cordero, cocinado con especias y aceite de chile, estaba delicioso. Vio que Desmond la miraba divertido.

–¿Qué pasa? –preguntó ella tapándose la boca con la mano.

Él se echó a reír.

–Mi padre se habría quedado impresionado al verte comer con las manos.

–¿Eres etíope?

–Nací en Surrey. Mi padre se marchó de Etiopía en los ochenta, durante la hambruna.

–¿Y tu madre?

–Se divorciaron pronto y ella regresó a Etiopía, donde volvió a casarse. Yo me quedé aquí, con mi padre, que era el más joven de seis hermanos, todos varones. Estudiaron, trabajaron y montaron una empresa relacionada con la aviación: piezas de recambio, mantenimiento, asesoría… La empresa se llamaba Tesfay Aviation Solutions. Ganaron mucho dinero con el auge de los vuelos de bajo coste. Mi padre era un adolescente en aquella época, pero convenció a los demás para que lo dejaran introducir la publicidad en la empresa, de la que se encargó él. Y lo hizo bien durante mucho tiempo. Fue el responsable de la mayor parte de la publicidad de las pequeñas líneas aéreas internacionales.

Val asintió, animándolo a continuar.

–Ganaron una fortuna en una generación. Esos son ellos –dijo él indicándole un cuadro en la pared.

Ella se levantó a mirarlo de cerca. Todos eran delgados y guapos y había algo de Desmond en su rostro, en su constitución y en la hermosa piel. Entrecerró los ojos para ver mejor y al retroceder chocó con Desmond.

–Perdona. –No se había dado cuenta de que estaba detrás de ella.

–No pasa nada. Son Abuna, Abel, Selama, Thaddadeus, Abram, mi padre y Markos.

–Son muy guapos. ¿Siguen en Londres?

–Algunos. Dos se fueron a Estados Unidos y el tío Abel está en Etiopía. –Val notó que titubeaba y se volvió a mirarlo–. Nos hemos distanciado. Hace unos años se produjo una ruptura.

–¿Qué pasó?

–Es una larga historia.

–Tenemos tiempo –contestó ella sin saber por qué insistía. Era evidente que él no quería seguir hablando de ello. Estaba convencida de que cambiaría de tema.

–El vuelo en el que viajaba mi padre pertenecía a una aerolínea que sus hermanos y él habían creado. Mi padre hizo una magnífica campaña publicitaria. Me sentía muy orgulloso de él …

Se le quebró la voz y a ella le dolió verlo así.

–Cuando el avión se perdió, las acciones se desplomaron. No es una historia agradable. Mis tíos comenzaron a pelearse y echarse la culpa unos a otros. Al final me vendieron todas las acciones en un intento de lavarse las manos. Y ahora llevo a cuestas ese legado.

–¿No los has visto desde entonces?

–Echaban la culpa a mi padre –contestó él negando con la cabeza–. Era imposible que siguiera con ellos.

Se quedaron en silencio. Solo se oía la lluvia contra los cristales. Desmond se frotó la cabeza. Parecía cansado y su aspecto era totalmente distinto del hombre tranquilo y sardónico que había conocido el día anterior.

«Todos ocultamos algo», pensó Val. En ese momento, ella percibió la soledad de Desmond. En la ceremonia conmemorativo se había

dado cuenta de que se culpaba a sí mismo. Ella experimentaba las dos cosas diariamente.

Sintió admiración por todo lo que él había conseguido, pesar por lo solo que se había sentido en la iglesia y, ahora, una increíble cercanía que no se esperaba.

Desmond parecía haberse quedado paralizado ante el retrato. Tenía la mandíbula tan rígida que Val quiso acariciársela para que la relajara, para consolarlo.

–Europa es un mercado cerrado para la empresa. No se olvida una tragedia en la que hubo tantos muertos. Pero el golfo Pérsico es un mercado abierto y joven, donde se puede ganar mucho dinero y…

Se detuvo y carraspeó.

–Tengo que hacerlo por mi padre. No puedo dejar que se pierda su legado, cuando… –Le brillaron los ojos a la luz de las velas. Val esperó a que acabara lo que iba a decir, pero él se volvió–. Vamos, la comida se está enfriando.

Se sentaron y comieron del mismo plato. Sus dedos se rozaron de vez en cuando. No hablaron hasta haber terminado.

–Supongo –dijo él– que debemos conocernos, ya que se supone que estamos casados. –Era evidente que intentaba recuperar un tono ligero en la conversación. Ella decidió no insistir y seguirle el juego.

–¡Intento no pensarlo!

–Deberías verte el rostro –afirmó él en tono divertido, lo cual alegró a Val–. ¿Cuáles son los aspectos más importantes?

–¿La familia, la religión, las alergias?

–A mi familia ya la conoces –contestó él haciendo un gesto hacia la pared–. Son ortodoxos y soy alérgico a las setas. ¿Y la tuya?

–Ya te he hablado de mi familia. Somos baptistas, aunque no he pisado una iglesia desde el día de mi boda. Y tengo alergia a los gatos.

Ella hizo una pausa.

–Podríamos hablar del jeque Rashid y del acuerdo al que esperas llegar con él.

–No es obligatorio que lo hagamos.

–¿Tienes que discutir por todo? Te había dicho que hablaríamos, así que escúchame.

Él se tapó la boca y ella puso los ojos en blanco.

–Nostalgia –dijo ella.

Él la miró confuso. Val se cruzó de brazos y prosiguió.

–Bahr Al-Dahab significa…

–Mar de oro.

–Sí, un glamuroso concepto de una nación construida a partir de un único materia: el oro líquido. Tus competidores han desechado la idea, pero al jeque le encanta la historia y lleva el país en el corazón.

–Cuéntame más.

–Pídele que te hable de la historia de Bahr Al-Dahab. Le encantará.

–¿Por qué no me la cuentas tú? –preguntó él sonriendo–. Tienes una voz preciosa.

Él tenía que dejar de decirle cosas así, y con esa voz. Hablar calmaba a Val, le enfriaba la sangre que le resonaba en los oídos.

–El país se desarrolló a partir de una ciudad portuaria que prosperó en el siglo XVII y principios del XVIII. Llegaban mercaderes de Asia, África e incluso de Europa con toda clase de mercancías y se llevaban hermosas perlas, únicas en la zona.

–Muy bien –dijo él, al cabo de unos segundos.

–La arquitectura del país es la mejor conservada del golfo Pérsico. Hay un festival de perlas todos los años para celebrar el origen de la nación. No se la conoce mucho en el plano internacional porque nuestros vecinos, Dubái, Qatar y Baréin, nos eclipsan.

–Lo sé.

–Al jeque lo que le importa es el legado, valorar aquello por lo que sus padres se sacrificaron. Cada uno que se le acerca intenta venderle una visión del futuro, sin detenerse a valorar el pasado. Si consigues centrarte en eso, llamarás su atención.

–El legado –repitió él.

–Es extrañamente adecuado –dijo ella con una sonrisa forzada y obligándose a dejar de temblar. ¿Por qué la miraba de aquel modo?–. Al fin y al cabo, todo esto lo haces por tu padre.

–Supongo –dijo él con voz ronca. El dolor era tan evidente en su rostro que ella dejó de lado sus reservas y le tendió la mano. Él vaciló durante unos segundos, pero se acercó a ella y la agarró.

Se sentaron en silencio en los almohadones. Él la miró aún más intensamente de lo que lo había hecho en el club de *jazz*. Y a ella la asaltó el mismo impulso irresistible y terrible que se había apoderado de ella la noche anterior y que vencía el decoro, el sentido común y el buen gusto. Lo estaba perdiendo todo rápidamente.

Sin embargo, era distinto de la noche anterior. Entonces había sido deseo, satisfacción y diversión. Ahora notaba que algo en ella se abría a la calidez, a la luz.

A la posibilidad.

Y deseaba consolar a un hombre que había llegado a importarle mucho, en un corto espacio de tiempo.

–Desmond –dijo ella, como advertencia, como un intento definitivo de cortar con aquello, fuera lo que fuese. Pero no le salió con tanta severidad como pretendía, sino más bien como un suspiro. Y él acercó el rostro al suyo y ella levantó la cabeza para recibir en los labios el beso que él le ofrecía.

Se besaron sin parar hasta quedarse acalorados y sin aliento. Val se separó de él lentamente, con los labios hinchados. Él sabía que no se la merecía, pero ella estaba allí y quería consolarlo. Mientras él no permitiera que pasara nada más…

Los ojos de ella estaban llenos de deseo, mezclados con una incertidumbre que lo conmovió. ¿Qué le provocaba inseguridad? ¿Él? ¿Su deseo de ella? ¿Consentir que la besara un hombre que estaba de duelo por su padre, después de la conmemoración de su muerte?

–Desmond… –comenzó a decir ella. Él supo que debía evitar que aquello se volviera aún más íntimo en el plano emocional.

–Escucha –dijo mirándola fijamente a os ojos para que ella se creyera la mentira–. Estoy bien. Pasó hace mucho tiempo.

–Lo sé, pero…

Desmond reaccionó quitándose el jersey, más para ocultar el rostro que por otra cosa. Cuando lo tiró al suelo vio que había

funcionado. Ella tenía los ojos empañados de deseo y se removió como si estuviera incómoda, juntando las rodillas y jugueteando con el cinturón de la bata. Ese movimiento atrajo la atención de él hacia su cuerpo. Sus senos eran especialmente prominentes bajo la tela. Y él los recordó desnudos, con los pezones endurecidos y extremadamente sensibles al acariciárselos o chupárselos.

¿Solo habían estado una noche juntos? Le parecía que conocía el cuerpo de ella a la perfección. Le acarició el muslo.

Recordó la intensidad de la primera vez que la había acariciado. Y, además de una excitación creciente, sintió una punzada de nostalgia. Nunca volvería a pasar dos noches como aquellas en Londres. Habían intimado muy deprisa. Y ahora, ella lo miraba como si él fuera un insensato que…

No completó el pensamiento porque Val se puso de rodillas y lo besó, vacilante al principio, pidiéndole permiso. Cuando él la agarró de las caderas, ella abrió los labios y él volvió a sentir la dulzura con la que soñaría las noches posteriores, aunque nunca sería mejor que en persona. La lengua de ella fue al encuentro de la suya y él la apretó contra sí para besarla más profundamente, pero ella se retiró un poco y negó con la cabeza.

–No –dijo con la voz ronca de deseo–. Déjame a mí, Desmond, por favor.

Fue como si le hubiera lanzado fuego a la entrepierna. Se excitó enormemente. Ella se la miró y se la acarició.

–¿Estás segura, Val?

–Estoy segura –le susurró ella, pegada a sus labios. Él la atrajo hacia sí y ella se sentó a horcajadas sobre él–. Quiero relajarme. Quiero que lo hagamos.

Así que ella también había notado la conexión. Y había ido a buscarlo. Había ido a él porque lo deseaba con una intensidad que había hecho que se olvidara de sus reticencias y se lo pidiera.

–Val…

–No hables, por favor.

Ella se bajó la bata de seda de los hombros de forma tan seductora que lo dejó sin respiración. No llevaba nada debajo, como él se figuraba. Desmond se movió para acomodarla y a ella se le

aceleró al respiración al frotar la parte más sensible de su cuerpo con la tela de los pantalones de él. Echó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, y él se volvió loco de deseo. Si no la penetraba inmediatamente, iba a …

–Acaríciame –dijo ella tomándole la mano y llevándola a su centro, que él sabía que estaría húmedo e hinchado. Ella se estremeció, lo que hizo que se le agitaran los senos. Él le acarició el centro con el pulgar, y el sonido que ella emitió…

Capítulo 11

Val gritó mientras se rompía en pedazos en brazos de Desmond con más intensidad que nunca. Llevaba todo el día tratando de que el corazón no le latiera tan deprisa, apretando los muslos por la humedad que sentía entre ellos. Ahora, por primera vez, había ido a por lo que quería y lo había conseguido. Se había desnudado para Desmond y le había dicho que lo deseaba.

Le quitó la camisa y le desabrochó los pantalones. Como era ella la que mandaba, él no dijo nada. Una vez desnudo debajo de ella, le bajó la barbilla para que se viera los muslos abiertos y observara cómo la penetraba. Vibró y creció en su interior y la embistió cada vez más deprisa, hasta que ambos se estremecieron y alcanzaron el clímax juntos.

Solo un rato después, ella se dio cuenta de que ni siquiera había pensado en utilizar un preservativo; y él tampoco. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el hombro de Desmond. Se tomaría la píldora del día siguiente. Todo iría bien. No quería abandonar aquel estado de dicha, aún no. No quería volver a la realidad.

Había algo en Desmond que la impulsaba a creer que era posible escapar de la existencia en que se hallaba atrapada desde hacía tanto tiempo.

Desmond le acarició el cabello.

–¿Estás bien?

Ella asintió.

–Vamos a la cama.

Irse a la cama con él implicaba despertarse en sus brazos. Irse a cama sin él suponía despertarse sola, cuando el hombre al que deseaba se hallaba en la misma casa.

¿Tan mal estaría pasar una noche más con Desmond? Por supuesto que sí. No podía arriesgarse.

–Aún no –dijo ella.

–Aún no –repitió él atrayéndola hacia sí.

Cuando Desmond se despertó a la mañana siguiente, la lluvia había cesado y la luz se filtraba por las enormes claraboyas de la habitación. La luz iluminaba a Val, que dormía a su lado, con la bata puesta. Estaba tan hermosa que tuvo que esforzarse para no acariciarle la mejilla ni el hombro que la bata había dejado al descubierto.

Se levantó sin hacer ruido y se dirigió sigilosamente al enorme cuarto de baño de alabastro, donde se lavó las cara y los dientes. Después se sentó en la silla que el barbero utilizaba para afeitarle intentando serenarse, antes de salir y ver a Val.

¿Qué había sucedido la noche anterior?

Se la había llevado a su casa, algo que nunca había hecho con ninguna otra mujer, y también la había llevado a la ceremonia conmemorativa de la muerte de su padre. Pasar una noche y un día con ella había conseguido que se olvidara que se iba a celebrar la ceremonia. Era la primera vez que le sucedía.

¿Qué influencia tenía Val sobre él? ¿Por qué se había sincerado con ella? Probablemente tenía que ver la mezcla de hermosura, madurez y bondad que había en ella.

¿Cómo había sido tan imprudente?

«Tal vez era algo que necesitabas hacía tiempo».

Desechó la idea con violencia.

El problema no era la noche que habían pasado juntos. Se había desahogado entre los muslos de muchas mujeres a lo largo de los años. Pero la intrusión de Val en su hogar, en su corazón…

No podía poner en peligro ninguna de las dos cosas. Ni ahora ni en un futuro inmediato.

Desmond comenzó a contar el número de inspiraciones y espiraciones dándose una palmada en la pierna. Tenia que estar tranquilo al salir del cuarto de baño, cuando Val se despertara con la dulzura habitual, ante la que él había reaccionado la noche anterior.

Verdaderamente, ¿solo hacía dos días que se conocían?

Alzó la vista al oír un ruido. Val estaba en el umbral, con la bata bien puesta y atada. Aunque se le ajustaba al cuerpo tan seductoramente como la noche anterior, Desmond no la deseó, sino que sintió una desconcertante opresión en el pecho.

A la cálida luz de la mañana estaba más bella que nunca. Su rostro no denotaba expresión alguna.

–Buenos días –dijo él con voz ronca.

–Buenos días.

–¿Has dormido bien?

–Tan bien como tú, creo –contestó ella con una media sonrisa, lo cual hizo que él se sintiera mejor–. Te agradezco que me llevaras a la ceremonia conmemorativa de tu padre. No lo conocí, pero estoy segura de que lo conmovería lo que estás haciendo. El acuerdo con el jeque es importante para vosotros dos, así que voy a ayudarte en todo lo que pueda.

Él espero unos segundos, pero ella no dijo nada más.

–Gracias.

–Voy a vestirme.

–Te acompaño al ala de invitados.

–Encontraré el camino sola –dijo ella negando con la cabeza. Desmond… –Ella titubeó.

–¿Sí? –preguntó él con el corazón desbocado.

–Quiero buscarlo.

–¿A quién?

–No quiero seguir casada con él. Quiero ser libre, dejar atrás esa parte de mi vida. Creo que los dos últimos días me han hecho ver las cosas de manera distinta.

A Desmond se le encogió el corazón hasta el punto de dificultarle la respiración.

–Continúa.

–Veo que cada vez escuchas mejor.

–Tengo una buena maestra. Sigue.

–Me parecía que estar casada con Malik era un trabajo. Era… agotador. Él era muy ambicioso, lo cual resultaba agotador. Después me abandonó, y también me resultó agotador. Luego me enteré de las deudas. Me detuvieron, y todo se convirtió en una lucha: levantarme, cuidarme… Incluso dormir era agotador, porque mi cerebro no paraba de preguntarse dónde iba a conseguir el dinero.

–Me preguntaba por qué no te había ayudado tu familia, pero teniendo en cuenta lo que me has contado…

–Mi familia cree que estoy aquí por gusto. Muchos de mis familiares me previnieron contra Malik, pero no hice caso y me casé con él –suspiró–. Tu rompiste con tu familia, y yo también. No podía cargarles con mi situación.

–Valentina…

–Vivir recordándote lo estúpida que has sido… –Se le quebró la voz–. Debería haber solicitado el divorcio, pero estaba muy cansada. –Se calló y parpadeó con fuerza, pero una lágrima se le deslizó por la mejilla–. Ojalá tuviera una excusa mejor.

«Cariño». La expresión cariñosa se le ocurrió a Desmond de forma natural, pero no la dijo.

–No tienes que justificarte.

–Lo que ha pasado aquí, en Londres, me ha hecho darme cuenta de que quiero una vida distinta. No me enfrenté a Malik, ni directa ni indirectamente, por lo que me había hecho. Soy una pobre infeliz.

–¿Quieres dejar de insultarte a la hora de hablar del imbécil con el que te casaste?

–Lo que quiero decir es que…

–Lo que quieres decir, de nuevo, es que es culpa tuya, cuando no es así. –Se echó hacia delante en la silla hasta aproximar el rostro al de ella–. Tiene que haberte hecho mucho daño para que creas que no eres extraordinaria.

Le miró el rostro, que casi tocaba el de él. Tenía que conseguir que lo escuchara. La agarró de las manos.

–Me parece que, en tu fuero interno, me crees. Por favor, no te quedes con la mala opinión sobre ti de un indeseable, Valentina, porque va a robarte muchas cosas.

Val se mordió el labio inferior. Y él notó su aliento, cuando exhaló. La besó durante unos segundos. Y cuando ella abrió los ojos, siguió mirándolo con la misma extraña expresión de ternura.

Y él volvió a sentir el deseo de algo más, de algo que trascendía el sexo, que no era posible para ellos, y de ninguna manera mientras ella no se viera libre de su esposo. Desmond no estaba seguro de lo que les depararía el futuro. Pero, de repente, le pareció que había hermosas posibilidades al alcance de su mano.

Y eso le dio esperanza.

–Valentina –musitó al tiempo que le tomaba el rostro entre las manos.

–Ya veo que vuelves a utilizar mi nombre completo.

–Creo que te sienta mejor. –Y tal vez fuera así, pensó ella, ahora que el motivo por el que lo evitaba iba desapareciendo. Se echó a reír y él le secó las lágrimas con el pulgar. Y, por primera vez desde hacía años, él dijo lo que el corazón le indicaba.

–Consigue el divorcio. Te ayudaré. Y, después, cásate conmigo, Valentina. Esta vez de verdad. Y vuelve conmigo a Londres, una vez que haya conseguido el acuerdo con el jeque, y déjame formar parte de tu nueva vida.

Val reflexionó durante unos segundos, en medio de un torbellino de emociones. Desmond no podía adivinarle el pensamiento, pero estaba segura de que lo que veía claramente en sus ojos era…

Esperanza.

Val tardó mucho tiempo en responder, y él esperó pacientemente.

–Se llama Malik Ali –dijo por fin.

Capítulo 12

Val casi no se reconoció en la mujer que le devolvía la mirada. No había cambiado físicamente. Llevaba un vestido de seda que solía ponerse en verano. Se había desenredado y peinado el cabello. Y estaba lista para marcharse de Londres e ir a Bahr Al-Dahab.

Desmond había conseguido persuadir al jeque Rashid de que le permitiera dejar de ocuparse de Hind a última hora de la tarde. Él la había llevado todas las noches a los mejores restaurantes de la ciudad y el estómago de Val parecía haber reaccionado a los diversos platos enviando el exceso de calorías a sus caderas y su vientre.

Val se masajeó las sienes. Cuando recordaba lo vivido en la semana y media anterior, comenzaba a dolerle la cabeza.

A Desmond le encantaba comer y hablar, a menudo gesticulando mucho, mientras, de vez en cuando, se llevaba un bocado a la boca. Val no conocía a nadie con tanta energía. Hacía lo que tuviera que hacer sin vacilar, sin mirar atrás, sin analizarlo en exceso, a diferencia de ella. Cuando comían juntos, él le explicaba en qué trabajaba y la escuchaba con atención. Bebía del vaso de agua de Val y se reía cuando ella se lo hacía notar. Le cortaba trocitos de comida de su propio plato y se los daba a probar, y hacía una mueca cuando ella le regañaba.

Y quería casarse con ella.

Después de habérselo dicho, se lo había explicado, aún con ella en sus brazos, como si fuera lo más natural del mundo.

–Me caes bien y quiero que esto sea de verdad, al menos hasta donde podamos conseguirlo. De momento nos parece bien, pero no creo que te sientas a gusto mintiendo al jeque durante el tiempo que esto dure y, la verdad, yo tampoco. Hay más razones para casarse que el amor, Valentina. Quiero que te lo pienses. Te prometo que no te arrepentirás.

Val se percató de que parecía convencido de que ella nunca tendría motivo alguno para sentirse incómoda en su presencia y que los tenía todos para aceptar su propuesta.

Y, para ser sincera, eso era lo que la incomodaba. Era demasiado.

No estaba acostumbrada a tanta consideración por parte de nadie. Su padrastro era tolerante. Malik era una persona abrumadoramente interesada en sí misma. Y Desmond mandaba coches a recogerla para que no tuviera que andar, le había dado una tarjeta de crédito a su nombre para «cualquier cosa que necesitara» y le enviaba un mensaje todas las noches para desearle dulces sueños.

¡Ojalá fuera un hombre superficial, como había supuesto la noche en que se conocieron! Le habría sido mucho más fácil tomar una decisión. Pero no lo era, como le había demostrado esa noche en Notting Hill, cuando la había mirado y algo se había encendido en su interior. No era un principio de amor ni nada parecido, pero era algo. Tal vez el placer de ser vista y la conciencia, tras una década, de que deseaba ser vista. Y estaba teniendo un innegable efecto en ella. ¿Cómo sería si fuera total y verdaderamente libre?

Incluso ahora parecía muy distinta. Y la diferencia procedía de su interior. Resplandecía. Que Desmond la deseara de forma tan evidente hacía que contemplara su cuerpo de otro modo. Sentía la calidez de la pasión, de una increíble pasión, tanto ofrecida como recibida: palabras, besos, manos y labios recorriendo cada centímetro de su piel, dulzura y un placer que superaba toda lógica.

Desmond era un buen amante y ella, tan pragmática, práctica e incluso mojigata, había florecido con sus caricias, como una de esas rosas que tenía en el balcón y que protegía del calor de golfo Pérsico.

A Val le gustaban las cosas seguras y las respuestas. Embarcarse en aquella aventura la inquietaba. Y en los días posteriores esperó en vano que volviera a aparecer el hombre que la había llevado a su casa una noche y le había contado una historia desgarradora.

Sin embargo, a pesar de sus gestos amorosos, ese hombre no había reaparecido.

¿Le bastaba eso a Val? ¿Otro matrimonio con un hombre que le ocultaba su verdadero yo, aunque fuera mucho más amable que su primer esposo?

Se sobresaltó al oír que llamaban a la puerta. Se calzó y al abrir reconoció al conserje que había recibido el encargo de ocuparse de la familia del jeque durante su estancia en el hotel.

–El coche del señor Tesfay la está esperando.

Entre los taxis frente al hotel había un elegante vehículo de color champán. El chófer le abrió la puerta a Val, que contempló, sorprendida, el interior. Olía a agua de rosas y a algo más, a algún aceite esencial. El chófer abrió una caja de madera y extrajo con una pizas un trozo de tela blanca caliente. La puso en las manos de Val y le señaló las botellas de agua y los aperitivos que había en un reposabrazos, antes de cerrar la puerta.

El trayecto hasta el aeropuerto fue rápido. Cuando llegaron, un empleado la condujo a un mostrador de facturación privado. Otro coche la esperaba para llevarla a un avión que se hallaba al final de la pista. La bandera de Bahr Al-Dahab ondeaba cerca de una alfombra roja que conducía a la escalerilla del avión. Y cuando Val vio a Desmond, impecablemente vestido y con un ramo de flores, el corazón se le desbocó y se le hizo un nudo en la garganta.

Él le sonrió. El aroma de las flores era tan dulce e intenso que ella lo percibió antes de acercarse. Él le entregó el ramo.

–Tienes buen aspecto –dijo él besándola en la mejilla.

–Desmond, no creo que…

–¿Me he excedido con las flores?

–Pues sí.

–Son de jazmín árabe, como seguramente sabes. A mi equipo también le han parecido excesivas, porque alguien puede ser

alérgico en la cabina –afirmó él mientras subía por la escalerilla. Al llegar al final se volvió con el ceño fruncido.

–¿Vienes o no?

Val comenzó a subir. Al llegar arriba, él sonreía de oreja a oreja. Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

–¿Qué pasa?

–Tienes una forma de andar encantadora –dijo él lanzando una carcajada. Ella se lo agradeció, porque rebajó ligeramente la tensión que experimentaba–. Estamos cultivando jazmín especialmente para la aerolínea.

–¿Incluso antes de llegar a un acuerdo con el jeque?

–Una vez intenté conseguir un trato para vender bungalós privados. Construí una colonia entera para enseñársela a mi cliente, que se quedó tan impresionado que la acabó comprando para él mismo. Vamos.

A pesar de su incomodidad, Val se quedó admirada ante el interior del avión, que, según le explicó Desmond, había sido diseñado imitando el que había creado para GoldenEye.

–¿GoldenEye?

–Es solo un título provisional –contestó él riéndose–. Para el lanzamiento de la aerolínea, mi equipo habrá encontrado otro más adecuado. Esperaba que Hind contribuyera a buscarlo, pero su interés por el proyecto es aproximadamente el mismo que tengo yo por sus redes sociales. Ven, voy a enseñarte el avión.

Val entregó el ramo a una azafata impecablemente vestida, que lo agarró sonriendo. Desmond le indicó a Val que el reloj que la mujer llevaba era de oro, y los pendientes, de perlas.

–Las perlas son de la zona, de la mejor calidad. La tela de los vestidos de las azafatas es de una fábrica local que dirigen unos artistas textiles que llevan generaciones en el golfo Pérsico.

–Es impecable.

–Lleva hilos de oro entretejidos que atrapan la luz. La joyería también es de fabricación local y la cabina…

La cabina era impresionante. Val había volado una vez en un avión privado con Hind, pero el gusto discreto y la modernidad de la

cabina contrastaba enormemente con la opulencia propia de los años ochenta del avión del jeque.

Vay y Desmond se sentaron en dos sillas contiguas tan lujosas que Val notó que los músculos se le relajaban uno a uno. Cuando le preguntó a Desmond de qué material estaban hechas, él sonrió.

–Se llama espuma viscoelástica de la era espacial.

Apareció otra azafata que ofreció a Val un aperitivo de caviar sobre una tortita rodeada de azafrán y nata fresca.

Después del entusiasmo inicial, Desmond se quedó callado. Parecía malhumorado. Comenzó a dar golpecitos con el pulgar en el reposabrazos, un tic que ella ya conocía. Contestó cortésmente a sus preguntas, pero era evidente que estaba distraído. Antes de despegar, pidió a la azafata las comprobaciones y registros de seguridad y se pasó veinticinco minutos en silencio examinándolos.

A Val le pareció comprensible, ya que había perdido a su padre en un accidente aéreo.

–¿Estás pensando en el trabajo? –le preguntó, cuando estaban a punto de despegar.

–¿Qué? Ah, sí. –Era la primera vez durante esa semana que estaba tan callado.

Val miró por la ventanilla. Después se volvió y se sorprendió al ver que él la miraba afijamente.

–Siento ser una compañía tan terrible –dijo él bruscamente–. Creo que he entrado en modo de trabajo.

Ella asintió. Haberse casado con una persona de humor muy variable y de mal genio le había enseñado a tratar los distintos estados de ánimo de los hombres. El silencio y prestar atención con los ojos abiertos, aunque no demasiado, era lo mejor.

A Val le disgustó el recuerdo, así como que el humor cambiante de Desmond la hubiera puesto en tensión. Pero Desmond no se parecía a Malik en absoluto, como le había demostrado repetidamente. Pero era un buen recordatorio de que, a pesar de eso, aún no se le había cicatrizado la herida. Y, por primera vez, le parecía posible curarse.

–¡Maldita sea! –exclamó Desmond–. Casi se me olvida. –Apretó el botón para llamar a la azafata. Parecía más animado. La azafata llegó tan silenciosamente que Val se sobresaltó al verla.

–Las bandejas –dijo él.

La azafata realizó una complicada operación para convertir el espacio frente a ellos en una mesa con mantel de lino.

–No tengo hambre –dijo ella.

–No vamos a comer, aunque hay una bogavante que te hará cambiar de opinión. Perfecto, gracias –dijo cuando la azafata volvió con dos compañeras. Cada una colocó una bandeja frente a Val. La primera era verde; la segunda, roja; y la tercera, azul.

–Elige un anillo. Tengo uno que te quedará de maravilla, pero como no se trata de una proposición matrimonial tradicional, creo que debes poder elegir.

–¡No me hace falta un anillo! –Ella se echó hacia atrás, horrorizada. Había millones de libras en aquellas piedras preciosas que centelleaban delante de ella.

–Pues tienes que elegir uno. La verde es de Van Cleef; la azul, de Tiffany; y en la roja hay piezas antiguas o de fabricación local. Y no protestes, porque no vas a conseguir que parezca que no tengo dinero. La historia oficial es que lo has estado ocultando, al igual que nuestra relación, pero ahora que la feliz unión se ha hecho pública, vas a lucir un símbolo hermoso y bien diseñado de nuestro amor.

–No seas absurdo.

–No lo seas tú. –Agarró al azar un diamante amarillo de la bandeja de Tiffany. Lo levantó para examinarlo–. Es un poco…

–¿Ostentoso? No voy a ponérmelo –dijo ella sin pensar. Él sonrió.

–Muy bien. –Val soltó un bufido–. No sé por dónde empezar.

–¿Qué anillo te regaló tu esposo?

–No me regaló ninguno. Me compré yo uno de oro. Me dijo que había cosas mejores en que gastarse el dinero.

Desmond le lanzó una mirada que le transmitió lo que pensaba al respecto, que era lo mismo que pensaba ella. Val apretó los labios y se negó a seguir hablando del tema.

–Cuando iba a la escuela –dijo él–, había una bibliotecaria a la que te pareces muchísimo.

–¡Calla!

Él sonrió. Y, esa vez, lo hizo también con los ojos. Ella se inclinó sobre las bandejas tratando tanto de ocultar el rostro como de mirar

los anillos.

–Puedo indicarte el que me parece el mejor para ti. Pero elige tú uno y veré si me he aproximado en mi elección. No pienses en el precio, por favor. Elige el que de verdad te guste más.

Val examinó un par de ellos y finalmente se decidió por un sencillo diamante engastado en una banda de oro. Le recordó las joyas que veía con Hind en los zocos. Esta las consideraba anticuadas, pero a ella le gustaba su sencillez.

–Ah –dijo él. Le quitó el anillo y se lo puso en la mano izquierda–. Tres quilates y el engaste más sencillo de todos. Hermoso, elegante y algo anticuado, como tú.

–¡Qué galante! –exclamó ella, a quien, extrañamente, se le habían llenado los ojos de lágrimas. La escena le había resultado conmovedora.

–En los próximos días comprobarás lo galante que soy. Esto es solo el comienzo.

Algo había cambiado entre ellos.

El resto del vuelo transcurrió tranquilamente. Era como si hubieran llegado a un acuerdo tácito para pasar el tiempo que les quedaba del modo más agradable posible. Se tomaron el bogavante con arroz y pan recién horneado y se lavaron las manos con agua de rosas. Después de cenar, una de las azafatas se les acercó para poner en funcionamiento el sistema de entretenimiento. Val optó por un drama turco que había sido famoso hacía años, y ambos se sumergieron en historias de sultanes y princesas, hasta que a ella se le cerraron los ojos y apoyó la cabeza en el hombro de él.

El anillo le brillaba en el dedo. Desmond le agarró la mano y se la besó. Le parecía tan natural aquella cómoda burbuja, tan alejada de lo que los esperaba… Habría estado bien seguir allí eternamente, pero debían enfrentarse a la realidad.

Al pensarlo, apretó los dientes. Volvió a colocar la mano de Val en el reposabrazos y se durmió.

Lo despertó el sonido de una conversación en la cabina. Se incorporó frotándose los ojos como si fuera un niño. ¿Cuánto hacía

que no dormía tan profundamente? Las azafatas estaban preparándolo todo para el aterrizaje. Desmond bostezó. Val no estaba.

–Está en el servicio –dijo una voz, como si le hubiera adivinado el pensamiento. Una azafata se inclinó hacia él y le ofreció un cepillo de dientes, dentífrico, crema hidratante y una toalla. Él se la llevó al rostro y aspiró su aroma a jazmín. Al levantar la cabeza, Val se hallaba frente a él.

–Hola –dijo ella sonriendo. Se había puesto una *abaya* rosa que le llegaba al suelo, de mangas anchas y largas. La pálida *shayla* le rodeaba los hombros.

–Es el vestido nacional –dijo ella, a modo de explicación–. Lo hemos diseñado Hind y yo.

–Estás preciosa –musitó él.

Ella no se sintió avergonzada ni tímida, sino que lo miró fijamente, antes de avanzar. La *abaya* se le abrió. Debajo llevaba pantalones anchos y una blusa del mismo color que la *abaya*.

–El negro es el color del golfo Pérsico, desde luego –afirmó ella mientras hacía girar el anillo en el dedo–, pero la esposa del rey es muy popular y prefiere el color pastel. Para esta prenda, todos los colores del arcoíris son posibles, pero suavizados, como si tuvieran una nube delante. Este estilo se denomina «Al Farashat», «mariposa». La tela está tejida tan suavemente que revolotea con el viento.

–Es un nombre muy adecuado.

–Sí. –Val sonrió–. Hind y el jeque están deseando verte.

Él no contestó, porque en ese momento llegó una de las azafatas, que elogió el vestido de Val y le ayudó a abrocharse el cinturón. El avión inició un lento descenso.

–¿Ves cómo brilla el sol en el agua? –preguntó ella–. Parecen kilómetros de oro brillando sobre la superficie del mar. Un filósofo que estuvo aquí en el siglo XVIII describió sus famosas puestas de sol, y fue así como el país adquirió su nombre. Eso –indicó una fila de islas de forma redonda– son las islas Lulu, porque parecen un

collar de perlas. La isla principal es aquella, la del centro. El puerto está allí– ¿Ves esa cúpula? Es…

–Oye, que ya me he informado –dijo él mirándole los labios con el corazón acelerado. Vio que ella tragaba saliva. «Está nerviosa», se dijo. Y sintió el impulso de protegerla.

–Lo siento, solo intentaba…

–No me estoy quejando. –Estaba lo bastante cerca para besarla, si quería. Y lo deseaba con desesperación.

Bahr Al-Dahab parecía más extraordinario en tierra firme. Las islas formaban un semicírculo en la costa de Omán, cuyas montañas, que bajaban hasta el desierto o hasta el mar, se divisaban a lo lejos. El aeropuerto se hallaba en medio de una de las islas. Varios vehículos todoterreno los esperaban.

Val cruzó la pista de aterrizaje sonriendo y saludando a los chóferes, a los que evidentemente conocía. A Desmond le resultó fascinante verla actuar con tanta seguridad en su papel de miembro de la casa del jeque Rashid.

Los coches subieron por una carretera de la costa flanqueada de palmeras y rosales. Pasaron por el centro de la ciudad, con altos rascacielos, por las calles adoquinadas del viejo zoco, donde los vendedores callejeros observaron los cristales tintados sonriendo e indicando con gestos sus tiendas, por la Ciudad de la Cultura, dedicada a museos y esculturas, y por delante de la mezquita principal.

Los vehículos salieron de la ciudad y tomaron una calle hasta llegar a una villa blanca de estilo contemporáneo que recordaba a las de Palm Beach. Las puertas se abrieron y salió Hind, vestida con una *abaya* rosa y sonriendo de oreja a oreja.

–¡Sorpresa! –gritó. Val corrió a saludarla, mientras Desmond echaba una ojeada, desde detrás de ellas, al interior de la villa. Era muy sencilla, de paredes y baldosas blancas y cómodos muebles.

–Papá me ha dicho que os quedéis aquí mientras estés en la ciudad. Voy a enseñártela. Después cenaréis con nosotros, en casa. Luego os volverán a traer aquí.

–¿Esta villa es para nosotros? –preguntó Desmond.

–Sí.

–¿Y vamos a volver los dos aquí, esta noche?

–Recuerda que estamos casados –dijo Val entre dientes.

Siguieron a Hind al interior. Había un luminoso *majlis*, tres dormitorios, una cocina grande y moderna y un comedor con vistas al mar. Val explicó a Desmond que era una de las propiedades que el jeque Rashid poseía en el país. Se hallaba en uno de los barrios más modernos y bonitos, donde vivían muchas jóvenes parejas de expatriados.

–Yo tengo un apartamento en la finca del jeque, pero contigo en la ciudad…

–Entendido.

Tras haber visto la villa, se refrescaron mientras Hind los esperaba, impaciente, hablando por el móvil. Los tres se dirigieron a la finca del jeque, donde cenarían una barbacoa en el jardín, reclinados en lujosos almohadones bordados.

–¿Esto es buena señal? –le preguntó Desmond a Val aprovechando que estaba actuando un grupo de tamborileros.

–¿Tú qué crees? –preguntó ella, con sarcasmo. Él se dio cuenta de que estaba un poco preocupada. Sonreía cuando le decían algo y miraba el móvil más de lo que exigía la buena educación. En un momento dado, ella frunció el ceño al mirar la pantalla.

–¿Tan aburrido te resulto? –preguntó él en tono seco.

Ella se sobresaltó.

–Lo siento, no tengo excusa. Me he puesto en contacto con Malik, a través de su familia. Mandé un mensaje a sus padres al número que tenía de ellos. Quería ver si…

Ah, Malik, el irresponsable esposo.

Se sintió incómodo, lo que hizo que desapareciera buena parte de la diversión de la noche. Sacó el móvil y mandó un par de mensajes.

Capítulo 13

Desmond no quería echarle la culpa a Malik Ali del insomnio que sufrió aquella noche, pero, por desgracia, las pruebas eran irrefutables.

Su equipo le había mandado información sobre el esposo de Val a las dos horas de que Desmond les enviara un mensaje. Lo localizaron rápidamente. El muy imbécil ni siquiera sabía esconderse.

Sobre el papel parecía inofensivo: Malik Ali, con residencia en el Bronx, Nueva York, casado con Valentina Montgomery en Dubái, había doce años. El abogado de Desmond había incluido una foto de él y otra de la boda, que Desmond miró hasta que se le nubló la vista.

Así que aquel era el hombre que había llevado a Val al altar.

En la foto, Val llevaba un blanco vestido de corte recto que no ocultaba sus curvas. Un tocado con velo le cubría la mitad del rostro. Malik era alto, ancho de espaldas y de pelo negro, y su expresión no revelaba nada. No parecía un hombre que fuera a abandonar a su esposa dejándole una deuda de dos millones de riales.

Pero Desmond se dijo que él tampoco parecía la persona que, en el fondo, era. En último término, ¿no era el dinero lo esencial? El hecho de que sus motivos fueran más o menos nobles no lo hacía mejor que cualquier otro codicioso capitalista. Y Val…

Estaba casada con otro, por muy indigno que fuera el esposo.

–Mándame los detalles –dijo Desmond al abogado.

La historia era increíble, aunque la oía por segunda vez. Val se había casado con Malik tras un brevísimo noviazgo. Él tenía deudas y ella era su fiadora. Él estuvo sin pagarlas durante un año, al cabo del cual le caducó la visa. Se fue a Estados Unidos y no volvió. Y cuando ella, meses después, intentó viajar hasta allí, probablemente en su busca, la detuvieron en el aeropuerto y estuvo un mes en la cárcel, hasta que el jeque Rashid le pagó la fianza.

–Busca al esposo. ¿Lo busca la Interpol?

–Sí, aunque no es una prioridad. Tienen casos más importantes de los que preocuparse.

Ahora, Desmond se levantó y agarró el portátil, que se hallaba al lado de la cama. En la terraza seguía habiendo gente charlando y riendo. Le gustó oír las conversaciones, porque lo distrajo del hecho de hallarse totalmente solo en medio de tanta gente. Tal vez por eso había sentido una conexión tan intensa con Valentina. Ambos tenían deudas que los separaban del resto del mundo, aunque, a diferencia de ella, él nunca podría saldar las suyas. Nada podía equipararse a la pérdida de vidas humanas.

Val estaba en su habitación, en el piso de abajo, probablemente dormida. Recordó la suavidad de su piel sobre las sábanas, la curva de la cadera y la largas pestañas de los ojos cerrados.

La echaba de menos. Intento hacer ejercicios de respiración para tranquilizarse; inspirar en cuatro tiempos, contar hasta siete y exhalar. Le ayudó algo, pero no lo suficiente.

A pesar de la estupenda cena que habían tomado hacía unas horas, el estómago comenzó a rugirle. Sin ponerse una camisa, bajó. Empujó la pesada puerta de madera y parpadeó ante la luz que había en la cocina.

Val estaba sirviéndose un líquido rojo en una copa. Al crujir la puerta, ella se sobresaltó y se vertió el líquido en la camisa.

–¡No, no! –Se la desabrochó y metió la prenda en el fregadero. Debajo llevaba una camiseta rosa. Él se percató de que no llevaba sujetador.

–Deja de mirarme –dijo ella cruzándose de brazos.

Él se quedó desconcertado, pero luego se echo a reír. Era cierto que le estaba mirando los senos.

–Perdona.

–Al menos, no lo niegas. –Ella bajó los brazos–. No podía dormir.

–Yo tampoco.–Desmond se dirigió a la nevera y sacó una bandeja cubierta con papel de aluminio. Levantó una esquina y vio que era el cordero que había sobrado de la cena. Llevó la bandeja a la isla, arrancó un hueso y comenzó a morder la carne.

Val carraspeó y se subió tímidamente el cuello de la camiseta.

Él quiso decirle que no se molestara en hacerlo. Tenía los pezones oscuros e hinchados y parecía que quisieran romper la tela de la camiseta. Verlo le resultó tan erótico como si estuviera desnuda y abierta de piernas y la estuviera besando con los labios y la lengua. Apartó esa imagen de la mente y le dijo algo que lo alejaría por completo esa clase de pensamientos.

–Me estoy dedicando a buscar a tu esposo.

Ella lo miró con los ojos como platos.

–Voy a ponerte al día. Siéntate y no parezcas aterrorizada, cariño.

Mientras tomaban trozos de cordero, pan con ajo y zumo de granada, que era lo que ella se estaba sirviendo, cuando él había entrado en la cocina, hablaron tranquilamente sentados uno al lado del otro, rozándose de vez en cuando los codos y los dedos. Él no dejó de mirarla y ella no criticó que no utilizaran cubiertos.

Val le preguntó por Malik en tono suave y Desmond le contó lo que sabía: vivía en el Estado de Nueva York, cerca de la frontera canadiense; había vuelto a dedicarse a las carreras de caballos; y, el lunes por la mañana, le llegaría un correo electrónico para informarlo de la intención de ella de pedir el divorcio.

–Si no contesta, podrás ir al juzgado en cuestión de meses –concluyó Desmond–. Y, por fin, se habrá acabado.

Esperó a que ella dijera algo. Como no lo hizo, prosiguió.

–Mi propuesta sigue en pie. Ven conmigo a Inglaterra, Valentina. –La sangre le resonaba en los oídos con tanta fuerza que le distorsionaba la voz, pero no hizo caso–. Volveremos juntos y, juntos, seguiremos adelante. Y nos casaremos –tragó saliva–, si es que todavía lo deseas, claro está.

No pudo continuar. Se echó hacia atrás con la intención de que la sangre se le retirara del rostro, que le ardía. Val lo miraba fijamente,

con expresión cautelosa.

–Desmond –dijo ella en voz tan baja que tuvo que inclinarse de nuevo hacia ella para oírla–. ¿No te das cuenta? –preguntó tomándole el rostro entre las manos–. ¿Cómo te imaginas que será ese matrimonio? ¿Hay alguna posibilidad de que llegues a desear algo más que esto? Y si no es así, ¿sería justo para ambos?

–Valentina…

–Es probable que me halle en la situación más vulnerable en la que me he hallado en años. No puedo garantizarte que no me enamore de ti. Ese es el problema. Y si no aceptas esa posibilidad… –titubeó.

Y el quiso responderle del único modo en que un hombre que sentía lo que él por ella lo haría: abrazándola y besándola. Y posiblemente diciéndole las palabras que ya se le estaban formando en los labios. En ese momento supo por qué le había pedido que se casaran y que se fuera a Londres con él. No tenía nada que ver con el jeque Rashid.

Se debía a lo solo que estaba, a que llevaba así diez años y a que se había medio enamorado de ella.

El rostro de Desmond cambió. Adoptó una expresión tensa e inflexible. A Val se le hizo un nudo en el estómago previendo algo que conocía muy bien: el rechazo.

Sabía las palabras que le diría. Veía en su imaginación sus labios moverse, sin comprenderlo, aunque daba igual, ya que entendía el significado. Y concentró toda su atención en mantener la espalda recta.

Y esperó la excusa que sabía que vendría.

Desmond tenía la voz cansada. De repente, había envejecido varios años. Y Val pensó que, por primera vez, lo veía tal como era en realidad.

–Sé lo que estás pesando, que no debería habértelo pedido. –Le tomó el rostro entre las manos y se lo acarició con los pulgares–. No estoy en condiciones de hacerlo. Y, sinceramente, tú tampoco en las de aceptarlo.

Ella negó con la cabeza, en parte porque no se atrevía a hablar y en parte porque él tenía razón. El nudo que tenía en la garganta amenazaba con convertirse en un sollozo. Pero no podía sollozar, después de que él se hubiera sincerado con ella, se hubiera mostrado vulnerable y la hubiera rechazado, todo en la misma conversación.

–Me has llamado la atención como ninguna otra mujer. Eres la primera que me ha llevado a pensar…

–¿A pensar el qué?

Él se estaba mordiendo la parte interior de la mejilla, como hacía siempre que reflexionaba. A Val se le hizo un nudo en el estómago. A pesar del poco tiempo que llevaban juntos, conocía su idiosincrasia. Desmond era un libro abierto, si se sabía leerlo, y resultaba muy atractivo; mucho más que su dinero, su aspecto físico o su forma de hacer el amor. Había conseguido que ella se olvidara de la diferencia de edad entre ambos y que abandonara toda precaución.

La invadió una oleada de deseo tan intensa que le hizo daño.

–Has estado ligada a un hombre que te abandonó y al que has tenido que saldarle las deudas. No hace falta que cargues también conmigo. –Entrelazó los dedos con los de ella y se quedó en silencio durante unos instantes.

Ella tampoco dijo nada. No sabía qué decir.

–Yo soy el motivo de que mi padre estuviera en ese avión. Lo maté, aunque no lo hiciera con mis propias manos. Lo menos que puedo hacer es continuar su legado, asegurarme de que no se pierda.

–Desmond…

–Tengo que contarte todo de una vez o no te contaré nada. Nos hicimos cargo de una línea de bajo coste. Fue mi primer proyecto importante, después de haber acabado la universidad. Mi padre estaba muy orgulloso de mí. Me encargué de la campaña publicitaria. Ese día, el vuelo estaba completo, gracias a dicha campaña. Ninguno de los viajeros habría estado allí de no haber sido por mí.

–Ay, Desmond –susurró ella tapándose la boca.

–Al menos, ahora puedo hablar de ello sin vomitar, lo cual, imagino, supone un avance. Voy a la ceremonia conmemorativa todos años. Aún nadie ha relacionado el vuelo conmigo. Se acusó a los dueños de homicidio negligente corporativo y fueron juzgados, pero…

–Fue un accidente, Desmond. ¿Cómo ibas a saber…?

–Diseñé una llamativa campaña publicitaria –prosiguió él, como si no la hubiese oído–. Recluté a un montón de gente para que grabara con el móvil su experiencia, a modo de documental, en distintos vuelos ese año y lo publicaran en las redes sociales: personas influyentes en dichas redes, estrellas deportivas, incluso los dueños de la aerolínea. El avión que se estrelló era el que había asignado a mi padre para que grabara su experiencia. Le preocupaba la tecnología, que todo me saliera bien…

–Desmond, no podías saber…

Él miró hacia arriba con desesperación.

–Ya no está –dijo como si hablara de algo sucedido hacía una semana, no una década.

Val lanzó un grito y lo estrechó en sus brazos.

–Lo echo mucho de menos –dijo él–. No me soportaba a mí mismo. No me soporto. Es algo que me consume. A veces me duermo y al despertarme estoy contento durante unos instantes, hasta que lo recuerdo, Mis tíos me echan la culpa. Durante cierto tiempo fingieron, pero no hacíamos más que discutir, por lo que se acabaron marchando. No he vuelto a hablar con ellos, pero me da igual. He seguido adelante sin ellos.

–Te abandonaron –susurró ella–. Estabas de luto y se marcharon.

–E hicieron bien –dijo él con amargura–. Yo había ideado la estúpida campaña. Mi padre no habría estado en ese avión de no haber sido por ella.

Val lo abrazó con fuerza y le apoyó la cabeza en el hombro. Él no respondió, pero tampoco la apartó. Cuando ella alzó la cabeza, la expresión de él era tranquila, como si no le hubiera contado nada, y le acarició el rostro.

–¿No lo ves, Valentina? ¿No lo entiendes? Pues te lo voy a decir. No puedo quererte como debería. No puedo, cuando estoy como

estoy.

«No puedo quererte como debería».

¿Había dicho lo que ella creía? Se quedó sin respiración por el deseo con que él la miraba.

–Espero que sepas lo mucho que te deseo –dijo él con voz ronca–. Pero no puedo, Valentina. ¿Lo entiendes? No sería justo para ti.

–¿Quién eres tú para decidir por mí? Por eso precisamente no puedo aceptar, porque nunca nos darías al oportunidad de llegar a algo más.

–¡Valentina!

Sin embargo, ella deseaba a Desmond. Se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos. Y él la atrajo hacia sí y la besó, mientras murmuraba cosas que ella no entendía. Y ella se sintió indefensa. Bueno, no exactamente, ya que fue ella la que lo llevó a su habitación, la que echó la cabeza hacia atrás para que la besara en el cuello, la que tiró del cuello de la camiseta para liberar los senos y la que murmuró «por favor», pegada a su boca.

No sabía cómo consolarlo, pero sí que, después de hacer el amor con Desmond, había intimidad entre ellos y una sensación de estar a salvo.

Y deseaba proporcionarle esa intimidad. Sabía que, si él se marchaba de la habitación, volvería a levantar un muro, y esa vez sería para siempre. No podía ofrecerle nada más, pero al menos podía ofrecerle aquello.

Era probable que acabara lamentando su impulsiva decisión, pero ya se preocuparía de eso al día siguiente.

Cuando se desnudó y él, por fin, estuvo en su interior, balanceó las caderas hacia arriba y hacia abajo para intentar que él la penetrara más profundamente y más deprisa. Él le gruñía y gemía al oído y emitía sonidos que podrían haber sido sollozos, de no haber tenido los ojos secos. Cuando se separó de ella y se tumbó a su lado jadeando y mirando el techo, ella se volvió hacia él, lo abrazó por el cuello y lloró por los dos.

Capítulo 14

La noche de la celebración de la boda, Val estaba muy ansiosa. Iba a tener que mentir públicamente a miles de personas. Y ahora, cuando se tenía que estar preparando para la lujosa fiesta que Hind y el jeque Rashid celebraban en honor de Desmond y ella, estaba sentada en la cama de su habitación, en la finca del jeque, totalmente perdida.

Había sido muy fácil hallar la historia del accidente aéreo en Internet. Un artículo condujo a otro y este al siguiente. Eran horribles, con titulares cada vez más acusadores, a medida que se fue pasando de la fase de investigación a la de la culpa y la de las reacciones violentas. A Desmond solo se le nombraba en uno o dos de ellos, pero la historia y la subsiguiente quiebra de la aerolínea eran desgarradores.

No había vuelto a ver a Desmond desde esa noche, a petición de ella. Necesitaba tiempo para asimilar el sentimiento que le había producido la conversación, y él lo entendió.

Y le había bajado la regla, lo cual le supuso un enorme alivio.

A veces se quitaba el anillo de compromiso y lo miraba como si le resultara desconocido. Era la primera vez que tenía algo tan bonito. Parecía que Desmond tenía la capacidad de hacer que las cosas fueran hermosas, ya se tratase de anillos, aviones o besos.

«Lo echas de menos».

Lo que Desmond le había revelado había aumentado su sentimiento de ternura hacia él. Le había dicho que no podía quererla como desearía. Pero eso era una declaración. Y Val no sabía qué hacer con ella. Le ardían las mejillas cada vez que recordaba sus palabras y la expresión de su rostro al decirlas.

¿Estaba enamorado de ella? La idea no era aterradora. Si él la quería, aunque fuera de ese modo, ¿no podría ella…? Se quitó ese pensamiento de la cabeza intentando convencerse de que él tenía razón.

Y ella era una mujer eminentemente práctica, aunque a veces le fallara el sentido común. Sería razonable. No haría caso de la palpitación que sentía entre los muslos ni de que lo que más deseaba eran abrazarlo, dejar que desahogase su dolor en sus brazos y pedirle que le hiciera el amor. No haría caso de que deseaba dormir acurrucada junto a él y despertarse a su lado. Pero deseaba gritar que su relación podía funcionar, que podía formar parte de la vida de él.

«¿Deliras?».

Por fin era libre y allí estaba, intentando someterse a otra forma de esclavitud: la de ser deseada, pero no amada.

¿Cómo iba a conformarse otra vez?

Y, al final, ¿los hombres no resultaban siempre decepcionantes, aunque no tuvieran la intención de serlo?

Llamaron a la puerta. Se apresuró a ir a abrirla, pero gimió al mirar por la mirilla. Era Hind con dos empleadas que llevaban grandes cajas de metal y una maleta con ruedas. Incluso a través de la mirilla, Val se dio cuenta de que Hind estaba muy excitada. Suspiró, abrió la puerta y gritó cuando la muchacha casi se abalanzó sobre ella.

–¿No estás emocionada? Esta es Gifty, que te va a maquillar. Joyce te hará la manicura y te peinará. Y las tres te ayudaremos a vestirte. Vamos, chicas.

–No es necesario, Hind.

–Por supuesto que lo es –contestó Hind lanzando un bufido–. Ya he visto lo que llevas puesto en las fiestas de papá.

–¡Hind!

–Perdona. De todos modos, eres muy guapa.

Val puso los ojos en blanco.

Hind descorrió las cortinas de la habitación, colocó las luces para el maquillaje y un enorme espejo y puso música, una canción de Robbie Williams.

–¡Me encanta esta canción! –exclamó mientras daba vueltas sobre sí misma y todas reían.

A Val le conmovieron sus muestras de afecto, como las que habría tenido una prima o una hermana menor en otra época de su vida, antes de cortar las relaciones con su familia por un hombre que se había aprovechado de ella desde el principio. Después, por vergüenza, se había ido alejando de otras personas. No tenía amigos.

El cuarto de baño se transformó rápidamente en un mini spa. Le lavaron el cabello y le aplicaron productos que olían a lavanda y a mar. Le hicieron un tratamiento de belleza facial. La peinaron, mientras Hind no paraba de hablar, sin esperar repuesta. Le bastaban los murmullos, que apenas se oían debido a la música.

La dulzura de Hind, extrañamente, compensó a Val los momentos de enfado que le había provocado la adolescente.

No recordaba la última vez que la habían mimado tanto.

¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Cómo se había aislado de esa manera? Malik no solo le había robado dinero, sino también la seguridad en sí misma. Ella le había permitido acabar lo que habían comenzado sus padres, a los que nunca se había enfrentado.

El sonido del móvil la sobresaltó y tiró al suelo un frasco de polvos. Salió al balcón de la habitación entre las exclamaciones de Hind y Gifty, que buscaban una escoba y una bayeta mojada.

–Val –era la voz de Desmond.

Ella no contestó.

–¿Estás bien?

–Hind lleva aquí dos horas. Se ha traído a unas estilistas y está poniendo canciones de Robbie Williams.

–¿De Robbie Williams?

–Dice que quería poner algo de mi generación.

Él se echó a reír.

–¿Estás lista?

–De ningún modo. Tengo náuseas.

–Concéntrate en lo importante.

Val quiso preguntarle cómo iba la preparación del breve discurso que iba a dar, cómo estaba, si le asustaba lo que sucedería esa noche tanto como a ella y si la echaba de menos. Quiso decirle que había leído toda la información sobre el accidente y que tenía el corazón partido por lo que le había sucedido. Pero no lo hizo.

Ella le había pedido que mantuvieran cierta distancia. Haría bien en recordar por qué.

El palacio Majestic Gold se hallaba en un oasis del desierto, cerca de la ciudad. Val había estado muchas veces. Era residencia real, hotel y centro de eventos. Esa noche refulgía para ella a la luz naranja del atardecer. Desmond había mandado un coche a recogerla una hora antes de la celebración y, mientras el Jaguar subía por la carretera hacia el palacio, Val se llevó la mano al pecho con el deseo de que el corazón le latiera más despacio.

La cúpula principal del palacio era una maravilla arquitectónica que se llevaba años estudiando. La adornaban mosaicos que parecían mezclarse y cambiar fluidamente, como el agua del mar. Val bajó la ventanilla para que entrara el aire y para aspirar el aroma a jazmín que se hallaba plantado a lo largo de la carretera.

Por suerte, Hind había decidido ir con sus padres, así que Val estaba sola, por lo que tenía tiempo de ordenar sus pensamientos y procurar no sufrir un ataque de pánico. El jeque buscaba cualquier excusa para celebrar una fiesta, y la unión de la compañera de su hija con un empresario británico que era una estrella en ascenso era algo que había que celebrar.

Él sendero que conducía a la entrada era de baldosas de ónice y marfil, que reflejaban la luz de los faroles adornados con joyas. Exuberantes plantas verdes lo flanqueaban, incluyendo los arbustos de jazmín por los que era famoso el palacio. El chófer atravesó una arco de piedra y ella vio a Desmond al lado de las enormes puertas de madera.

No había nadie más fuera, salvo un empleado para dirigir los coches que llegaban a una entrada lateral. Pero el de ella lo dirigió a las escaleras de la entrada principal. Desmond le abrió la puerta sonriendo.

–Ya estás aquí –se limitó a decir. La ayudó a bajarse del coche y la miró de arriba abajo, de forma algo posesiva, lo cual la puso aún más nerviosa.

Llevaba un vestido azul claro, elegido por Hind, salpicado de cristales de color azul oscuro. Se le ajustaba tanto a las piernas y caderas que solo podía dar pasitos cortos con los zapatos de tacón del mismo color. Una sobrefalda traslúcida, también de idéntico tono, le ceñía la cintura. Nunca había llevado nada tan bonito. Observó que el esmoquin de Desmond era azul oscuro. El moreno rostro le brillaba y ella deseó acariciárselo. Él se rio temblando levemente.

Nunca lo había visto tan incómodo ni tan inseguro. Él se le acercó.

–Estás preciosa –le dijo acariciándole la mejilla.

–Agradéceselo a Hind.

–Y hueles… –Le acercó la nariz al cuello al tiempo que la agarraba de la cintura. Era angustiosa la facilidad con la que su cuerpo se apretaba contra el de él. No era para aparentar, ya que estaban solos. Él parecía tan ansioso de acariciarla como ella de dejarle que lo hiciera.

–Estoy practicando para cuando entremos –dijo él burlándose de sí mismo. Ella se echo a reír. Eran un verdadero desastre.

Pero tal vez esa noche, solo esa noche…

–Desmond… –comenzó a decir, pero se detuvo porque él le estaba deslizando los nudillos desde la mejilla hasta el escote.

–Hind me ha llamado y me ha dicho que iba a lucir un escote al que le vendría bien una joya.

–Ya me has regalado un anillo. No necesito nada más.

–Eres mi esposa. Esta noche acudirán magnates, celebridades y princesas. Esto no tiene que ver únicamente con nosotros, sino también con mi trato con el jeque, que aceptó ayer mi propuesta.

–¿Ah, sí? Enhorabuena.

–Gracias –contestó él mientras la seguía acariciando. El zumbido de los insectos, el olor a jazmín, las brillantes puertas, las sombras y

las luces hacían que la noche pareciera la de un cuento de hadas. A Val comenzaron a cosquillearle los senos. Se estremeció al sentir algo frío y duro deslizársele por la piel, pero se relajó al notar que él le abrochaba algo en el cuello.

–Son zafiros. Gira la cabeza. Hay pendientes a juego.

Ella obedeció y él le puso los pendientes, después de quitarle los que llevaba puestos.

–Guárdalos en el bolso.

Ella lo hizo. Contempló su reflejo en una ventana y vio a una mujer tan elegante que no se reconoció. Desmond le dio la vuelta e inclinó la boca hacia la suya con seguridad y sin dar muestras, pensó ella con punzada de pánico, de querer apartarse.

Capítulo 15

Era así que una mujer te absorbiera hasta el punto de ocupar todos tus pensamientos?

A Desmond le parecía estar flotando sobre la realidad de la vida de ambos, elevado por la magia de la noche. Su autoimpuesto aislamiento del mundo no entraba en juego. Y aquella celebración se basaba en una mentira, ya que Val estaba casada. Su intención había sido mantenerse a distancia, pero no podía apartar las manos y los labios de ella, del mismo modo que no podía dejar de respirar.

No sabía cuánto tiempo se habían estado besando en la oscuridad, a las puertas del palacio. Cuando se abrieron, ambos se separaron para parecer decentes. Los invitados comenzaron a aplaudirles y él miró el hermoso rostro de Val y, por primera vez en casi una década, se preguntó si no deseaba aquello, aunque supiera que no se lo merecía.

El jeque Rashid les sonrió. Hind se hallaba agarrada a su brazo, y a su lado había varias jóvenes que Desmond reconoció vagamente por haberlas visto en las redes sociales locales.

–¿Nos hacemos unas fotos? –propuso Hind. Los flases se dispararon. Hind les dijo que iba a publicar las fotos de la fiesta.

–¡No quiero salir en ninguna! –gritó Val, aunque sabía que Hind no le haría caso. La joven se marchó con un grupo de gente, pero llegó otro de ricas amas de casa a besarla en las mejillas y a murmurar

entre ellas cómo era posible que alguien sin nombre ni pasado hubiera seducido a aquel joven y rico empresario.

–Deja que Hind se divierta –susurró Desmond a Val, después de que las mujeres se mezclara con la multitud.

–No puedo –contestó ella apretándole el brazo–. ¡Por si lo has olvidado, estoy casada!

–Pero estás en Asia. Prácticamente nada de lo que sucede aquí se sabe en el resto del mundo.

–Te agradecería que no generalizaras sobre este país. Y te equivocas. –Val parecía a punto de desmayarse–. Hubo una Copa del Mundo, y me acaba de abordar un productor de *Dubai Bling*.

–¿Y qué?

–¡Que se emite en Netflix!

–Me aseguraré de que todo lo referente a ti permanezca oculto.

–No podrás. Las redes sociales no funcionan así –dijo ella, resignada, aunque sin dejar de tirar del collar de zafiros, como si la ahogara.

A Desmond se le hizo un nudo en el estómago. La agarró de la muñeca y ella se volvió a mirarlo.

–Odio las fiestas –dijo él sonriendo. Ella lo imitó–. Pídele a Hind que no mencione tu nombre y que no publique nada en lo que se te vea en primer plano. Se hace constantemente.

Ella no pareció convencida, pero asintió.

–Vamos, tienes que disfrutar de la fiesta, cariño.

–No me digas «cariño».

–¿Por qué no? Eres cálida, dulce y, a veces, pegajosa.

–¡Desmond!

–Soy un hombre, y me has dejado deliciosos recuerdos.

Ella lanzó un bufido, pero con los ojos brillantes. Y él suspiró, aliviado.

Lo absurdo de aquella fiesta le serviría para recordar que todo era falso. Y que estar enamorado de Valentina no importaba. Volvió a repasar la lista de justificaciones a la que llevaba días dándole vueltas. Estaba hecho un lío.

Valentina, por fin, iba a librarse de una horrible relación. No sería justo pedirle que iniciara otra, sobre todo cuando él tenía tan poco

que ofrecerle.

El jeque Rashid no había reparado en gastos. Le encantaba dar fiestas y había cuidado todos los detalles para asegurarse de que los invitados se lo pasaran muy bien. Una orquesta de cuerda tocaba en los jardines; en el vestíbulo principal actuaban bailarines, malabaristas y magos; había rincones para mantener conversaciones en privado y una habitación solo para mujeres, para que se reunieran aquellas más conservadoras. Diversas mesas de bufé estaban situadas en la planta baja. El jeque dio un largo y amble discurso. Parecía una verdadera boda.

Desmond estrechó manos hasta perder la sensibilidad de la suya, sin dejar de mirar a Valentina en ningún momento. Parecía tan serena como siempre y se mostraba amable con quien la felicitaba. No protestó cuando él hizo que lo agarrara del brazo, sino que se apoyó en él.

«Es mía».

No era verdad, ni por asomo. Pero esa noche le parecía que era suya. Le apretó la cintura y notó que comenzaba a excitarse. Buscó un tema de conversación que lo distrajera.

–¿Qué te parece ser el centro de atención?

–Horrible –contestó Val. Él se sorprendió al ver que estaba a punto de llorar. La abrazó para protegerla lo más posible de las miradas ajenas. Comenzó a moverse al ritmo de la música de la orquesta y apretó la mejilla contra la de ella.

–Estás preciosa. ¿Por qué no vamos a hablar a algún sitio más tranquilo?

Ella lo miró, incrédula, durante unos segundos, pero después echó a andar lo más rápidamente que pudo. No era fácil hallar un sitio tranquilo. Cuando lo hicieron, se volvió hacia Desmond.

–¿Y bien?

–Ya eres libre. Tus deudas están saldadas.

Val se tapó la boca mirándolo con los ojos como platos.

–Es imposible.

–Me encargué de ello hace unos días.

–Pero ¿cómo…? –A Val se le quebró la voz.

–Teníamos un trato, cariño.

Val se llevó las manos al rostro y se sobresaltó un poco cuando la saludó la hija del sultán de Brunéi.

–Aquí no podemos hablar –dijo ella. Saludó a algunas personas y posó para un par de fotos. Después besó al jeque en la mejilla y abrazó a Hind.

–Felicidades –le dijo el jeque con cariño–. Es muy buena chica, Desmond. A menudo he deseado que encontrara a alguien como tú que pudiera cuidarla.

–Tienes casi un millón de seguidores –dijo Hind, emocionada, mientras deslizaba la pantalla del móvil con los pulgares a toda prisa.

–¡Ay, Hind! –Val sonrió–. Deja el móvil y mírame. Gracias por esta noche maravillosa.

–Val, sé que a veces me comporto como una niña malcriada, pero espero tener un día lo que tienes hoy. Bueno, pero no a alguien como él, no es mi tipo.

A pesar de la incomodidad que sentía, Desmond enarcó las cejas.

–Lo digo sin ánimo de ofender.

–No me he ofendido.

–Eres alto y todo eso, pero estás demasiado delgado. A mí me gustan los hombres que son…

El jeque Rashid la interrumpió.

–Desmond, nos vemos mañana a primera hora. Vamos a acostar a esta joven. Tú encárgate esta noche de tu esposa –dijo, antes de marcharse riéndose con Hind.

La fiesta había alcanzado ese punto en que la gente ya ha comido, bebido y charlado demasiado. Era un buen momento para marcharse. Desmond le puso la mano en la espalda a Val y se inclinó para susurrarle al oído:

–¿Ahora?

Ella asintió, y salieron del palacio. Fuera se hallaban los invitados más alegres y ruidosos. Hind había hecho un buen trabajo. La gente se hacía fotos, bailaba y tomaba canapés que servían camareros con

chaqueta blanca. Pero Desmond solo se fijó en el rostro de ella, que parecía…

–Valentina…

Ella sonrió levemente y, entonces, él lo supo. Se metió las manos en los bolsillos. Sentía una fuerte opresión en el pecho.

–¿Londres? –fue lo único que dijo.

Ella negó con la cabeza, mientras las lágrimas se le deslizaban por las mejillas.

–Lo siento, Desmond.

–Lo entiendo. –Y de verdad lo hacía.

No podía comprometerse con él sin tener la seguridad de que la quería. Y era lo único, a pesar de su fortuna, que él no podía ofrecerle.

–Me vuelvo a casa –dijo ella secándose las lágrimas–. Voy a terminar lo que tan amablemente has iniciado con respecto a Malik. En cuanto al jeque…

Desmond negó con la cabeza. Era lo que menos le preocupaba.

–Ya se me ocurrirá algo. –Se dio cuenta, sorprendido, de que le daba igual que el trato se mantuviera o no–. ¿Vas a dejar el trabajo?

–Supongo que es lo que espera el jeque, así como que me vaya a tu casa, ya que soy tu esposa. No va a hacer preguntas. En ese sentido, no debes preocuparte.

Así que él volvería solo a Londres. Notó un cansancio que llevaba mucho tiempo sin permitirse sentir.

Debería decírselo a Valentina. Debería hacerlo en voz alta, pero tenía la lengua pegada al paladar y le fue imposible pronunciar palabra.

–Tienes razón –afirmó ella con tristeza–. No estoy preparada ni tú tampoco. De hecho, debería darte las gracias, porque has impedido que me ponga en ridículo.

–Valentina…

–Sé que crees que es por mi propio bien, Desmond. Y puede que estés en lo cierto.

Capítulo 16

Valentina se marchó de Bahr-Al-Dahab en cuanto encontraron a alguien que la sustituyera para ayudar a Hind. Apretó la mano de Desmond, como si fueran hermanos, como se habían comportado desde la noche de la fiesta. Cada uno ocupó un ala de la villa y comieron juntos un par de veces, intentando demostrarse a sí mismos que aquella situación no los afectaba. Se prometieron seguir en contacto.

Desmond la llevó al aeropuerto. No le preguntó dónde iba ni utilizó sus recursos para averiguarlo. Ella no se lo dijo. Estaba demacrada y tenía ojeras. No lo besó. Apenas lo miró.

–Volveré si sucede algo y lo consideras necesario.

–Ya me has soportado bastante, ¿no te parece?

Ella rio, pero la risa le salió ronca y dolorosa.

–Sí. –Le tendió la mano para que se la estrechase, como si fueran dos socios que acababan de cerrar un trato. Él se dijo que era así, hasta cierto punto. Tomó la mano de ella y notó algo duro en la palma. Era el solitario que ella había elegido en el vuelo desde Londres. Y a él le pareció que hacía un siglo de aquello.

–Puedes quedártelo.

–Ya me has dado bastante.

Era cierto, en algunos aspectos, pero no había sido suficiente. Él se metió las manos en los bolsillos y la observó mientras se dirigía al

control de seguridad. Ella había rechazado su propuesta de llevarla en avión donde quisiera.

Probablemente era lo mejor.

Desmond se fue a casa y se puso a trabajar. Ahora que la relación con Val se había acabado, se dio cuenta de que lo único falso en ella había sido la convicción de que saldría ileso. Lo que había habido entre ellos, fuera lo que fuese, para él había sido tan real como la sangre que le circulaba por las venas.

Y lo peor era que la echaba de menos tanto que, por primera vez en diez años, se preguntó si había algo que pudiera ocuparle la mente que no fuera el accidente aéreo donde murió su padre ni el acuerdo con el jeque, que ya le estaba reportando cientos de miles de libras. Nunca le había parecido que hacer algo bien pudiera estar tan mal.

Se quedaba en el despacho trabajando hasta muy tarde para no pensar en ella. Pero, inevitablemente, sucumbía al cansancio y se despertaba soñando con ella, excitado y dolorido. Su añoranza iba expulsando poco a poco los rostros de las víctimas del accidente, que llevaban tantos años obsesionándolo, para ser sustituido por recuerdos de ella riendo en su despacho, tomando champán en la Royal Opera House o buscando a Hind por Londres. Y, sobre todo, por el de esa noche en la oscuridad de la habitación de ella, cuando se había aferrado a él como si…

Algo se había roto en su interior esa noche. Se preguntó si simplemente había sustituido una obsesión por otra, o si sentía algo por Valentina, si se la merecía.

Intentó dejar de pensar dedicándose al proyecto del jeque Rashid con una energía que muchas veces dejaba impotente a su equipo, pero que complacía al jeque cada vez que le entregaba un informe.

–Sabía que eras la persona adecuada para el proyecto –le dijo a Desmond, satisfecho. No le preguntó por Valentina, porque suponía que se hallaba en su nuevo hogar preparándolo para su vida en común. Tampoco hizo comentario alguno sobre el rostro demacrado de Desmond. Sin embargo, Hind, que estaba haciendo prácticas con el equipo de Desmond, siempre lo miraba con curiosidad. La joven lo había sorprendido. Llegaba puntual, prestaba atención y contribuía

al proyecto. Él la evitaba en la medida de lo posible, pero un día lo esperó después de una reunión del equipo.

–Val no contesta mis mensajes.

–Lleva años sin ver a su familia –contestó él, que ya se había preparado para aquello–. Le dije que fuera a verla y que me reuniría con ella más adelante, cuando el proyecto de tu padre estuviera acabado.

Hind apretó los labios. No parecía convencida.

–Debes de echarla de menos.

–No te haces una idea –dijo él, sinceramente.

Hind no hizo amago de marcharse. Desmond suspiró. ¿Qué quería de él? ¿Que la elogiara? Lo haría, si de ese modo se iba.

–Estoy satisfecho con tu trabajo. Es brillante e ingenioso.

Ella pareció sorprenderse, como si no lo hubiera pensado.

–Gracias –dijo casi con timidez–. Me gusta trabajar en el proyecto.

–Se te da bien.

Ella siguió sin parecer dispuesta a marcharse. Desmond suspiró de nuevo. Era ridículo que una joven de dieciséis años fuera a conseguir que saliera del despacho, pero no quería prolongar la conversación.

–Perdona, pero tengo que…

–¿He hecho algo mal?

–¿A qué te refieres? –preguntó él.

–A la noche después de la fiesta. No era mi intención. Fue a causa de las redes sociales, de la atención, de las fotos… Fue culpa mía. Sabía que Val no quería sentirse expuesta ni ser objeto de publicidad, pero, de todos modos, lo hice. La gente estaba muy interesada en ella, en vosotros dos. Bueno, tú eres muy mayor, pero…

«¿Mayor?». Desmond intentó no demostrar lo ofendido que se sentía.

Pero, sorprendentemente, Hind se dio cuenta

–Y ahora ella no está –dijo bajando la vista–. Sé que pasa algo. Val siempre me contesta. ¿Crees que se ha enfadado conmigo?

–Le diré que te llame –le prometió Desmond conduciéndola a la puerta–. Y no te sientas culpable, porque no va a servirte de nada.

Si tus intenciones son buenas, puedes lamentar el resultado y aprender del mismo, pero no sentirte culpable.

–Eso es imposible.

–Lo parece, pero no lo es. Debes centrarte en lo que has aprendido, no en las repercusiones de lo sucedido.

«Podrías estar hablando de ti mismo», pensó.

«¡No!», contratacó la vocecita interior. «Hind no ha hecho sufrir a otros como tú».

Sin embargo, ¿tan diferente era? ¿Habría reaccionado él de modo distinto ante el accidente aéreo, si alguien lo hubiera aconsejado como él acababa de aconsejar a Hind? ¿O si hubiera buscado a alguien que lo ayudara a superar el dolor por lo que había hecho?

Notó que estaba conteniendo la respiración. Soltó el aire lentamente.

Sabía que podía buscar ayuda. No pertenecía a la generación de sus padres. Disponía de las mejores terapias, tanto físicas como mentales. Lo que lo frenaba era saber que sufriría mucho al pedir ayuda profesional y que superar el sentimiento de culpa sería como abandonar a las víctimas del accidente aéreo. Sus seres queridos habían sufrido, ¿por qué no iba a hacerlo él?

«Te has esforzado mucho en que se recuperaran. ¿Por qué no lo haces también con respecto a ti mismo?», le susurró la vocecita en su interior.

En efecto, ¿por qué no? Por primera vez en muchos años, se vio a sí mismo con claridad. Los años futuros se abrieron ante él como un abismo. ¿Seguiría huyendo de lo que le parecía perfecto? ¿Acaso Valentina y aquella noche de locura habían servido de catalizador de la libertad tanto de él como de ella?

Eso esperaba, pero tenía miedo. Podía buscarla, ir a verla y explicarle por qué la había apartado de su lado. ¿Cómo sería corresponder al cariño que había visto en el rostro de Valentina, sentirse libre para amarla, ser digno de ella?

¿Podría hacerlo? Y si alguien merecía que lo intentara, ¿no era Valentina?

Llevaba tanto tiempo sin pisar Estados Unidos que Valentina se sentía extranjera en su país. La arena del desierto le parecía más natural que la vegetación de Norteamérica. Incluso el aire le parecía distinto. Y en Nueva Orleans, en casa de su familia, le parecía que el tiempo se había detenido. Era su casa, pero ya no su hogar.

Había dudado entre dar un sorpresa a su madre o anunciarle que iba a volver. Al final, ante la posibilidad de que a la mujer le diera un infarto al verla, decidió llamarla. Cuando le dijo que iba a ir a visitarla, su madre no dijo nada.

–¿Mamá?

–Sí, estoy aquí. Estaba pensando en cuánto tiempo hace que no te veo y por qué quieres volver ahora. No creo que esté fuera de lugar preguntármelo, niña.

Que su madre la llamara como lo hacía en su infancia le llenó los ojos de lágrimas, pero las contuvo. Estaba cansada de llorar. Había llorado más desde que conocía a Desmond de lo que había llorado por lo que Malik le había hecho.

–Es complicado explicártelo por teléfono.

¿Por dónde empezar? ¿Por la obstinación en casarse con Malik? ¿Por el maltrato recibido de su esposo y su abandono? ¿Por el tiempo pasado en la cárcel por una deuda que no era suya? ¿Por la década que había estado trabajando de niñera? Y ahora, ¿por el hecho de haberse enamorado de un hombre con el que estaría en deuda toda su vida, pero al que no podría pagarle?

Casi cuarenta años de decisiones equivocadas, casi cuarenta años sin mucho que mostrar, salvo su terrible gusto en cuestión de hombres y el hecho de no saber cómo seguir adelante.

–Mamá, estoy avergonzada –susurró–. No he hecho nada bien desde que me fui.

Siguió un largo silencio.

–Vuelve a casa, cariño.

Y ella lo hizo. Llegó cansada, demacrada, con una única maleta. Cuando el taxi la dejó frente a la casa de dos dormitorios donde se había criado, introdujo la llave en la cerradura de la puerta y vio que seguía funcionando. Y al entrar percibió el olor a judías, pescado frito y pan de maíz con mantequilla y miel. Y allí estaba su madre,

algo más delgada y con aspecto más cansado, cuya boca tembló al ver a su hija.

–Ya tendremos tiempo de hablar. Pero deja que te abrace, cariño.

Y cuando rodeó con los brazos a su hija, Valentina cerró los ojos y se perdió en el amor materno, a pesar de que era indudable que no se lo merecía.

Había abandonado a su madre con la misma facilidad con la que Malik la había abandonado a ella. ¿Por qué?

Por estúpido orgullo.

Capítulo 17

No me gustaba el imbécil de tu esposo –dijo la madre, dos días después. Valentina sonrió. En otro tiempo, cuando era más joven y estúpida, se hubiera ofendido.

–Tenías razón, mamá.

–Y no era tanto por él, aunque era tan resbaladizo como un cerdo enjabonado. Era por ti. Te encogías ante él. Eras tímida, y él era muy fuerte.

–No quería ser tímida –contestó Valentina sonriendo–. Quería ver mundo.

Su madre carraspeó.

–Y lo hiciste.

–No me fue mal. –Sobre todo, al principio, antes de que la ambición de su esposo dominara todo lo demás. Pero ¿verdaderamente no le había ido mal? Recordó las largas comidas en lujosos restaurantes, los bolsos de diseño, a él insistiendo para que se vistiera para parecer más joven. El sexo era un cuenta atrás mental, con el deseo de que acabara cuanto antes. Él le decía que era perezosa en el terreno sexual, con independencia de lo que ella hiciera. Y nunca había tenido un orgasmo con un hombre hasta que…

–No se trataba de que fuera bueno o malo, sino de su carácter. Incluso los malos hacen cosas buenas, a veces. Me preocupaba que

aún no conocieras el mundo lo suficiente para elegir a un buen hombre.

–No lo hice porque no conocí a ninguno –dijo Valentina y tragó saliva.

–Lo sé. Creo que mis intentos de mantenerte a salvo fracasaron. Pero ya no hay señales de él. ¿Vas a contarme qué pasó?

–Quiero hacerlo, pero me temo que romperé a llorar.

–Siempre te ha dado miedo llorar. No pasa nada, cariño. Vamos a comer.

Lloraría de todos modos, pensó Valentina con tristeza mientras observaba a su madre sacar del armario un plato chino con dibujos de sauces, una pieza de la misma vajilla que recordaba desde que era niña. Había pasado de su abuela a su madre y un día sería suyo. La madre le sirvió en el plato *jambalaya* que había en una cazuela sobre el fuego y lo colocó frente a ella.

–Probablemente tendré ganas de servirte hasta la semana que viene –bromeó. Valentina esperó a que se sentara su madre para agarrar la cuchara.

Diferentes sabores le estallaron en la boca en cuanto la tocaron los primeros granos de arroz: tomillo, orégano y pimienta; tiernos trozos de pollo; salchichas; el dulzor del tomate y la cebolla Vidalia. En Oriente Medio se podía degustar cualquier clase de cocina. Había tomado hamburguesa en Dubái, comida thai en Qatar y comida nigeriana en Abu Dabi. Pero llevaba diez años sin probar la cocina de Luisiana. A su esposo no le gustaba y, cuando la abandonó, ella estaba desmoralizada y no quería tener recuerdos de la familia a la que había dejado por él.

–También hay maíz. –Le sirvió *maque choux*–. Come.

Valentina mezcló el maíz y los pimientos con el arroz, como hacía de niña. Mientras comía, notó que disminuía la opresión que sentía en el pecho desde que había llegado a Luisiana. Y finalmente pudo hablar.

–Me dejó, mamá –susurró. Le contó toda la historia. Dejó de comer porque, si se llevaba otro bocado a la boca, tendría que callarse y tal vez no pudiera empezar a hablar de nuevo. Al acabar,

la comida se había enfriado en los platos y su madre la miraba como si fuera una desconocida.

–Así que Malik te abandonó dejándote deudas. Y fuiste a la cárcel en Oriente Medio.

Valentina tragó saliva. Su madre se había puesto pálida.

–¿Tan malos somos que no pudiste llamarnos para pedir ayuda?

–Después de que te casaras con Russell, me pareció que sobraba en esta casa. Debía emprender mi camino. Y me había empeñado tanto en casarme con Malik que no podía llamar.

–¡Y después trabajaste de criada!

–De niñera, mamá. De compañera de jovencitas.

Su madre no hizo caso de la corrección.

–¿Y luego conociste a un hombre que te saldó las deudas?

Val sabía lo que parecía aquello. Bajó la vista. Como su madre no decía nada, la alzó y vio que la miraba con una expresión indescifrable.

–¿Y fingiste ser su esposa?

–Si.

–¿Me enseñas…? ¿Qué aspecto tiene?

Valentina buscó una foto de la fiesta y se la mostró. Él la miraba con una intensidad que se salía de la pantalla . Y el rostro de ella…

A Val comenzaron a zumbarle los oídos.

–Es guapo –dijo su madre–. Me has dicho que es más joven que tú.

–Así es.

–¿Hicisteis…? –La madre no acabó la frase, pero el significado estaba claro.

–Sí –reconoció Val.

–Y volviste corriendo aquí –afirmó la madre apretando los labios–. ¿Lo quieres?

Valentina se sonrojó.

–¡No, mamá! Es un hombre totalmente inadecuado para mí. Para empezar, es más joven que yo. Acaba de firmar un acuerdo que lo retiene allí, y, ahora que me he librado de las deudas, no tengo nada que hacer en el golfo Pérsico. Y él no me quiere a su lado.

Notó que sonaba poco convincente. Su madre enarcó las cejas, como si estuviera de acuerdo. Val prosiguió.

–Me llevó al aeropuerto y le devolví el anillo. No lo rechazó.

–¿Había un anillo?

–Formaba parte de la farsa. Hazme caso, mamá. Los dos sabíamos que no funcionaría.

–¿Le ofreciste alguna indicación de que había una posibilidad, de que deseabas que funcionara?

–¿Por qué eres tan dura conmigo? –le espetó Val. Comenzó a sollozar y todas las emociones de las semanas anteriores derribaron las barreras que había levantado.

–Lo único que sé –dijo su madre– es que vuelves a casa al cabo de casi diez años, me cuentas una historia fantástica sobre un hombre que se ha preocupado por ti cuando no tenías a nadie más y me miras como si te hubiera dado un puñetazo en el estómago cuando te pregunto si lo quieres. No es una insensatez pensar que sea así.

–Mamá –dijo Valentina entre lágrimas–, puede que lo quiera.

El calor del verano en Luisiana se sentía, como siempre, junto al olor a gasolina de los tubos de escape de la carretera y el de la humedad de la lluvia que siempre amenazaba con caer. De noche había mosquitos, ranas y luciérnagas. El cálido aire humedecía la piel y obligaba a abrir la boca para respirar mejor.

Valentina no estaba preparada para nada de todo aquello. En el golfo Pérsico, el calor era seco, por lo que el de Luisiana la pilló desprevenida. Se pasaba muchas mañanas en el porche bebiendo té helado y enviando solicitudes de empleo de profesora ayudante. Hacía demasiado calor para coser, ir al parque o ayudar a su madre en el jardín que había en la parte trasera de la casa. Llevaban solas toda la semana. Russell, el padrastro de Valentina, estaba visitando a su familia con sus hijas, lo que ella agradecía.

Se secó el sudor que le corría entre los senos.

«Tienes que quedarte aquí, hasta que decidas lo que quieres hacer», pensó.

Aún no le había dicho a Desmond dónde estaba. Lo haría, desde luego, pero, ahora, su prioridad era analizar qué significaba aquella nueva fase de su vida.

Por una parte, estaba contenta con aquel nuevo comienzo: ponerse al día con su madre, verse libre de las deudas de Malik e iniciar una vida siguiendo su propio criterio. Pero, por otra, lamentaba haber perdido la posibilidad de iniciar algo con Desmond ; algo que había abandonado, a pesar de lo mucho que lo deseaba. No se parecía en nada a cómo se sentía al principio de la relación con Malik, abrumada por la fuerza de su personalidad y por el deseo de marcharse de Luisiana.

Apartó el portátil y dio un sorbo de té, antes de agarrar el móvil. Solo tenía un par de mensajes de Hind, uno del despacho del jeque Rashid sobre su indemnización por despido y algunas respuestas a las solicitudes de empleo.

Buscó el número de Desmond. La última vez que se habían comunicado había sido la mañana en que ella había volado a Estados Unidos. De repente, apareció un mensaje con su nombre.

Estoy en Luisiana.

Valentina miró la pantalla, aturdida. El teléfono estuvo a punto de caérsele de las manos. Después gritó al oír el sonido de una llamada y vertió el té.

–¿Sí?

–Valentina –dijo él en voz baja. Se quedaron callados durante casi un minuto, hasta que ella rompió el silencio.

–Estás en Luisiana.

–Sí, pero no te preocupes. No me voy a presentar en tu casa, al menos sin tu permiso. Me he dejado llevar por un impulso al venir aquí sin decirte nada. Me volveré, a no ser que…

Ella cerró los ojos.

–¿Valentina? –Desmond titubeó–. Lo siento, pero es que para mí eres Valentina.

Haber vuelto al hogar familiar, donde siempre la habían llamado Valentina, había cambiado algo en su interior, lo que incluía utilizar el nombre que llevaba rechazando tanto tiempo.

–Puedes llamarme así. –Le sudaba copiosamente la mano con la que agarraba el teléfono.

–Voy a serte sincero –dijo Desmond en voz tan baja que ella tuvo que aguzar el oído–. Me gustaría que fuéramos a cenar y habláramos. Yo… –Se le quebró la voz–. Perdona, lo estoy haciendo fatal.

–Sí –dijo ella. El corazón le latía con tanta fuerza que casi no oía su propia voz–. Podemos vernos.

¡Él estaba allí!

Y el deseo, una vez más, se apoderó de ella por el simple hecho de haber oído su voz.

Capítulo 18

No fue fácil ni hermoso ni dramático. No fue ninguna de las cosas que se había imaginado al oír la voz de Valentina.

Al entrar en el restaurante, que estaba casi vacío, ella se levantó. Él se metió las manos en los bolsillos y disminuyó el paso para verla mejor.

Tenía el rostro más delgado. Llevaba un vestido de color claro que contrastaba con el moreno de la piel. Se estaba retorciendo las manos, sin decir nada. Cuando él se le acercó, le miró el rostro y vio la expresión de sus ojos y cómo…

Ella se cruzó de brazos. Desconfiaba y estaba alerta.

–¿A qué has venido, Desmond?

Él creía que estaba preparado para responder, para expresar lo que le dictaba el corazón. Lo había ensayado en el avión. Pero cuando ella lo miró, lo único que consiguió decir fue:

–Quería ver cómo estabas.

El rostro de ella adoptó una expresión de incredulidad.

–Estoy bien.

–¿Has encontrado un lugar para vivir? ¿Ya te has instalado? ¿Estás…?

–Desmond –lo interrumpió ella–, me conmueve que hayas hecho un viaje tan largo para ver cómo estoy, pero no creo que nos convenga a ninguno de los dos que…

–Muy bien, te he mentido. No he venido a eso, sino a explicarte por qué hice lo que hice. No encontré las palabras entonces, pero ahora…

Valentina lo miró fijamente. Seguía con los brazos cruzados, a modo de protección, pero ya no parecía enfadada.

Había llegado la hora. Si él no hablaba en aquel momento, no lo haría nunca. Comenzó en voz tan baja y titubeante que le costó reconocerla.

–No soy digno de ti.

En el rostro de ella se produjo un cambio sutil.

–No sé si puedo estar contigo sin hacerte daño. Hay muchas cosas en mí que no están bien y no sé si tengo fuerza bastante para superarlas o para ser lo que necesitas. No te merezco. Y tú…

–Siempre hacéis lo mismo –dijo ella negando con la cabeza y con una expresión de tristeza–. Mi exesposo me criticaba por no ser digna de él, ¿y ahora tú me abandonas porque no eres digno de mí? Eso no lo decides tú, Desmond, como tampoco deberías haber saldado mis deudas sin consultármelo. Afirmas que lo haces por mi bien, pero no me dejas opinar. Y no es justo.

Los ojos habían comenzado a brillarle.

–Eres muy buena persona. Malik no lo era, pero tenéis algo en común.

Él se puso tenso y ella sonrió levemente.

–Sois muy orgullosos, aunque lo manifestáis de forma distinta. Y el amor funciona porque mata el orgullo todos los días. Hay que ser valiente para mostrarse vulnerable, y tú no puedes hacerlo. –Se mordió el labio inferior y lo miró fijamente–. Nos has negado las posibilidades que hubiéramos podido tener.

Desmond apretó los dientes. Sus palabras lo habían traspasado como una fina aguja. Y debió de reflejarse en su rostro, porque ella le puso la mano en el pecho.

–Me lo has contado todo sobre ti, salvo lo que hay aquí –afirmó ella. Y él sintió una opresión interior tan dolorosa que volvió la cabeza durante unos segundos.

–¿Desmond?

«¡Corre!», le ordenaron todos sus sentidos. Y podría haberlo hecho con facilidad. Volvería corriendo al avión, sin mirar atrás, para seguir con la vida que con tanto cuidado se había organizado. Pero se quedó.

Las cosas debían cambiar. Debía ser en ese momento o perdería para siempre a aquella magnífica mujer.

–Quería protegerte.

–No, querías protegerte –le corrigió ella al tiempo que bajaba la mano. De repente pareció cansada, como si la conversación le hubiera robado la energía–. Desperdicié años de vida con un hombre que me ocultaba muchas cosas, Desmond. No puedo ni quiero repetir la experiencia, por muy buenas que sean tus intenciones.

«Me lo has contado todo sobre ti, salvo lo que hay aquí».

Valentina tenía razón. Él le había dado todo, salvo lo más importante y la había hecho sufrir.

–¿Te importa sentarte un rato conmigo? Por favor, Valentina.

Se sentaron uno frente al otro. Desmond parecía agotado, pero había algo nuevo en su expresión.

«Se ha ablandado», pensó ella.

–¿Es este el sitio donde sirven la empanada de langosta? –preguntó él sonriendo.

–Así que lo recuerdas.

–Recuerdo todo lo que me has dicho.

Apareció un camarero y Valentina pidió dos empanadas. Desmond añadió una botella de vino blanco.

Cuando ella frunció el ceño ante semejante extravagancia, él volvió a sonreír.

–Echaba de menos ese gesto.

–No me cabe la menor duda.

Ya era tarde para que ella fingiera que no deseaba a Desmond, que su corazón lo anhelaba. Y él no hubiera llegado hasta allí si no sintiera algo por ella. Su forma de mirarla, como si fuera algo que atesorar, su forma casi reverente de acariciarla, incluso la primera noche, cuando no se conocían…

–Todo lo que has dicho es verdad –dijo él. Ella soltó el aire que había estado reteniendo. –Soy muy orgulloso y no te consulto. Lo siento, Valentina. No quería hacerte sufrir ni hacer que te acordaras de Malik. Debería haber hablado contigo para darte la oportunidad de decidir lo que querías hacer.

Ella cerró los ojos durante unos segundos. Estaba cansada de pensar en Malik. Formaba parte del pasado. Ahora solo quería pensar en Desmond.

–Te quiero, Valentina.

Lo dijo con tanta que sencillez que ella creyó que no había oído bien. Abrió bruscamente los ojos. La intensidad de la mirada de él la dejó sin aliento.

–Desmond…

–¿De verdad crees que es imposible? Encajamos, Valentina. No sé si sientes lo mismo, pero yo sé que te quiero. Soy una persona con problemas que viene de una situación familiar problemática, y no quiero que te arrepientas de estar conmigo. Pero tienes razón: no soy yo quien debe tomar la decisión.

La quería, la quería. Y la había ido a buscar.

–¿Valentina?

Ella tenía un nudo en la garganta tan grande que le hacía daño.

–Estoy asimilándolo.

El camarero los interrumpió al llevarles las empanadas y el vino, que les sirvió antes de marcharse. Las empanadas eran como Valentina las recordaba. Le rugió el estómago, pero no empezó a comer inmediatamente. Esperó.

–Desmond –dijo en voz tan baja que no estaba segura de que él la hubiera oído–, no sé lo que podemos llegar a ser. Todo es muy extraño. Las cosas han cambiado. Pero sé que me gustaría intentarlo, si te parece…

A Desmond se le iluminó el rostro.

–¡Valentina!

–Cuando me casé por primera vez, todo fue un torbellino y no tuve tiempo de analizar lo que sucedía. Pero esta vez quiero hacerlo bien. Seremos novios durante un tiempo, estaremos juntos. Estoy

tratando de recuperar la relación con mi madre y mi padrastro, y eso llevará tiempo.

–Yo estoy haciendo cosas, he pedido ayuda profesional. También me he puesto en contacto con uno de mis tíos y hemos estado hablando.

–Eso es estupendo, Desmond.

–Es muy raro. Ya te lo contaré después.

Ella asintió, mientras la tensión le iba desapareciendo.

Desmond la amaba.

–Yo también te quiero. Vamos a comer.

Comieron muy bien, hablaron y rieron. Y por primera vez en diez años, Desmond se sintió en paz.

Al salir del restaurante, se estaba poniendo el sol y había refrescado.

–Vamos a volver antes de que los mosquitos nos coman vivos –dijo Valentina.

–Mi hotel queda cerca.

Ella vaciló durante unos segundos.

–Podrías venir a casa. No está lejos y me encantaría que conocieras a mi madre.

–Y a mí me gustaría conocerla.

Ella se puso de puntillas y echó la cabeza hacia atrás. Él se inclinó hacia ella y la besó.

Y fue un beso distinto. La seguía deseando tanto como antes, pero sin la desesperación de aferrarse a algo que se le escapaba entre los dedos. Nunca se había sentido tan libre como para besarla con aquella ternura, tomándose su tiempo y mostrándose ante ella sin miedo a que lo juzgara.

Y cuando ella le rodeó el cuello con los brazos y le apoyó la cabeza en el hombro, Desmond supo que el tiempo había dejado de importar, al menos para ellos.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



Table of Contents

Portadilla
Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Si te ha gustado este libro…